



Lope de Vega

# EL CABALLERO DE OLMEDO



## EL AMOR ENAMORADO

  
ESPASA

CLÁSICOS DE LA LITERATURA

**Félix Lope de Vega Carpio**

**EL CABALLERO DE  
OLMEDO**



**PERSONAJES:**

Don ALONSO, caballero

Don RODRIGO

Don FERNANDO

Don PEDRO

El REY don Juan, el II

El CONDESTABLE

TELLO, criado gracioso

Doña INÉS, dama

Doña LEONOR

ANA, criada

FABIA, vieja hechicera y alcahueta

MENDO

Un LABRADOR

Una SOMBRA

CRIADOS

ACOMPAÑAMIENTO

GENTE

**Acto Primero**

Sale don ALONSO

ALONSO: Amor, no te llame amor  
el que no te corresponde,  
pues que no hay materia adonde  
no imprima forma el favor.

Naturaleza, en rigor,  
conservó tantas edades  
correspondiendo amistades;  
que no hay animal perfeto  
si no asiste a su conceto  
la unión de dos voluntades.

De los espíritus vivos  
de unos ojos procedió  
este amor, que me encendió  
con fuegos tan excesivos.

No me miraron altivos,  
antes, con dulce mudanza,  
me dieron tal confianza,  
que, con poca diferencia,  
pensando correspondencia,  
engendra amor esperanza.

Ojos, si ha quedado en vos  
de la vista el mismo efeto,  
amor vivirá perfeto,  
pues fue engendrado de dos;  
pero si tú, ciego dios,  
diversas flechas tomaste,  
no te alabes que alcanzaste  
la victoria que perdiste  
si de mí solo naciste,  
pues imperfeto quedaste.

Salen TELLO, criado, y FABIA

FABIA: ¿A mí, forastero?

TELLO: A ti.

FABIA: Debe pensar que yo  
soy perro de muestra.

TELLO: No.

FABIA: ¿Tiene alguna achaque?

TELLO: Sí.

FABIA: ¿Qué enfermedad tiene?

TELLO: Amor.

FABIA: Amor, ¿de quién?

TELLO: Allí está,  
y él, Fabia, te informará  
de lo que quiere mejor.

FABIA: Dios guarde tal gentileza.

ALONSO: Tello, ¿es la madre?

TELLO: La propia.

ALONSO: ¡Oh, Fabia! ¡Oh, retrato! ¡Oh, copia  
de cuanto naturaleza  
puso en ingenio mortal!  
¡Oh, peregrino doctor,  
y para enfermos de amor  
Hipócrates celestial!  
Dame a besar la mano,  
honor de las tocas, gloria  
del monjil.

FABIA: La nueva historia  
de tu amor cubriera en vano  
vergüenza o respeto mío;  
que ya en tus caricias veo  
tu enfermedad.

ALONSO: Un deseo  
es dueño de mi albedrío.

FABIA: El pulso de los amantes  
es el rostro. Aojado estás.

¿Qué has visto?

ALONSO: Un ángel.

FABIA: ¿Qué más?

ALONSO: Dos imposibles bastantes,  
Fabia, a quitarme el sentido;  
que es dejarla de querer  
y que ella me quiera.

FABIA: Ayer  
te vi en la feria perdido  
tras una cierta doncella,  
que en forma de labradora  
encubría el ser señora,  
no el ser tan hermosa y bella;  
que pienso que doña Inés  
es de Medina la flor.

ALONSO: Acertaste con mi amor;  
esa labradora es  
fuego que me abrasa y arde.

FABIA: Alto has picado.

ALONSO: Es deseo  
de su honor.

FABIA: Así lo creo.

ALONSO: Escucha, así Dios te guarde.

Por la tarde salió Inés  
a la feria de Medina,  
tan hermosa que la gente  
pensaba que amanecía;  
rizado el cabello en lazos,  
que quiso encubrir la liga,  
porque mal caerán las almas  
si ven las redes tendidas.

Los ojos, a lo valiente,  
iban perdonando vidas,

aunque dicen los que deja  
que es dichoso a quien la quita.  
Las manos haciendo tretas,  
que como juego de esgrima  
tiene tanta gracia en ellas,  
que señala las heridas.  
Las valonas esquinadas  
en manos de nieve viva;  
que muñecas de papel  
se han de poner en esquinas.  
Con la caja de la boca  
allegaba infantería,  
porque sin ser capitán,  
hizo gente por la villa.  
Los corales y las perlas  
dejó Inés, porque sabía  
que las llevaban mejores  
los dientes y las mejillas.  
Sobre un manteo francés  
una verdemar basquiña,  
porque tenga en otra lengua  
de su secreto la cifra.  
No pensaron las chinelas  
llevar de cuantos la miran  
los ojos en los listones,  
las almas en las virillas.  
No se vio florido almendro  
como toda parecía;  
que del color natural  
son las mejores pastillas.  
Invisible fue con ella  
el amor, muerto de risa  
de ver, como pescador,  
los simples peces que pican.  
Unos le ofrecieron sartas,  
y otros arracadas ricas;



pero en oídos de áspid  
no hay arracadas que sirvan.  
Cuál da a su garganta hermosa  
el collar de perlas finas;  
pero como toda es perla,  
poco las perlas estima;  
yo, haciendo lengua los ojos,  
solamente le ofrecía  
a cada cabello un alma,  
a cada paso una vida.  
Mirándome sin hablarme,  
parece que me decía,  
"No os vais, don Alonso, a Olmedo,  
quedaos agora en Medina."  
Creí me esperanza, Fabia;  
salió esta mañana a misa,  
ya con galas de señora,  
no labradora fingida.  
Si has oído que el marfil  
del unicornio santigua  
las aguas, así el cristal  
de un dedo puso en la pila.  
Llegó mi amor basilisco,  
y salió del agua misma  
templado el veneno ardiente  
que procedió de su vista.  
Miró a su hermana, y entrambas  
se encontraron en la risa,  
acompañando mi amor  
su hermosura y mi porfía.  
En una capilla entraron;  
yo, que siguiéndolas iba,  
entré imaginando bodas.  
¡Tanto quien ama imagina!  
Vime sentenciado a muerte,  
porque el amor me decía,

"Mañana mueres, pues hoy  
te meten en la capilla."

En ella estuve turbado;  
ya el guante se me caía,  
ya el rosario, que los ojos  
a Inés iban y venías.

No me pagó mal. Sospecho  
que bien conoció que había  
amor y nobleza en mí;  
que quien no piensa no mira,  
y mirar sin pensar, Fabia,  
es de ignorantes, y implica  
contradicción que en un ángel  
faltase ciencia divina.

Con este engaño, es efecto,  
le dije a mi amor que escriba  
este papel; que si quieres  
ser dichosa y atrevida  
hasta ponerle en sus manos,  
para que mi fe consiga  
esperanzas de casarme,  
tan en esto amor me inclina,  
el premio será un esclavo  
con una cadena rica,  
encomienda de esas tocas,  
de mal casadas envidia.

FABIA: Yo te he escuchado.

ALONSO: ¿Y qué sientas?

FABIA: Que a gran peligro te pones.

TELLO: Excusa, Fabia, razones,  
si no es que por dicha intentes  
como diestro cirujano,  
hacer la herida mortal.

FABIA: Tello, con industria igual  
pondré el papel en su mano,

aunque me cueste la vida,  
sin interés, porque entiendas  
que, donde hay tan altas prendas,  
sola yo fuera atrevida.

Muestra el papel. (Que primero Aparte  
lo tengo de aderezar.)

ALONSO: ¿Con qué te podré pagar  
la vida, el alma que espero,  
Fabia, de esas santas manos?

TELLO: ¿Santas?

ALONSO: ¿Pues, no, si han de hacer  
milagros?

TELLO: De Lucifer.

FABIA: Todos los medios humanos  
tengo de intentar por ti,  
porque el darme esa cadena  
no es cosa que me da pena,  
con confiada nací.

TELLO: ¿Qué te dice el memorial?

ALONSO: Ven, Fabia, ven, madre honrada,  
porque sepas mi posada.

FABIA: Tello...

TELLO: Fabia...

FABIA: No hables mal;  
que tengo cierta morena  
de extremado talle y cara.

TELLO: Contigo me contentara  
si me dieras la cadena.

Vanse. Salen doña INÉS y doña  
LEONOR

INÉS: Y todos dicen, Leonor  
que nace de las estrellas.

LEONOR: De manera que sin ellas

¿no hubiera en el mundo amor?

INÉS: Dime tú; si don Rodrigo  
ha que me sirve dos años,  
y su talle y sus engaños  
son nieve helada conmigo,  
y en el instante que vi  
este galán forastero,  
me dijo el alma, "Éste quiero."  
Y yo lo dije, "Sea así."

¿Quién concierta y desconcierta  
este amor y desamor?

LEONOR: Tira como ciego Amor,  
yerra mucho, y poco acierta.  
Demás, que negar no puedo,  
aunque es de Fernando amigo  
tu aborrecido Rodrigo,  
por quien obligada quedo  
a intercederte por él,  
que el forastero es galán.

INÉS: Sus ojos causa me dan  
para ponerlos en él,  
pues pienso que en ellos vi  
el cuidado que me dio,  
para que mirase yo  
con el que también le di.  
Pero ya se habrá partido.

LEONOR: No le miro yo de suerte  
que pueda vivir sin verte.

Sale ANA, criada

ANA: Aquí, señora, ha venido  
la Fabia... o la Fabiana.

INÉS: ¿Pues quién es esa mujer?

ANA: Una que suele vender

para las mejillas grana,  
y para la cara nieve.

INÉS: ¿Quieres tú que entre, Leonor?

LEONOR: En casas de tanto honor  
no sé yo cómo se atreve;  
que no tiene buena fama;  
mas, ¿quién no desea ver?

INÉS: Ana, llama esa mujer.

ANA: Fabia, mi señora os llama.

Vase. Sale FABIA, con una canastilla

FABIA: (¡Y cómo si yo sabía Aparte  
que me habías de llamar!)  
¡Ay! Dios os deje gozar  
tanta gracia y bizarría,  
tanta hermosura y donaire;  
que cada día que os veo  
con tanta gala y aseo,  
y pisar de tan buen aire,  
os echo mil bendiciones;  
y me acuerdo como agora  
de aquella ilustre señora  
que con tantas perfecciones  
fue la fénix de Medina,  
fue el ejemplo de lealtad.  
¡Qué generosa piedad  
de eterna memoria digna!  
¡Qué de pobres la lloramos!  
¿A quién no hizo mil bienes?  
INÉS: Dinos, madre, a lo que vienes.  
FABIA: ¡Qué de huérfanas quedamos  
por su muerte malograda!

La flor de las Catalinas  
hoy la lloran mis vecinas;  
no la tienen olvidada.

Y a mí, ¿qué bien no me hacía?  
¡Qué en agraz se la llevó  
la muerte! No se logró.  
Aun cincuenta no tenía.

INÉS: No llores, madre, no llores.

FABIA: No me puedo consolar  
cuando le veo llevar  
a la muerte las mejores,  
y que yo me quedo acá.

Vuestro padre, Dios le guarde,  
¿está en casa?

LEONOR: Fue esta tarde  
al campo.

FABIA: Tarde vendrá.  
Si va a deciros verdades,  
mozas sois, vieja soy yo...  
Más de una vez me fió  
don Pedro sus mocedades;  
pero teniendo respeto  
a la que pudre, yo hacía,  
como quien se lo debía,  
mi obligación. En efeto,  
de diez mozas, no le daba  
cinco.

INÉS: ¡Que virtud!

FABIA: No es poco,  
que era vuestro padre un loco;  
cuanto veía, tanto amaba.

Si sois de su condición,  
no admiro de que no estéis  
enamoradas. ¿No hacéis,  
niñas, alguna oración  
para casaros?

INÉS: No, Fabia.

Eso siempre será presto.

FABIA: Padre que se duerme en esto,  
mucho a sí mismo se agravia.

La fruta fresca, hijas mías,  
es gran cosa, y no aguardar  
a que la venga a arrugar  
la brevedad de los días.

Cuantas cosas imagino,  
dos solas, en mi opinión,  
son buenas, viejas.

LEONOR: ¿Y son?

FABIA: Hija, el amigo y el vino.

¿Veisme aquí? Pues yo os prometo  
que fue tiempo en que tenía

mi hermosura y bizarría  
más de algún galán sujeto.

¿Quién no alababa mi brío?

¡Dichoso a quien yo miraba!

Pues, ¿qué seda no arrastraba?

¡Qué gasto, qué plato el mío!

Andaba en palmas, en andas.

Pues, ¡ay Dios!, si yo quería,

¿qué regalos no tenía  
de esta gente de hopalandas?

Pasó aquella primavera,  
no entra un hombre por mi casa;  
que como el tiempo se pasa,  
pasa la hermosura.

INÉS: Espera.

¿Qué es lo que traes aquí?

FABIA: Niñerías que vender  
para comer, por no hacer  
cosas malas.

LEONOR: Hazlo así,  
madre, y Dios te ayudará.

FABIA: Hija, mi rosario y misa:  
esto cuando estoy de prisa,  
que si no...

INÉS: Vuélvete acá.

¿Qué es esto?

FABIA: Papeles son  
de alcanfor y solimán.

Aquí secretos están  
de gran consideración  
para nuestra enfermedad  
ordinaria.

LEONOR: Y esto, ¿qué es?

FABIA: No lo mires, aunque estés  
con tanta curiosidad.

LEONOR: ¿Qué es, por tu vida?

FABIA: Una moza,  
se quiere, niñas, casar;  
mas acertóla a engañar  
un hombre de Zaragoza.  
Hase encomendado a mí...

Soy piadosa... y en fin es  
limosna, porque después  
vivan en paz.

INÉS: ¿Qué hay aquí?

FABIA: Polvos de dientes, jabones  
de manos, pastillas, cosas  
curiosas y provechosas.

INÉS: ¿Y esto?

FABIA: Algunas oraciones.  
¡Qué no me deben a mí  
las ánimas!

INÉS: Un papel  
hay aquí.

FABIA: Diste con él  
cual si fuera para ti.

Suéltale. No le has de ver,



bellaquilla, curiosilla.

INÉS: Deja, madre...

FABIA: Hay en la villa  
cierto galán bachiller  
que quiere bien una dama;  
prométeme una cadena  
porque le dé yo, con pena  
de su honor, recato y fama.  
Aunque es para casamiento,  
no me atrevo. Haz una cosa  
por mí, doña Inés hermosa,  
que es discreto pensamiento.  
Respóndeme a este papel,  
y diré que me la ha dado  
su dama.

INÉS: Bien lo has pensado  
si pescas, Fabia, con él  
la cadena prometida.

Yo quiero hacerte este bien.

FABIA: Tantos los cielos te den,  
que un siglo alarguen tu vida.

Lee el papel.

INÉS: Allá dentro,  
y te traeré respuesta.

Vase

LEONOR: (¡Que buena invención!) Aparte

FABIA: (Apresta, Aparte  
fiero habitador del centro,  
fuego accidental que abraza  
el pecho de esta doncella.)

Salen don RODRIGO y don FERNANDO

RODRIGO: Hasta casarme con ella,  
será forzoso que pase  
por estos inconvenientes.

FERNANDO: Mucho ha de sufrir quien ama.

RODRIGO: Aquí tenéis vuestra dama.

FABIA: (¡Oh necios impertinentes! Aparte  
¿Quién os ha traído aquí?)

RODRIGO: Pero, ¡en lugar de la mía  
aquella sombra!

FABIA: Sería  
gran limosna para mí;

que tengo necesidad.

LEONOR: Yo haré que os pague mi hermana.

FERNANDO: Si habéis tomado, señora,  
o por ventura os agrada  
algo de lo que hay aquí,  
si bien serán cosas bajas  
la que aquí puede traer  
esta venerable anciana,  
pues no serán ricas joyas  
para ofrecer os la paga,  
mandadme que os sirva yo.

LEONOR: No habemos comprado nada;  
que es esta buena mujer  
quien suele lavar en casa  
la ropa.

RODRIGO: ¿Qué hace don Pedro?

LEONOR: Fue al campo; pero ya tarda.

RODRIGO: Mi señora, doña Inés...

LEONOR: Aquí estaba... Pienso que anda  
despachando esta mujer.

RODRIGO: (Si me vio por la ventana Aparte  
¿quién duda que huyó por mí?  
¿Tanto de ver se recata

quien más servirla desea?)

FERNANDO: Ya sale.

Salga doña INÉS con un papel en la mano. [LEONOR le habla a ella]

LEONOR: Mira que aguarda  
por la cuenta de la ropa,  
Fabia.

INÉS: Aquí la traigo, hermana.  
Tomad, y haced que ese mozo  
la lleve.

FABIA: ¡Dichosa el agua  
que ha de lavar, doña Inés,  
las reliquias de la holanda  
que tales cristales cubre!

[Finja que lee]

Seis camisas, diez toalla,  
cuatro tablas de manteles,  
dos cosidos de almohadas,  
seis camisas del señor,  
ocho sábanas. Mas basta;  
que todo vendrá más limpio  
que los ojos de la cara.

RODRIGO: Amiga, ¿queréis ferirme  
ese papel, y la paga  
fiad de mí, por tener  
de aquellas manos ingratas  
letra siquiera en las mías?

FABIA: ¡En verdad que negociara  
muy bien si os diera el papel!  
Adiós hijas de mi alma.

Vase

RODRIGO: Esta memoria aquí había  
de quedar, que no llevarla.

LEONOR: Llévala y vuélvela, a efeto  
de saber si algo le falta.

INÉS: Mi padre ha venido ya.  
Vuestas mercedes se vayan  
o le visiten; que siente  
que nos hablen, aunque calla.

RODRIGO: Para sufrir el desdén  
que me trata de esta suerte,  
pido al Amor y a la Muerte  
que algún remedio me den.  
Al Amor, porque tan bien  
puede templar tu rigor  
con hacerme algún favor;  
a la Muerte, porque acabe  
mi vida; pero no sabe  
la Muerte, ni quiere Amor.  
Entre la vida y la muerte  
no sé qué medio tener,  
pues Amor no ha de querer  
que con tu favor acierte;  
y siendo fuerza quererte,  
quiere el Amor que te pida  
que seas tú mi homicida.

Mata, ingrata, a quien te adora;  
serás mi muerte, señora,  
pues no quieres ser mi vida.  
Cuanto vive de amor nace,  
y se sustenta; de amor,  
cuanto muere. Es un rigor

que nuestras vidas deshace.  
Si al amor no satisface  
mi pena, ni la hay tan fuerte  
con que la muerte me acierte,  
debo de ser inmortal,  
pues no me hacen bien ni mal  
ni la vida ni la muerte.

Vanse los dos

INÉS: ¡Qué de necesidades juntas!  
LEONOR: ¿No fue la tuya menor?  
INÉS: ¿Cuándo fue discreto amor  
si del papel me preguntas?  
LEONOR: ¿Amor te obliga a escribir  
sin saber a quién?  
INÉS: Sospecho  
que es invención que se ha hecho  
para probarme a rendir  
de parte del forastero.  
LEONOR: Yo también lo imaginé.  
INÉS: Si fue así, discreto fue.  
Leerle unos versos quiero.

"Yo vi la más hermosa labradora,  
en la famosa feria de Medina,  
que ha visto el sol adonde más se inclina  
desde la risa de la blanca aurora.  
Una chinela de color, que dora  
de una columna hermosa y cristalina  
la breve basa, fue la ardiente mina  
que vuela el alma a la región que adora.  
Que una chinela fue victoriosa,  
siendo los ojos del amor enojos,  
confesé por hazaña milagrosa.

Pero díjele dando los despojos:  
`Si matas con los pies, Inés hermosa,  
¿qué dejas para el fuego de tus ojos?'"

LEONOR: Este galán, doña Inés,  
te quiere para danzar.

INÉS: Quiere en los pies comenzar,  
y pedir manos después.

LEONOR: ¿Que respondiste?

INÉS: Que fuese  
esta noche por la reja  
del huerto.

LEONOR: ¿Quién te aconseja,  
o qué desatino es ése?

INÉS: No es para hablarle.

LEONOR: Pues, ¿qué?

INÉS: Ven conmigo y lo sabrás.

LEONOR: Necia y atrevida estás.

INÉS: ¿Cuándo el amor no lo fue?

LEONOR: Huír de amor cuando empieza.

INÉS: Nadie del primero huye,  
porque dicen que le influye  
la misma naturaleza.

Vanse. Salen don ALONSO, TELLO y FABIA

FABIA: Cuatro mil palos me han dado.

TELLO: ¡Lindamente negociaste!

FABIA: Si tú llevaras los medios...

ALONSO: Ello ha sido disparate  
que yo me atreviese al cielo.

TELLO: Y que Fabia fuese el ángel  
que al infierno de los palos  
cayese por levantarte.

FABIA: ¡Ay, pobre Fabia!

TELLO: ¿Quién fueron  
los crüeles sacristanes  
del facistol de tu espalda?

FABIA: Dos lacayos y tres pajes.  
Allá he dejado las tocas  
y el monjil hecho seis partes.

ALONSO: Eso, madre, no importara,  
si a tu rostro venerable  
no se hubieran atrevido.

¡Oh, qué necio fui en fiarme  
de aquellos ojos traidores,  
de aquellos falsos diamantes,  
niñas que me hicieron señas  
para engañarme y matarme!

Yo tengo justo castigo.  
Toma este bolsillo, madre...  
y ensilla, Tello; que a Olmedo  
nos hemos de ir esta tarde.

TELLO: ¿Cómo, si anochece ya?

ALONSO: Pues, ¿qué? ¿Quieres que me mate?

FABIA: No te aflijas, moscatel,  
ten ánimo; que aquí trae  
Fabia tu remedio. Toma.

ALONSO: ¿Papel?

FABIA: ¡Papel!

ALONSO: No me engañes.

FABIA: Digo que es suyo, en respuesta  
de tu amoroso romance.

ALONSO: Hince, Tello, la rodilla.

TELLO: Sin leer no me lo mandes;  
que aun temo que hay palos dentro,  
pues en mondadientes caben.

Lee

ALONSO: "Cuidados de saber si sois quien presumo,  
y deseando que lo seáis, os suplico que  
vais esta noche a la reja del jardín de esta  
casa, donde hallaréis atado el listón verde  
de las chinelas, y ponéoslo mañana en el  
sombrero para que os conozca."

FABIA: ¿Qué te dice?

ALONSO: Que no puedo  
pagarte ni encarecerte  
tanto bien.

TELLO: De esta suerte  
no hay que ensillar para Olmedo.  
¿Oyen, señores rocines?  
Sosiéguese, que en Medina  
nos quedamos.

ALONSO: La vecina  
noche, en los últimos fines  
con que va expirando el día,  
pone los helado pies.  
Para la reja de Inés  
aun importa bizarría;  
que podrá ser que el amor  
la llevase a ver tomar  
la cinta. Voyme a mudar.

Vase

TELLO: Y yo a dar a mi señor,  
Fabia, con licencia tuya,  
aderezo de sereno.

FABIA: Detente.

TELLO: Eso fuera bueno  
a ser la condición suya  
para vestirse sin mí.



FABIA: Pues bien le puedes dejar,  
porque me has de acompañar.

TELLO: ¿A ti, Fabia?

FABIA: A mí.

TELLO: ¿Yo?

FABIA: Sí;

que importa a la brevedad  
de este amor.

TELLO: ¿Qué es lo que quieres?

FABIA: Con los hombres, las mujeres  
llevamos seguridad.

Una muela he menester  
del salteador que ahorcaron  
ayer.

TELLO: Pues, ¿no le enterraron?

FABIA: No.

TELLO: Pues, ¿qué quieres hacer?

FABIA: Ir por ella, y que conmigo  
vayas solo a acompañarme.

TELLO: Yo sabré muy bien guardarme  
de ir a esos pasos contigo.

¿Tienes seso?

FABIA: Pues, gallina,  
adonde voy yo, ¿no irás?

TELLO: Tú, Fabia, enseñada estás  
a hablar al diablo.

FABIA: Camina.

TELLO: Mándame a diez hombres juntos  
temerario acuchillar,  
y no me mandes tratar  
en materia de difuntos.

FABIA: Si no vas, tengo de hacer  
que él propio venga a buscarte.

TELLO: ¿Que tengo de acompañarte?

¿Eres demonio o mujer?

FABIA: Ven, llevarás la escalera;

que no entiendes de estos casos.

TELLO: Quien sube por tales pasos,  
Fabia, el mismo fin espera.

Vanse. Salen don RODRIGO y don FERNANDO, en  
hábito de noche

FERNANDO: ¿De qué sirve inútilmente  
venir a ver esa casa?

RODRIGO: Consuélese entre estas rejas,  
don Fernando, mi esperanza.  
Tal vez sus hierros guarnece  
cristal de sus manos blancas;  
donde las pone de día,  
pongo yo de noche el alma;  
que cuanto más doña Inés  
con sus desdenes me mata,  
tanto más me enciende el pecho,  
así su nieve me abrasa.  
¡Oh rejas, enternecidas  
de mi llanto, quién pensara  
que un ángel endureciera  
quien vuestros hierros ablanda!  
¡Oíd! ¿Qué es lo que está aquí?

FERNANDO: En ellos mismos atada  
está una cinta o listón.

RODRIGO: Sin duda las almas atan  
a estos hierros, por castigo  
de los que su amor declaran.

FERNANDO: Favor fue de mi Leonor.  
Tal vez por aquí me habla.

RODRIGO: Que no lo será de Inés  
dice mi desconfianza;  
pero en duda de que es suyo,  
porque sus manos ingratas  
pudieron ponerle acaso,

basta que la fe me valga.

Dadme el listón.

FERNANDO: No es razón,  
si acaso Leonor pensaba  
saber mi cuidado ansí,  
y no me le ve mañana.

RODRIGO: Un remedio se me ofrece.

FERNANDO: ¿Cómo?

RODRIGO: Partirle.

FERNANDO: ¿A qué causa?

RODRIGO: A que las dos le vean,  
y sabrán con esta traza  
que habemos venido juntos.

Dividen el listón. Salen don ALONSO y  
TELLO, de noche

FERNANDO: Gente por la calle pasa.

TELLO: Llega de presto a la reja;  
mira que Fabia me aguarda  
para un negocio que tiene  
de grandísima importancia.

ALONSO: ¿Negocio Fabia esta noche  
contigo?

TELLO: Es cosa muy alta.

ALONSO: ¿Cómo?

TELLO: Yo llevo escalera,  
y ella...

ALONSO: ¿Qué lleva?

TELLO: Tenazas.

ALONSO: Pues, ¿qué habéis de hacer?

TELLO: Sacar  
una dama de su casa.

ALONSO: Mira lo que haces, Tello;  
no entres adonde no salgas.

TELLO: No es nada, por vida tuya.

ALONSO: Una doncella, ¿no es nada?

TELLO: Es la muela del ladrón  
que ahorcaron ayer.

ALONSO: Repara  
en que acompañan la reja  
dos hombre.

TELLO: ¿Si están de guarda?

ALONSO: ¡Qué buen listón!

TELLO: Ella quiso  
castigarte.

ALONSO: ¿No buscara,  
si fui atrevido, otro estilo?  
Pues advierta que se engaña.  
Mal conoce a don Alonso,  
que por excelencia llaman  
"el caballero de Olmedo."

¡Vive Dios, que he de mostrarla  
a castigar de otra suerte  
a quien la sirve!

TELLO: No hagas  
algún disparate.

ALONSO: Hidalgos,  
en las rejas de esa casa  
nadie se arrima.

RODRIGO: ¿Qué es esto?

FERNANDO: Ni en el talle ni en el habla  
conozco este hombre.

RODRIGO: ¿Quién es  
el que con tanta arrogancia  
se atreve a hablar?

ALONSO: El que tiene  
por lengua, hidalgos, la espada.

RODRIGO: Pues hallará quien castigue

su locura temeraria.

TELLO: Cierra, señor; que no son  
muelas que a difuntos sacan.

Retírenlos

ALONSO: No los sigas. Bueno está.

TELLO: Aquí se quedó una capa.

ALONSO: Cógela y ven por aquí;  
que hay luces en las ventanas.

Vanse. Salen doña LEONOR, y doña  
INÉS

INÉS: Apenas la blanca aurora,  
Leonor, el pie de marfil  
puso en las flores de abril,  
que pinta, esmalta y colora,  
cuando a mirar el listón  
salí, de amor desvelada,  
y con la mano turbada  
di sosiego al corazón.

En fin, él no estaba allí.

LEONOR: Cuidado tuvo el galán.

INÉS: No tendrá los que me dan  
sus pensamientos a mí.

LEONOR: Tú, que fuiste el mismo hielo,  
¡en tan breve tiempo estás  
de esa suerte!

INÉS: No sé más  
de que me castiga el cielo.  
O es venganza o es victoria  
de amor en mi condición.

Parece que el corazón

se me abrasa en su memoria.  
Un punto solo no puedo  
apartarla dél. ¿Qué haré?

Sale don RODRIGO, con el listón verde en el  
sombrero

RODRIGO: (Nunca, amor, imaginé Aparte  
que te sujetara el miedo.

Animo para vivir;  
que aquí está Inés.) Al señor  
don Pedro busco.

INÉS: Es error  
tan de mañana acudir;  
que no estará levantado.

RODRIGO: Es un negocio importante.

[Doña INÉS y doña LEONOR  
hablan aparte]

INÉS: (No he visto tan necio amante.

LEONOR: Siempre es discreto lo amado,  
y necio lo aborrecido.)

RODRIGO: (¿Que de ninguna manera Aparte  
puedo agradar una fiera  
ni dar memoria a su olvido?)

INÉS: (¡Ay, Leonor! No sin razón  
viene don Rodrigo aquí,  
si yo misma le escribí  
que fuese por el listón.

LEONOR: Fabia este engaño te ha hecho.

INÉS: Presto romperé el papel;  
que quiero vengarme en él  
de haber dormido en mi pecho.)

Salen don PEDRO, su padre, y don FERNANDO con el  
listón verde en el sombrero

FERNANDO: Hame puesto por tercero  
para tratarlo con vos.

PEDRO: Pues hablaremos los dos  
en el concierto primero.

FERNANDO: Aquí está; que siempre amor  
es reloj anticipado.

PEDRO: Habrále Inés concertado  
con la llave del favor.

FERNANDO: De lo contrario, se agravia.

PEDRO: Señor, don Rodrigo...

RODRIGO: Aquí  
vengo a que os sirváis de mí.

Hablan bajo don PEDRO y los dos galanes.  
[Doña INÉS y doña LEONOR hablan  
aparte]

INÉS: (Todo fue enredo de Fabia.

LEONOR: ¿Cómo?

INÉS: ¿No ves que también  
trae el listón don Fernando?

LEONOR: Si en los dos le estoy mirando,  
entrambos te quieren bien.

INÉS: Sólo falta que me pidas  
celos, cuando estoy sin mí.

LEONOR: ¿Qué quieren tratar aquí?

INÉS: ¿Ya la palabras olvidas  
que dijo mi padre ayer  
en materia de casarme?

LEONOR: Luego bien puede olvidarme

Fernando, si él viene a ser.

INÉS: Antes presumo que son  
entrambos los que han querido  
casarse, pues han partido  
entre los dos el listón.)

PEDRO: Ésta es materia que quiere  
secreto y espacio. Entremos  
donde mejor la tratemos.

RODRIGO: Como yo ser vuestro espere,  
no tengo más que tratar.

PEDRO: Aunque os quiero enamorado  
de Inés, para el nuevo estado,  
quien soy os ha de obligar.

Vanse los tres [hombres]

INÉS: ¡Qué vana fue mi esperanza!  
¡Qué loco mi pensamiento!  
¡Yo papel a don Rodrigo!  
¿Y tú de Fernando celos!  
¡Oh forastero enemigo!  
¡Oh Fabia embustera!

Sale FABIA

FABIA: Quedo;  
que lo está escuchando Fabia.

INÉS: Pues, ¿cómo, enemiga, has hecho  
un enredo semejante?

FABIA: Antes fue tuyo el enredo,  
si en aquel papel escribes  
que fuese aquel caballero  
por un listón de esperanza  
a las rejas de tu huerto,



y el ella pones dos hombres  
que le maten, aunque pienso  
que a no se haber retirado  
pagaran su loco intento.

INÉS: ¡Ay, Fabia! Ya que contigo  
llego a declarar mi pecho,  
ya que a mi padre, a mi estado  
y a mi honor pierdo el respeto,  
dime, ¿es verdad lo que dices?  
Que siendo así, los que fueron  
a la reja le tomaron,  
y por favor se le han puesto.  
De suerte estoy, madre mía,  
que no puedo hallar sosiego  
si no es pensando en quien sabes.

FABIA: (¡Oh, qué bravo efecto hicieron Aparte  
los hechizos y conjuros!  
La victoria me prometo.)  
No te desconsueles, hija;  
vuelve en ti, que tendrás presto  
estado con el mejor  
y más noble caballero  
que agora tiene Castilla;  
porque será por lo menos  
el que por único llaman  
"el caballero de Olmedo."  
Don Alonso en un feria  
te vio, labradora Venus,  
haciendo las cejas arco  
y flechas los ojos bellos.  
Disculpa tuvo en seguirte,  
porque dicen los discretos  
que consiste la hermosura  
en ojos y entendimiento.  
En fin, en las verdes cintas  
de tus pies llevastes presos

los suyos; que ya el amor  
no prende por los cabellos.

Él te sirve, tú le estimas;  
él te adora, tú le has muerto;  
él te escribe, tú respondes;  
¿quién culpa amor tan honesto?

Para él tienen sus padres,  
porque es único heredero,  
diez mil ducados de renta;  
y aunque es tan mozo, son viejos.

Déjate amar y servir  
del más noble, del más cuerdo  
caballero de Castilla,  
lindo talle, lindo ingenio.

El rey en Valladolid  
grandes mercedes le ha hecho,  
porque él solo honró las fiestas  
de su real casamiento,  
Cuchilladas y lanzadas  
dio en los toros como un Héctor;  
treinta precios dio a las damas  
en sortijas y torneos.

Armado parece Aquiles  
mirando de Troya el cerco;  
con galas parece Adonis...  
¡Mejor fin le den los cielos!

Vivirás bien empleada  
en un marido discreto.

¡Desdichada de la dama  
que tiene marido necio!

INÉS: ¡Ay, madre! Vuélveme loca.

Pero, ¡triste!, ¿cómo puedo  
ser suya, si a don Rodrigo  
me da mi padre don Pedro?

Él y don Fernando están  
tratando mi casamiento.

FABIA: Los dos haréis nulidad  
la sentencia de ese pleito.

INÉS: Está don Rodrigo allí.

FABIA: Esto no te cause miedo,  
pues es parte y no jüez.

INÉS: Leonor, ¡no me das consejo?

LEONOR: ¿Y estás tú para tomarle?

INÉS: No sé; pero no tratemos  
en público de estas cosas.

FABIA: Déjame a mí tu suceso.

Don Alonso ha de ser tuyo;  
que serás dichosa espero  
con hombre que es en Castilla  
"la gala de Medina,  
la flor de Olmedo."

**Fin del Acto Primero**

## **Acto Segundo**

Salen TELLO y don ALONSO

ALONSO: Tengo el morir por mejor,  
Tello, que vivir sin ver

TELLO: Temo que se ha de saber  
este tu secreto amor;  
que con tanto ir y venir  
de Olmedo a Medina, creo  
que a los dos da tu deseo  
que sentir, y aun que decir.

ALONSO: ¿Cómo puedo yo dejar  
de ver a Inés, si la adoro?

TELLO: Guardándole más decoro  
en el venir y el hablar;  
que en ser a tercero día,  
pienso que te dan, señor,  
tercianas de amor.

ALONSO: Mi amor  
ni está ocioso, ni ese enfría.  
Siempre abrasa, y no permite  
que esfuerce naturaleza  
un instante su flaqueza,  
porque jamás se remite.

Mas bien se ve que es león  
amor; su fuerza, tirana;  
pues que con esta quartana  
se amansa mi corazón.

Es esta ausencia una calma  
de amor, porque si estuviera  
adonde siempre a Inés viera,  
fuera salamandra el alma.

TELLO: ¿No te cansa y te amohina

tanto entrar, tanto partir?

ALONSO: Pues yo, ¿qué hago en venir,

Tello, de Olmedo a Medina?

Leandro pasaba un mar

todas las noches, por ver

si le podía beber

para poderse templar;

pues si entre Olmedo y Medina

no hay, Tello, un mar, ¿qué me debe

Inés?

TELLO: A otro mar se atreve

quien al peligro camina

en que Leandro se vio,

pues a don Rodrigo veo

tan cierto de tu deseo

como puedo estarlo yo;

que como yo no sabía

cuya aquella capa fue

un día que la saqué...

ALONSO: ¡Gran necesidad!

TELLO: ...como mía,

me preguntó, "Diga, hidalgo,

¿quién esta capa le dio?

porque la conozco yo."

Respondí, "Si os sirve en algo,

daréla a un criado vuestro."

Con esto, descolorido,

dijo, "Habíale perdido

de noche un lacayo nuestro;

pero mejor empleada

está en vos. Guardadla bien."

Y fuése a medio desdén,

puesta la mano en la espada.

Sabe que te sirvo, y sabe

que la perdió con los dos.

Advierte, señor, por Dios,

que toda esta gente es grave,  
y que están en su lugar,  
donde todo gallo canta.

Sin esto, también me espanta  
ver este amor comenzar  
por tantas hechicerías,  
y que cercos y conjuros  
no son remedios seguros  
si honestamente porfías.

Fui con ella, que no fuera,  
a sacar de un ahorcado  
una muela; puse a un lado,  
como Arlequín, la escalera.

Subió Fabia, quedé al pie,  
y díjome el salteador;  
"Sube, Tello, sin temor,  
o si no, yo bajaré."

¡San Pablo! Allí me caí.

Tan sin alma vine al suelo,  
que fue milagro del cielo  
el poder volver en mí.

Bajó, desperté turbado  
y de mirarme afligido,  
porque, sin haber llovido  
estaba todo mojado.

ALONSO: Tello, un verdadero amor  
en ningún peligro advierte.

Quiso mi contraria suerte  
que hubiese competidor,  
y que trate, enamorado,  
casarse con doña Inés;

pues, ¿qué he de hacer, si me ves  
celoso y desesperado?

No creo en hechicerías,  
que todas son vanidades;  
quien concierta voluntades

son méritos y porfías.  
Inés me quiere, yo adoro  
a Inés, yo vivo en Inés;  
todo lo que Inés no es  
desprecio, aborrezco, ignoro.

Inés es mi bien; yo soy  
esclavo de Inés; no puedo  
vivir sin Inés; de Olmedo  
a Medina vengo y voy.  
porque Inés mi dueña es  
para vivir o morir.

TELLO: Sólo te falta decir,  
"Un poco te quiero Inés."  
¡Plega a Dios que por bien sea!

ALONSO: Llama, que es hora.

TELLO: Ya voy.

Llama en casa de don PEDRO. ANA y doña  
INÉS, dentro de la casa

ALONSO: ¿Quién es?

TELLO: ¡Tan presto! Yo soy.

¿Está en casa Melibea?

Que viene Calisto aquí.

ANA: Aguarda un poco Sempronio.

TELLO: ¿Si haré falso testimonio?

INÉS: ¿Él mismo?

ANA: Señora, sí.

Abrase la puerta y entran don ALONSO y TELLO en  
casa de don PEDRO

INÉS: ¡Señor mío!

ALONSO: Bella Inés,

esto es venir a vivir.

TELLO: Agora no hay que decir,  
"Yo te lo diré después."

INÉS: ¡Tello, amigo!

TELLO: ¡Reina mía!

INÉS: Nunca, Alonso de mis ojos,  
por haberme dado enojos  
esta ignorante porfía  
de don Rodrigo esta tarde  
he estimado que me vieses.

[. . . . .  
. . . . .]

ALONSO: Aunque fuerza de obediencia  
te hiciese tomar estado  
no he de estar desengañado  
hasta escuchar la sentencia.

Bien el alma me decía,  
y a Tello se lo contaba  
cuando el caballo sacaba,  
y el sol los que aguarda el día,  
que de alguna novedad  
procedía mi tristeza,  
viniendo a ver tu belleza,  
pues me dices que es verdad.

¡Ay de mí si ha sido así!

INÉS: No lo creas, porque yo  
diré a todo el mundo no,  
después que te dije sí.

Tú solo dueño has de ser  
de mi libertad y vida;  
no hay fuerza que el ser impida,  
don Alonso, tu mujer.  
Bajaba al jardín ayer,  
y como por don Fernando  
me voy de Leonor guardando,



a las fuentes, a las flores  
estuve diciendo amores,  
y estuve también llorando.  
"Flores y aguas, les decía,  
dichosa vida gozáis,  
pues aunque noche pasáis,  
veis vuestro sol cada día."  
Pensé que me respondía  
la lengua de una azucena  
--¡qué engaños amor ordena!--  
"Si el sol que adorando estás  
viene de noche, que es más,  
Inés, ¿de qué tienes pena?"

TELLO: Así dijo a un ciego un griego

que le contó mil disgustos,  
"Pues tiene la noche gustos,  
para qué te quejas, ciego?"

INÉS: Como mariposa llego  
a estas horas, deseosa  
de tu luz... no mariposa,  
fénix ya, pues de una suerte  
me da vida y me da muerte  
llama tan dulce y hermosa.

ALONSO: ¡Bien haya el coral, amén,

de cuyas hojas de rosas,  
palabras tan amorosas  
salen a buscar mi bien!

Y advierte que yo también,  
cuando con Tello no puedo,  
mis celos, mi amor, mi miedo  
digo en tu ausencia a la flores.

TELLO: Yo le vi decir amores  
a los rábanos de Olmedo;  
que un amante suele hablar  
con las piedras, con el viento.

ALONSO: No puede mi pensamiento

ni estar solo ni callar;  
contigo, Inés, ha de estar,  
contigo hablar y sentir.  
¡Oh, quién supiera decir  
lo que te digo en ausencia!  
Pero estando en tu presencia  
aun se me olvida el vivir.  
Por el camino le cuento  
tus gracias a Tello, Inés,  
y celebramos después  
tu divino entendimiento.  
Tal gloria en tu nombre siento,  
que una mujer recibí  
de tu nombre, porque así,  
llamándola todo el día,  
pienso, Inés, señora mía,  
que te estoy llamando a ti.

TELLO: Pues advierte, Inés discreta,  
de los dos tan nuevo efeto,  
que a él le has hecho discreto,  
y a mí me has hecho poeta.  
Oye una glosa a un estribo  
que compuso don Alonso  
a manera de responso,  
si los hay en muerto vivo.

"En el valle a Inés  
le dejé riendo.  
Si la ves, Andrés,  
dile cuál me ves  
por ella muriendo."

INÉS: ¿Don Alonso la compuso?  
TELLO: Que es buena, jurarte puedo,  
para poeta de Olmedo.

Escucha.

ALONSO: Amor lo dispuso.

TELLO: Andrés, después que las bellas  
plantas de Inés goza el valle,  
tanto florece con ellas  
que quiso el cielo trocalle  
por sus flores sus estrellas.  
Ya el valle es cielo, después  
que su primavera es,  
pues verá el cielo en el suelo  
quien vio, pues, Inés es cielo,  
"en el valle a Inés."

Con miedo y respeto estampo  
el pie donde el suyo huella.  
Que ya Medina del Campo  
no quiere aurora más bella  
para florecer su campo.  
Yo la vi de amor huyendo,  
cuanto miraba matando,  
su mismo desdén venciendo  
y aunque me partí llorando,  
"la dejé riendo."

Dile, Andrés, que ya me veo  
muerto por volverla a ver,  
aunque cuando llegues, creo  
que no será menester;  
que me habrá muerto el deseo.  
No tendrás que hacer después  
que a sus manos vengativas  
llegues, si una vez la ves,  
ni aun es posible que vivas  
"si la ves, Andrés."

Pero si matarte olvida  
por no hacer caso de ti,  
dile a mi hermosa homicida

que por qué se mata en mí,  
pues que sabe que es mi vida.

Dile, "Crüel, no le des  
muerte si vengada estás,  
y te ha de pesar después."  
Y pues no me has de ver más,  
"dile cuál me ves."

Verdad es que se dilata  
el morir, pues con mirar  
vuelve a dar vida la ingrata,  
y así se cansa en matar,  
pues da vida a cuantos mata;  
pero muriendo o viviendo,  
no me pienso arrepentir  
de estarla amando y sirviendo;  
que no hay bien como vivir  
"por ella muriendo."

INÉS: Si es tuya, notablemente  
te has alargado en mentir  
por don Alonso.

ALONSO: Es decir,  
que mi amor en versos miente.

Pues, señora, ¿qué poesía  
llegará a significar  
mi amor?

INÉS: ¡Mi padre!

ALONSO: ¿Ha de entrar?

INÉS: Escondéos.

ALONSO: ¿Dónde?

Ellos se entran, y sale don PEDRO

PEDRO: Inés mía,  
¡agora por recoger!

¿Cómo no te has acostado?

INÉS: Rezando, señor, he estado,  
por lo que dijiste ayer,  
rogando a Dios que me incline  
a lo que fuere mejor.

PEDRO: Cuando para ti mi amor  
imposible imagine,  
no pudiera hallar un hombre  
como don Rodrigo, Inés.

INÉS: Así dicen todos que es  
de su buena fama el nombre;  
y habiéndome de casar,  
ninguno en Medina hubiera,  
ni en Castilla, que pudiera  
sus méritos igualar.

PEDRO: ¿Cómo habiendo de casarte?

INÉS: Señor, hasta ser forzoso  
decir que ya tengo esposo,  
no he querido disgustarte.

PEDRO: ¡Esposo! ¿Qué novedad  
es ésta, Inés?

INÉS: Para ti  
será novedad; que en mí  
siempre fue mi voluntad.  
Y ya, que estoy declarada,  
hazme mañana cortar  
un hábito, para dar  
fin a esta gala excusada;  
que así quiero andar, señor,  
mientras me enseñan latín.  
Leonor te queda, que al fin  
te dará nieto Leonor.

Y por mi madre te ruego  
que en esto no me repliques,  
sino que medios apliques  
e mi elección y sosiego.

Haz buscar una mujer  
de buena y santa opinión,  
que me dé alguna lición  
de lo que tengo de ser,  
y un maestro de cantar,  
que de latín sea también.

PEDRO: ¿Eres tú quien habla, o quién?

INÉS: Esto es hacer, no es hablar.

PEDRO: Por una parte, mi pecho  
se enternece de escucharte,  
Inés, y por otra parte,  
de duro mármol le has hecho.  
En tu verdad edad mi vida  
esperaba sucesión;  
pero si esto es vocación,  
no quiera Dios que lo impida.  
Haz tu gusto, aunque tu celo  
en esto no intenta el mío;  
que ya sé que el albedrío  
no presta obediencia al cielo.

Pero porque suele ser  
nuestro pensamiento humano  
tan vez inconstante y vano,  
y en condición de mujer,  
que es fácil de persuadir,  
tan poca firmeza alcanza,  
que hay de mujer a mudanza  
lo que de hacer a decir,  
mudar las galas no es justo,  
pues no pueden estorbar  
a leer latín o cantar,  
ni a cuanto fuere tu gusto.  
Viste alegre y cortesana;  
que no quiero que Medina,  
si hoy te admirare divina,  
mañana te burle humana.

Yo haré buscar la mujer  
y quien te enseñe latín,  
pues a mejor padre, en fin,  
es más justo obedecer.  
Y con esto, adiós te queda;  
que para no darte enojos,  
van a esconderse mis ojos  
adonde llorarte pueda.

Vase, y salgan don ALONSO y TELLO

INÉS: Pésame de haberte dado  
disgusto.

ALONSO: A mí no me pesa,  
por el que me ha dado el ver  
que nuestra muerte conciertas.  
¡Ay, Inés! ¿Adónde hallaste  
en tal desdicha, en tal pena,  
tan breve remedio?

INÉS: Amor  
en los peligros enseña  
una luz por donde el alma  
posibles remedio vea.

ALONSO: Éste, ¿es remedio posible?

INÉS: Como yo agora le tenga  
para que este don Rodrigo  
no llegue al fin que desea  
bien sabes que breves males  
la dilación los remedia;  
que no dejan esperanza  
si no hay segunda sentencia.

TELLO: Dice bien, señor; que en tanto  
que doña Inés cante y lea,

podéis dar orden los dos  
para que os valga la Iglesia.

Sin esto, desconfiado  
don Rodrigo, no hará fuerza  
a don Pedro en la palabra,  
pues no tendrá por ofensa  
que le deje doña Inés  
por quien dice que le deja.  
También es linda ocasión  
para que yo vaya en veng  
con libertad a esta casa.

ALONSO: ¡Libertad! ¿De qué manera?

TELLO: Pues ha de leer latín,  
¿no será fácil que pueda  
ser yo quien venga a enseñarla?  
Y verás, ¡con qué destreza  
le enseñe a leer tus cartas!

ALONSO: ¡Qué bien me remedio piensas!

TELLO: Y aún pienso que podrá Fabia  
servirte en forma de dueña,  
siendo al santa mujer  
que con su falsa apariencia  
venga a enseñarla.

INÉS: Bien dices;  
Fabia será mi maestra  
de virtudes y costumbres.

TELLO: ¡Y qué tales serán ellas!

ALONSO: Mi bien, yo temo que el día,  
que es amor dulce materia  
para no sentir las horas,  
que por los amantes vuelan,  
nos halle tan descuidados,  
que al salir de aquí me vean,  
o que sea fuerza quedarme.

¡Ay Dios! ¿Qué dichosa fuerza!  
Medina a la Cruz de Mayo



hace sus mayores fiestas.

Yo tengo que prevenir,  
que, como sabes, se acercan;  
que, fuera de que en la plaza  
quiero que galán me veas,  
de Valladolid me escriben  
que el rey don Juan viene a verlas;  
que en los montes de Toledo  
le pide que se entretenga  
el condestable estos días,  
porque en ellos convalezca,  
y de camino, señora,  
que honre esta villa le ruega;  
y así, es razón que le sirva  
la nobleza de esta tierra.

Guárdete el cielo, mi bien.

INÉS: Espera; que a abrir la puerta  
es forzoso que yo vaya.

ALONSO: ¡Ay, luz! ¡Ay, aurora necia,  
de todo amante envidiosa!

TELLO: Ya no aguardéis que amanezca.

ALONSO: ¿Cómo?

TELLO: Porque ya es de día.

ALONSO: Bien dices, si a Inés me muestras.

Pero, ¿cómo puede ser,  
Tello, cuando el sol se acuesta?

TELLO: Tú vas despacio, él aprisa;  
apostaré que te quedas.

Vanse. Salen don RODRIGO y don FERNANDO

RODRIGO: Muchas veces había reparado,  
don Fernando, en aqueste caballero,  
del corazón solícito avisado.

El talle, el grave rostro, lo severo,

celoso me obligaban a miralle.

FERNANDO: Efetos son de amante verdadero;  
que en viendo otra persona de buen talle,  
tiene temor que si le ve su dama,  
será posible o fuerza codicialle.

RODRIGO: Bien es verdad que él tiene tanta fama,  
que por más que en Medina se encubría,  
el mismo aplauso popular le aclama.  
Vi, como os dije, aquel mancebo un día  
que la capa perdida en la pendencia  
contra el valor de mi opinión traía.

Hice secretamente diligencia  
después de hablarle, y satisfecho quedo,  
que tiene esta amistad correspondencia.  
Su dueño es don Alonso, aquel de Olmedo,  
alanceador galán y cortesano,  
de quien hombres y toros tienen miedo.

Pues si éste sirve a Inés, ¿qué intento en vano?

O cómo quiero yo, si ya le adora,  
que Inés me mire con semblante humano?

FERNANDO: ¿Por fuerza ha de quererle?

RODRIGO: Él la enamora,  
y merece, Fernando, que le quiera.

¿Qué he de pensar, si me aborrece agora?

FERNANDO: Son celos, don Rodrigo, una quimera  
que se forma de envidia, viento y sombra,  
con que lo incierto imaginado altera,  
una fantasma que de noche asombra,  
un pensamiento que a locura inclina,  
y una mentira que verdad se nombra.

RODRIGO: Pues, ¿cómo tantas veces a Medina  
viene y va don Alonso? ¿Y a qué efeto  
es cédula de noche en una esquina?  
Yo me quiero casar; vos sois discreto;  
¿qué consejo me dais, si no es matalle?

FERNANDO: Yo hago diferente mi conceto;

que ¿cómo puede doña Inés amalle,  
si nunca os quiso a vos?

RODRIGO: Porque es respuesta  
que tiene mayor dicha y mejor talle.

FERNANDO: Mas porque doña Inés es tan honesta,  
que aun la ofendéis con nombre de marido.

RODRIGO: Yo he de matar a quien vivir me cuesta  
en su desgracia, porque tanto olvido  
no puede proceder de honesto intento.

Perdí la capa y perderé el sentido.

FERNANDO: Antes, dejarla a don Alonso, siento  
que ha sido como echársela en los ojos.

Ejecutad, Rodrigo, el casamiento,  
llévese don Alonso los despojos  
y la victoria vos.

RODRIGO: Mortal desmayo  
cubre mi amor de celos y de enojos.

FERNANDO: Salid galán para la Cruz de Mayo,  
que yo saldré con vos; pues el rey viene,  
las sillas piden el castaño y bayo.

Menos aflige el mal que se entretiene.

RODRIGO: Si viene don Alonso, ya Medina  
¿qué competencia con Olmedo tiene?

FERNANDO: ¿Qué loco estáis!

RODRIGO: Amor me desatina.

Vanse. Salen don PEDRO, doña INÉS  
[vestida en hábito], y doña LEONOR

PEDRO: No porfíes.

INÉS: No podrás  
mi propósito vencer.

PEDRO: Hija, ¿qué quieres hacer,  
que tal veneno me das?

Tiempo te queda...

INÉS: Señor,  
¿que importa el hábito pardo  
si para siempre le aguardo?

LEONOR: Necia estás.

INÉS: Calla, Leonor.

LEONOR: Por lo menos estas fiestas  
has de ver con galas.

INÉS: Mira  
que quien por otras suspira,  
ya no tiene el gusto en éstas.

Galas celestiales son  
las que ya mi vida espera.

PEDRO: ¿No basta que yo lo quiera?

INES: Obedecerte es razón.

Sale FABIA, con rosario y báculo y  
antojos

FABIA: Paz sea en aquesta casa.

PEDRO: Y venga con vos.

FABIA: ¿Quién es  
la señora doña Inés,  
que con el Señor se casa?  
¿Quién es aquella que ya  
tiene su esposo elegida,  
y como a prenda querida  
esos impulsos le da?

PEDRO: Madre honrada, ésta que ves,  
y yo su padre.

FABIA: Que sea  
muchos años, y ella vea  
el dueño que vos no veis.  
Aunque en el Señor espero  
que os ha de obligar piadoso  
a que aceptéis tal esposo,

que es muy noble caballero.

PEDRO: ¡Y cómo, madre, si lo es!

FABIA: Sabiendo que anda a buscar  
quien venga a morigerar  
los verdes años de Inés,  
quien la guíe, quien la muestre  
las sémitas del Señor,  
y al camino del amor  
como a principianta adiestre,  
hice oración en verdad,  
y tal impulso me dio,  
que vengo a ofrecerme yo  
para esta necesidad,  
aunque soy gran pecadora.

PEDRO: ¿Ésta es la mujer, Inés,  
que has menester?

INÉS: Ésta es  
la que he menester agora.

Madre, abrázame.

FABIA: Quedito,  
que el cilicio me hace mal.

PEDRO: No he visto humildad igual.

LEONOR: En el rostro trae escrito  
lo que tiene el corazón.

FABIA: ¡Oh, qué gracia! ¡Oh, qué belleza!  
Alcance tu gentileza  
mi deseo y bendición.

¿Tienes oratorio?

INÉS: Madre,  
comienzo a ser buena agora.

FABIA: Como yo soy pecadora,  
estoy temiendo a tu padre.

PEDRO: No le pienso yo estorbar  
tan divina pecadora.

FABIA: En vano, infernal dragón,  
la pensabas devorar.

No ha de casarse en Medina;  
monasterio tiene Olmedo;  
Domine, si tanto puedo,  
ad juvandum me festina.

PEDRO: Un ángel es la mujer.

TELLO, de gorrón, [habla dentro]

TELLO: Si con sus hijas está,  
yo sé que agradecerá  
que yo me venga a ofrecer.

Sale [TELLO]

El maestro que buscáis  
está aquí, señor don Pedro,  
para latín y otras cosas,  
que dirán después su efecto.  
Que buscáis un estudiante  
en la iglesia me dijeron,  
porque ya de esta señora  
se sabe el honesto intento.  
Aquí he venido a serviros,  
puesto que soy forastero,  
si valgo para enseñarla.

PEDRO: Ya creo y tengo por cierto,  
viendo que todo se junta,  
que fue voluntad del cielo.  
En casa puede quedarse  
la madre, y este mancebo  
venir a darte lición.  
Concertadlo, mientras vuelvo,  
las dos..

A TELLO

¿De dónde es, galán?

TELLO: Señor, soy calahorreño.

PEDRO: ¿Su nombre?

TELLO: Martín Pelaez.

PEDRO: Del Cid debe de ser deudo.

¿Dónde estudió?

TELLO: En la Coruña,  
y soy por ella maestro.

PEDRO: ¿Ordenóse?

TELLO: Sí, señor,  
de vísperas.

PEDRO: Luego vengo.

Vase

TELLO: ¿Eres Fabia?

FABIA: ¿No lo ves?

LEONOR: ¿Y tú Tello?

INÉS: ¡Amigo Tello!

LEONOR: ¿Hay mayor bellaquería?

INÉS: ¿Qué hay de don Alonso?

TELLO: ¿Puedo  
fiar de Leonor?

INÉS: Bien puedes.

LEONOR: Agraviara Inés mi pecho  
y mi amor, si me tuviera  
su pensamiento encubierto.

TELLO: Señora, para servirte  
está don Alonso bueno,  
para las fiestas de mayo,  
tan cerca ya, previniendo  
galas, caballos, jaeces,

lanza y rejones; que pienso  
que ya le tiemblan los toros.  
Una adarga habemos hecho,  
si se conciertan las cañas,  
como de mi raro ingenio.

Allá le verás, en fin.

INÉS: ¿No me ha escrito?

TELLO: Soy un necio.

Ésta, señora es la carta.

INÉS: Bésola de porte y leo.

Don PEDRO [habla dentro]

PEDRO: Pues por el coche, si está  
malo el alazán.

Sale

¿Qué es esto?

[Tello habla] aparte a doña INÉS

TELLO: (¡Tu padre! Haz que lees, y yo  
haré que latín te enseño.)

Dominus...

INÉS: Dominus...

TELLO: Diga.

INÉS: ¿Cómo más?

TELLO: Dominus meus.

INÉS: Dominus meus.

TELLO: Ansí,  
poco a poco irá leyendo.

PEDRO: ¿Tan presto tomas lición?



INÉS: Tengo notable deseo.

PEDRO: Basta; que a decir, Inés,  
me envía el ayuntamiento  
que salga a las fiestas yo.

INÉS: Muy discretamente han hecho,  
pues viene a la fiesta el rey.

PEDRO: Pues sea con un concierto  
que has de verlas con Leonor.

INÉS: Madre, dígame si puedo  
verlas sin pecar.

FABIA: ¿Pues no?

No escrupulices en eso  
como algunos tan mirlados,  
que piensan, de circunspectos,  
que en todo ofenden a Dios,  
y olvidados de que fueron  
hijos de otros como todos,  
cualquiera entretenimiento  
que los trabajos olvide  
tienen por notable exceso.

Y aunque es justo moderarlos,  
doy licencia, por lo menos  
para estas fiestas, por ser  
jugatoribus paternos.

PEDRO: Pues vamos; que quiero dar  
dineros a tu maestro,  
y a la madre para un manto.

FABIA: A todas cubra el del cielo,  
y vos, Leonor, ¿no seréis  
como vuestra hermana presto?

LEONOR: Sí, madre, porque es muy justo  
que tome tan santo ejemplo.

Vanse. Sale el REY don Juan, con

acompañamiento, y el CONDESTABLE

REY: No me traigáis al partir  
negocios que despachar.

CONDESTABLE: Contienen sólo firmar;  
no has de ocuparte en oír.

REY: Decid con mucha presteza.

CONDESTABLE: ¿Han de entrar?

REY: Agora no.

CONDESTABLE: Su santidad concedió  
lo que pidió vuestra alteza  
por Alcántara, señor.

REY: Que mudase le pedí  
el hábito porque así  
pienso que estará mejor.

CONDESTABLE: Era aquel traje muy feo.

REY: Cruz verde pueden traer.

Mucho debo agradecer  
al pontífice el deseo  
que de nuestro aumento muestra,  
con que irán siempre adelante  
estas cosas del infante  
en cuanto es de parte nuestra.

CONDESTABLE: Éstas son dos provisiones,  
y entrambas notables son.

REY: ¿Qué contienen?

CONDESTABLE: La razón  
de diferencia que pones  
entre los moros y hebreos  
que en Castilla han de vivir.

REY: Quiero con esto cumplir,  
Condestable, los deseos  
de fray Vicente Ferrer,  
que lo ha deseado tanto.

CONDESTABLE: Es un hombre docto y santo.

REY: Resolví con él ayer  
que en cualquiera reino mío  
donde mezclados están,  
a manera de gabán  
traiga un tabardo el judío  
con una señal en él,  
y un verde capuz el moro.  
Tenga el cristiano el decoro  
que es justo; apártese dél;  
que con esto tendrán miedo  
los que su nobleza infaman.

CONDESTABLE: A don Alonso, que llaman  
"el caballero de Olmedo."  
hace vuestra alteza aquí  
merced de un hábito.

REY: Es hombre  
de notable fama y nombre.

En esta villa le vi  
cuando se casó mi hermana.

CONDESTABLE: Pues pienso que determina,  
por servirte, ir a Medina  
a las fiestas de mañana.

REY: Decidle que fama emprenda  
en el arte militar,  
porque yo le pienso honrar  
con la primera encomienda.

Vanse. Sale don ALONSO

ALONSO: ¡Ay, riguroso estado,  
ausencia mi enemiga,  
que dividiendo el alma,  
puedes dejar la vida!  
¡Cuán bien por tus efetos  
te llaman muerte viva,

pues das vida al deseo,  
y matas a la vista!  
¡Oh, cuán piadosa fueras,  
si al partir de Medina  
la vida me quitaras  
como el alma me quitas!  
En ti, Medina, vive  
aquella Inés divina,  
que es honra de la corte  
y gloria de la villa.  
Sus alabanzas cantan  
las aguas fugitivas,  
las aves que la escuchan,  
las flores que la imitan.  
Es tan bella, que tiene  
envidia de sí misma,  
pudiendo estar segura  
que el mismo sol la envidia,  
pues no la ve más vella  
por su dorada cinta,  
ni cuando viene a España,  
ni cuando va a las Indias.  
Yo merecí quererla.  
¡Dichosa mi osadía!  
Que es merecer sus penas  
calificar mis dichas.  
Cuando pudiera verla,  
adorarla y servirla,  
la fuerza del secreto  
de tanto bien me priva.  
Cuando mi amor no fuera  
de fe tan pura y limpia,  
las perlas de sus ojos  
mi muerte solicitan.  
Llorando por mi ausencia  
Inés quedó aquel día,

que sus lágrimas fueron  
de sus palabras firma.  
Bien sabe aquella noche  
que pudiera ser mía.  
Cobarde amor, ¿qué aguardas,  
cuando respetos miras?  
¡Ay, Dios, qué gran desdicha,  
partir el alma y dividir la vida!

Sale TELLO

TELLO: ¿Merezco ser bien llegado?

ALONSO: No sé si diga que sí;  
que me has tenido sin mí  
con lo mucho que has tardado.

TELLO: Si por tu remedio ha sido,  
¿en qué me puedes culpar?

ALONSO: ¿Quién me puede remediar,  
si no es a quien yo le pido?  
¿No me escribe Inés?

TELLO: Aquí  
te traigo cartas de Inés.

ALONSO: Pues hablarásme después  
en lo que has hecho por mí.

Lea

"Señor mío, después que os partistes no  
he vivido; que sois tan cruel, que aun  
no me dejáis vida cuando os vais."

TELLO: ¿No lees más?

ALONSO: No.

TELLO: ¿Por qué?

ALONSO: Porque manjar tan süave  
de una vez no se me acabe.

Hablemos de Inés.

TELLO: Llegué  
con media sotana y guantes;  
que parecía de aquellos  
que hacen en solos los cuellos  
ostentación de estudiantes.

Encajé salutación,  
verbosa filatería,  
dando a la bachillería  
dos piensos de discreción;  
y volviendo el rostro, vi  
a Fabia...

ALONSO: Espera, que leo  
otro poco; que el deseo  
me tiene fuera de mí.

Lea

"Todo lo que dejastes ordenado se hizo;  
sólo no se hizo que viviese yo sin vos,  
porque no lo dejastes ordenado."

TELLO: ¿Es aquí contemplación?

ALONSO: Dime cómo hizo Fabia  
lo que dice Inés.

TELLO: Tan sabia  
y con tanta discreción,  
melindre e hipocresía,  
que me dieron que temer  
algunos que suelo ver  
cabizbajo todo el día.

De hoy más quedaré advertido  
de lo que se ha de creer

de una hipócrita mujer  
y un ermitaño fingido.  
Pues si me vieras a mí  
con el semblante mirlado,  
dijeras que era traslado  
de un reverendo alfaquí.  
Creyóme el viejo, aunque en él  
se ve de un Catón retrato.  
ALONSO: Espera; que ha mucho rato  
que no he mirado el papel.

Lea

"Daos prisa a venir, para que sepáis cómo  
quedo cuando os partís, y cómo estoy  
cuando volvéis."

TELLO: ¿Hay otra estación aquí?

ALONSO: En fin, ¡tú hallaste lugar  
para entrar y para hablar?

TELLO: Estudiaba Inés en ti;  
que eras el latín, señor,  
y la lición que aprendía.

ALONSO: Leonor, ¿qué hacía?

TELLO: Tenía  
envidia de tanto amor,  
porque se daba a entender  
que de ser amado eres  
digno; que muchas mujeres  
quieren porque ven querer.  
Que en siendo un hombre querido  
de alguna con grande afeto,  
piensan que hay algún secreto  
en aquel hombre escondido.  
Y engáñanse, porque son

correspondencias de estrellas.

ALONSO: Perdonadme, manos bellas,  
que leo el postrer renglón.

Lea

"Dicen que viene el rey a Medina, y dicen  
verdad, pues habéis de venir vos, que  
sois rey mío."

Acabóse el papel.

TELLO: Todo en el mundo se acaba.

ALONSO: Poco dura el bien.

TELLO: En fin,

le has leído por jornadas.

ALONSO: Espera, que aquí a la margen  
vienen dos o tres palabras.

Lea

"Poneos esa banda al cuello,  
¡Ay, si yo fuera la banda!"

TELLO: ¡Bien dicho, por Dios, y entrar  
con doña Inés en la plaza!

ALONSO: ¿Dónde está la banda, Tello?

TELLO: A mí no me han dado nada.

ALONSO: ¿Cómo no?

TELLO: Pues, ¿qué me has dado?

ALONSO: Ya te entiendo; luego saca  
a tu elección un vestido.

TELLO: Ésta es la banda.

ALONSO: Extremada.

TELLO: Tales manos la bordaron.

ALONSO: Demos orden que me parta.



Pero, ¿ay, Tello!

TELLO: ¿Qué tenemos?

ALONSO: De decirte me olvidaba  
unos sueños que he tenido.

TELLO: ¿Agora en sueños reparas?

ALONSO: No los creo, claro está;  
pero dan pena.

TELLO: Eso basta.

ALONSO: No falta quien llama a algunos  
revelaciones del alma.

TELLO: ¿Qué te puede suceder  
en una cosa tan llana  
como quererte casar?

ALONSO: Hoy, tello, al salir el alba,  
con la inquietud de la noche,  
me levanté de la cama,  
abrí la ventana aprisa,  
y mirando flores y aguas  
que adornan nuestro jardín,  
sobre una verde retama  
veo ponerse un jilguero,  
cuyas esmaltadas alas  
con lo amarillo añadían  
flores a las verdes ramas.  
Y estando al aire trinando  
de la pequeña garganta  
con naturales pasajes  
las quejas enamoradas,  
sale un azor de un almendro,  
adonde escondido estaba,  
y como eran en los dos  
tan desiguales las armas,  
tiñó de sangre las flores,  
plumas al aire derrama.  
Al triste chillido, Tello,  
débiles ecos del aura

respondieron, y, no lejos,  
lamentando su desgracia,  
su esposa, que en un jazmín  
la tragedia viendo estaba.  
Yo, midiendo con los sueños  
estos avisos del alma,  
apenas puedo alentarme;  
que con saber que son falsas  
todas estas cosas, tengo  
tan perdida la esperanza,  
que no me aliento a vivir.

TELLO: Mal a doña Inés le pagas  
aquella heroica firmeza  
con que atrevida contrasta  
los golpes de la fortuna.  
Ven a Medina, y no hagas  
caso de sueños ni agüeros,  
cosas a la fe contrarias.  
Lleva el ánimo que sueles,  
caballos, lanzas y galas,  
mata de envidia los hombres,  
mata de amores las damas.  
Doña Inés ha de ser tuya  
a pesar de cuantos tratan  
dividiros a los dos.

ALONSO: Bien dices. Inés me aguarda;  
vamos a Medina alegres.

Las penas anticipadas  
dicen que matan dos veces,  
y a mí sola Inés me mata,  
no como pena, que es gloria.

TELLO: Tú me verás en la plaza  
hincar de rodillas toros  
delante de sus ventanas.

**Fin del Acto Segundo**

**Acto Tercero**

Suenan atabales y entran con lacayos y rejonos don  
RODRIGO y don FERNANDO

RODRIGO: Poca dicha.

FERNANDO: Malas suertes.

RODRIGO: ¡Qué pesar!

FERNANDO: ¿Qué se ha de hacer?

RODRIGO: Brazo, ya no puede ser  
que en servir a Inés aciertes.

FERNANDO: Corrido estoy.

RODRIGO: Yo, turbado.

FERNANDO: Volvamos a porfiar.

RODRIGO: Es imposible acertar  
un hombre tan desdichado.

Para él de Olmedo, en efeto,  
guardó suertes la Fortuna.

FERNANDO: No ha errado el hombre ninguna.

RODRIGO: Que la ha de errar os prometo.

FERNANDO: Un hombre favorecido,  
Rodrigo, todo lo acierta.

RODRIGO: Abrióle el amor la puerta,  
y a mí, Fernando, el olvido.

Fuera de esto, un forastero  
luego se lleva los ojos.

FERNANDO: Vos tenéis justos enojos.

Él es galán caballero,  
mas no para escurecer  
los hombres que hay en Medina.

RODRIGO: La patria me desatina;  
mucho parece mujer  
en que lo propio desprecia,  
y de lo ajeno se agrada.

FERNANDO: De ser de ingrata culpada

son ejemplos Roma y Grecia.

Dentro ruido de pretales y voces

VOZ 1: ¡Brava suerte!

VOZ 2: ¡Con qué gala  
quebró el rejón!

FERNANDO: ¿Qué aguardamos?

Tomemos caballos.

RODRIGO: Vamos.

VOZ 1: Nadie en el mundo le iguala.

FERNANDO: ¿Oyes esa voz?

RODRIGO: No puedo  
sufrirlo.

FERNANDO: Aun no lo encareces.

VOZ 2: ¡Vitor setecientas veces  
el caballero de Olmedo!

RODRIGO: ¿Qué suerte quieres que aguarde,  
Fernando, con estas voces?

FERNANDO: Es vulgo, ¿no le conoces?

VOZ 1: Dios te guarde, Dios te guarde.

RODRIGO: ¿Qué más dijeran al rey?

Mas bien hacen; digan, rueguen  
que hasta el fin sus dichas lleguen.

FERNANDO: Fue siempre bárbara ley  
seguir aplauso vulgar  
las novedades.

RODRIGO: Él viene  
a mudar caballo.

FERNANDO: Hoy tiene  
la Fortuna en su lugar.

Sale TELLO con rejón y librea, y don  
ALONSO

TELLO: ¡Valientes suertes, por Dios!

ALONSO: Dame, Tello, el alazán.

TELLO: Todos el lauro nos dan.

ALONSO: ¿A los dos, Tello?

TELLO: A los dos;

que tú a caballo y yo a pie,  
nos habemos igualado.

ALONSO: ¡Qué bravo, Tello, has andado!

TELLO: Seis todo desjarreté,  
como si sus piernas fueran  
rábanos de mi lugar.

FERNANDO: Volvamos, Rodrigo, a entrar,  
que por dicha nos esperan,  
aunque os parece que no.

RODRIGO: A vos, don Fernando, sí;  
a mí no, si no es que a mí  
me esperan para que yo  
haga suertes que me afrenten,  
o que algún toro me mate,  
o me arrastre o me maltrate  
donde con risa lo cuenten.

Vanse los dos

TELLO: Aquéllos te están mirando.

ALONSO: Ya los he visto envidiosos  
de mis dichas y aun celosos  
de mirarme a Inés mirando.

TELLO: ¡Bravos favores te ha hecho  
con la risa! Que la risa  
es lengua muda que avisa  
de lo que pasa en el pecho.  
No pasabas vez ninguna  
que arrojar no se quería

del balcón.

ALONSO: ¡Ay, Inés mía!

¡Si quisiese la Fortuna  
que a mis padres les llevase  
tal prenda de sucesión!

TELLO: Sí harás, como la ocasión  
de este don Rodrigo pase;  
porque satisfecho estoy  
de que Inés por ti se abrasa.

ALONSO: Fabia se ha quedado en casa;  
mientras una vuelta doy  
a la plaza, ve corriendo,  
y di que esté prevenida  
Inés, porque en mi partida  
la pueda hablar; advirtiéndole  
que se esta noche no fuese  
a Olmedo, me han de contar  
mis padres por muerto, y dar  
ocasión, si no los viese,  
a esta pena, no es razón;  
tengan buen sueño, que es justo.

TELLO: Bien dices; duerman con gusto,  
pues es forzosa ocasión  
de temer y de esperar.

ALONSO: Yo entro.

TELLO: Guárdete el cielo.

Vase don ALONSO

Pues puedo hablar sin recelo  
a Fabia, quiero llegar.  
Traigo cierto pensamiento  
para coger la cadena  
a esta vieja, aunque con pena  
de su astuto entendimiento.

No supo Circe, Medea,  
ni Hécate lo que ella sabe;  
tendrá en el alma una llave  
que de treinta vueltas sea.  
Mas no hay maestra mejor  
que decirle que la quiero,  
que es el remedio primero  
para una mujer mayor;  
que con dos razones tiernas  
de amores y voluntad,  
presumen de mocedad,  
y piensan que son eternas.  
Acabóse. Llego, llamo.  
Fabia... Pero soy un necio;  
que sabrá que el oro precio,  
y que los años desamo,  
porque se lo ha de decir  
el de las patas de gallo.

Sale FABIA

FABIA: ¡Jesús, Tello! ¿Aquí te hallo?

¡Qué buen modo de servir  
a don Alonso! ¿Qué es esto?  
¿Qué ha sucedido?

TELLO: No alteres  
lo venerable, pues eres  
causa de venir tan presto;  
que por verte anticipé  
de don Alonso un recado.

FABIA: ¿Cómo ha andado?

TELLO: Bien ha andado,  
porque yo le acompañé.

FABIA: ¡Extremado fanfarrón!

TELLO: Pregúntalo al rey, verás

cuál de los dos hizo más;  
que se echaba del balcón  
cada vez que yo pasaba.

FABIA: ¡Bravo favor!

TELLO: Más quisiera  
los tuyos.

FABIA: ¡Oh, quién te viera!

TELLO: Esa hermosura bastaba  
para que yo fuera Orlando.

¿Toros de Medina a mí?

¡Vive el cielo! Que les di

reveses, desjarretando,

de tal aire, de tal casta,

en medio de regocijo,

que hubo toro que me dijo,

"Basta, señor Tello, basta."

"No basta," le dije yo,

y eché de un tajo volado

una pierna en un tejado.

FABIA: ¿Y cuántas tejas quebró?

TELLO: Eso al dueño, que no a mí.

Dile, Fabia, a tu señora,

que ese mozo que la adora

vendrá a despedirse aquí;

que es fuerza volverse a casa,

porque no piensen que es muerto

sus padres. Esto te advierto.

Y porque la fiesta pasa

sin mí, y el rey me ha de echar

menos, que en efeto soy

su toricida, me voy

a dar materia al lugar

de vítores y de aplauso,

si me das algún favor.

FABIA: ¿Yo favor?

TELLO: Paga mi amor.



FABIA: ¿Que yo tus hazañas cause?

Basta, que no lo sabía.

¿Qué te agrada más?

TELLO: Tus ojos.

FABIA: Pues daréte mis antojos.

TELLO: Por caballo, Fabia mía,  
quedo confirmado ya.

FABIA: Propio favor de lacayo.

TELLO: Más castaño soy que bayo.

FABIA: Mira cómo andas allá,  
que esto de ne nos inducas  
suelen causar los refrescos;  
no te quite los gregüescos  
algún mozo de San Lucas;  
que será notable risa,  
Tello, que donde lo vea  
todo el mundo, un toro sea  
sumiller de tu camisa.

TELLO: Lo atacado y el cuidado  
volverán por mi decoro.

FABIA: Para un desgarró de un toro,  
¿qué importa estar atacado?

TELLO: Que no tengo a toros miedo.

FABIA: Los de Medina hacen riza,  
porque tiene ojeriza  
con los lacayos de Olmedo.

TELLO: Como éstos ha derribado,  
Fabia, este brazo español.

FABIA: Mas, ¿qué? ¿Te ha de dar el sol  
adonde nunca te ha dado?

Vanse. Ruido de plaza y grito, y digan  
dentro

VOZ 1: ¡Cayó don Rodrigo!

ALONSO: ¡Afuera!

VOZ 2: ¡Qué gallardo, qué animoso  
don Alonso le socorre!

VOZ 1: Ya se apea don Alonso.

VOZ 2: ¡Qué valientes cuchilladas!

VOZ 1: Hizo pedazos el toro.

Salgan los dos; y don ALONSO teniéndole

ALONSO: Aquí tengo yo caballo;  
que los nuestros van furiosos  
discurriendo por la plaza.

Ánimo.

RODRIGO: Con vos le cobro.

La caída ha sido grande.

ALONSO: Pues no será bien que al coso  
volváis; aquí habrá criados  
que os sirvan, porque yo torno  
a la plaza. Perdonadme,  
porque cobrar es forzoso  
el caballo que dejé.

Vase y sale don FERNANDO

FERNANDO: ¿Qué es esto? ¡Rodrigo y solo!  
¿Cómo estáis?

RODRIGO: Mala caída,  
mal suceso, malo todo;  
pero más deber la vida  
a quien me tiene celoso  
y a quien la muerte deseo.

FERNANDO: ¡Que sucediese a los ojos  
del rey y que viese Inés  
que aquel su galán dichoso

hiciese el toro pedazos  
por libraros!

RODRIGO: Estoy loco.

No hay hombre tan desdichado,  
Fernando, de polo a polo.  
¡Qué de afrentas, qué de penas,  
qué de agravios, qué de enojos,  
qué de injurias, qué de celos,  
qué de agüeros, qué de asombros!

Alcé los ojos a ver  
a Inés, por ver si piadoso  
mostraba el semblante entonces,  
que, aunque ingrato, necio adoro;  
y veo que no pudiera  
mirar Nerón riguroso  
desde la torre Tarpeya  
de Roma el incendio, como  
desde el balcón me miraba;  
y que luego, en vergonzoso  
clavel de púrpura fina  
bañado el jazmín del rostro,  
a don Alonso miraba;  
y que por los labios rojos  
pagaba en perlas el gusto  
de ver que a sus pies me potro,  
de la Fortuna arrojado  
y de la suya envidioso.

Mas, ¡vive Dios!, que la risa,  
primero que la de Apolo  
alegre el oriente y bañe  
el aire de átomos de oro,  
se le ha de trocar en llanto,  
si hallo al hidaguillo loco  
entre Medina y Olmedo.

FERNANDO: Él sabrá ponerse en cobro.

RODRIGO: Mal conocéis a los celos.

FERNANDO: ¿Quién sabe que no son monstruos?  
Mas lo que ha de importar mucho  
no se ha pensar tan poco.

Vanse. Salen el REY, el CONDESTABLE y  
criados

REY: Tarde acabaron las fiestas;  
pero ellas han sido tales  
que no las he visto iguales.

CONDESTABLE: Dije a Medina que aprestas  
para mañana partir;  
mas tiene tanto deseo  
de que veas el torneo  
con que te quiere servir,  
que me ha pedido, señor,  
que dos días se detenga  
vuestra alteza.

REY: Cuando venga,  
pienso que será mejor.

CONDESTABLE: Haga este gusto a Medina  
vuestra alteza.

REY: Por vos sea,  
aunque el infante desea,  
con tanta prisa camina,  
estas visitas de Toledo  
para el día concertado.

CONDESTABLE: Galán y bizarro ha estado  
el caballero de Olmedo.

REY: ¡Buenas suertes, condestable!

CONDESTABLE: No sé en él cuál es mayor,  
la ventura o el valor,  
aunque es el valor notable.

REY: Cualquiera cosa hace bien.

CONDESTABLE: Con razón le favorece

vuestra alteza.  
REY: Él lo merece  
y que vos le honréis también.

Vanse. Salen don ALONSO y TELLO, de  
noche

TELLO: Mucho habemos esperado,  
ya no puedes caminar.

ALONSO: Deseo, Tello, excusar  
a mis padres el cuidado.

A cualquier hora es forzoso  
partirme.

TELLO: Si hablas a Inés,  
¿qué importa, señor, que estés  
de tus padres cuidadoso?

Porque os ha de hallar el día  
en esas rejas.

ALONSO: No hará;  
que el alma me avisará  
como si no fuera mía.

TELLO: Parece que hablan en ellas,  
y que es en la voz Leonor.

ALONSO: Y lo dice el resplandor  
que da el sol a las estrellas.

LEONOR en la reja

LEONOR: ¿Es don Alonso?

ALONSO: Yo soy.

LEONOR: Luego mi hermana saldrá,  
porque con mi padre está  
hablando en las fiestas de hoy.  
Tello puede entrar; que quiere  
daros un regalo Inés.

Quítase de la reja

ALONSO: Entra, Tello.

TELLO: Si después  
cerraren y no saliere,  
bien puedes partir sin mí;  
que yo te sabré alcanzar.

Ábrese la puerta de casa de don PEDRO, entra  
TELLO, y vuelve doña LEONOR a la reja

ALONSO: ¿Cuándo, Leonor, podré entrar  
con tal libertad aquí?

LEONOR: Pienso que ha de ser muy presto,  
porque mi padre de suerte  
te encarece, que a quererte  
tiene el corazón dispuesto.  
Y porque se case Inés,  
en sabiendo vuestro amor,  
sabrás escoger lo mejor,  
como estimarlo después.

Sale doña INÉS a la reja

INÉS: ¿Con quién hablas?

LEONOR: Con Rodrigo.

INÉS: Mientes, que mi dueño es.

ALONSO: Que soy esclavo de Inés,  
al cielo doy por testigo.

INÉS: No sois sino mi señor.

LEONOR: Ahora bien, quiéroos dejar;  
que es necesidad estorbar  
sin celos quien tiene amor.

Retírase

INÉS: ¿Cómo estáis?

ALONSO: Como sin vida.  
Por vivir os vengo a ver.

INÉS: Bien había menester  
la pena de esta partida

para templar el contento  
que hoy he tenido de veros,  
ejemplo de caballeros,  
y de las damas tormento.

De todas estoy celosa;  
que os alabasen quería,  
y después me arrepentía,  
de perderos temerosa.

¡Qué de varios pareceres!

¡Qué de títulos y nombres

os dio la envidia en los hombres,  
y el amor en las mujeres!

Mi padre os ha codiciado  
por yerno para Leonor,  
y agradecióle mi amor,

aunque celosa, el cuidado;  
que habéis de ser para mí  
y así se lo dije yo,

aunque con la lengua no,  
pero con el alma sí.

Mas, ¡ay! ¿Cómo estoy contenta  
si os partís?

ALONSO: Mis padres son  
la causa.

INÉS: Tenéis razón;  
mas dejadme que lo sienta.

ALONSO: Yo lo siento, y voy a Olmedo,  
dejando el alma en Medina.  
No sé cómo parto y quedo.  
Amor la ausencia imagina,  
los celos, señora, el miedo.  
Así parto muerto y vivo,  
que vida y muerte recibo.  
Mas, ¿qué te puedo decir,  
cuando estoy para partir,  
puesto ya el pie en el estribo?  
Ando, señoras, estos días,  
entre tantas asperezas  
de imaginaciones mías,  
consolado en mis tristezas  
y triste en mis alegrías.  
Tengo, pensando perderte,  
imaginación tan fuerte,  
y así en ella vengo y voy,  
que me parece que estoy  
con las ansias de la muerte.  
La envidia de mis contrarios  
temo tanto, que aunque puedo  
poner medios necesarios,  
estoy entre amor y miedo  
haciendo discursos varios.  
Ya para siempre me privo  
de verte, y de suerte vivo,  
que mi muerte presumiendo,  
parece que estoy diciendo,



"Señora, aquésta te escribo."  
Tener de tu esposo el nombre  
amor y favor ha sido;  
pero es justo que me asombre,  
que amado y favorecido  
tenga tal tristeza un hombre.  
Parto a morir, y te escribo  
mi muerte, si ausente vivo,  
porque tengo, Inés, por cierto  
que si vuelvo será muerto,  
pues partir no puedo vivo.  
Bien sé que tristeza es;  
pero puede tanto en mí,  
que me dice, hermosa Inés;  
"Si partes muerto de aquí,  
¿cómo volverás después?  
Yo parto, y parto a la muerte,  
aunque morir no es perderte;  
que si el alma no se parte,  
¿cómo es posible dejarte,  
cuanto más volver a verte?"

INÉS: Pena me has dado y temor  
con tus miedos y recelos;  
si tus tristezas son celos,  
ingrato ha sido tu amor.  
Bien entiendo tus razones;  
pero tú no has entendido  
mi amor.

ALONSO: Ni tú, que han sido  
estas imaginaciones  
sólo un ejercicio triste  
del alma, que me atormenta,  
no celos; que fuera afrenta  
del hombre, Inés, que me diste.  
De sueños y fantasías,

si bien falsas ilusiones,  
han nacido estas razones,  
que no de sospechas mías.

INÉS: Leonor vuelve.

LEONOR sale a la reja

¿Hay algo?

LEONOR: Sí...

ALONSO: ¿Es partirme?

A doña INÉS

LEONOR: Claro está.

Mi padre se acuesta ya,  
y me preguntó por ti.

INÉS: Vete, Alonso, vete. Adiós.

No te quejes, fuerza es.

ALONSO: ¿Cuándo querrá Dios, Inés,  
que estemos juntos los dos?

Retíranse doña INÉS [y  
doña LEONOR]

Aquí se acabó mi vida,  
que es lo mismo que partirme.

Tello no sale, o no puede  
acabar de despedirse.

Voyme; que él me alcanzará.

Al entrar don ALONSO, una SOMBRA con una  
máscara negra y sombrero, y puesta la mano en el  
puño de la espada, se le ponga delante

ALONSO: ¿Qué es esto? ¿Quién va? De oírme  
no hace caso. ¿Quién es? Hable.  
¡Que un hombre me atemorice  
no habiendo temido a tantos!  
¿Es don Rodrigo? ¿No dice  
quién es?

SOMBRA: Don Alonso.

ALONSO: ¿Cómo?

SOMBRA: Don Alonso.

ALONSO: No es posible.

Mas otro será, que yo  
soy don Alonso Manrique.  
Si es invención, meta mano.  
Volvió la espalda.

Vase la SOMBRA

Seguirle

desatino me parece.  
¡Oh, imaginación terrible!  
Mi sombra debió de ser,  
mas no; que en forma visible  
dijo que era don Alonso.  
Todas son cosas que finge  
la fuera de la tristeza,  
la imaginación de un triste.  
¿Qué me quieres, pensamiento,  
que con mi sombra me afliges?  
Mira que temer sin causa  
es de sujetos humildes.  
O embustes de Fabia son,  
que pretende persuadirme  
porque no me vaya a Olmedo,

sabiendo que es imposible.  
Siempre dice que me guarde,  
y siempre que no camine  
de noche, sin más razón  
de que la envidia me sigue.

Pero ya no puede ser  
que don Rodrigo me envidie,  
pues hoy la vida me debe;  
que esta deuda no permite  
que un caballero tan noble  
en ningún tiempo la olvida.  
Antes pienso que ha de ser  
para que amistad confirme  
desde hoy conmigo en Medina;  
que la ingratitud no vive  
en buena sangre, que siempre  
entre villanos reside.

En fin, es la quinta esencia  
de cuantas acciones viles  
tiene la bajeza humana  
pagar mal quien bien recibe.

Vase. Salen don RODRIGO, don FERNANDO, MENDO y  
LAÍN

RODRIGO: Hoy tendrán fin mis celos y su vida.

FERNANDO: Finalmente, ¿venís determinado?

RODRIGO: No habrá consejo que su muerte impida,  
después que la palabra me han quebrado.

Ya se entendió la devoción fingida,  
ya supe que era Tello, su criado,  
quien le enseñaba aquel latín que ha sido  
en cartas de romance traducido.

¡Qué honrada dueña recibió en su casa  
don Pedro en Fabia! ¡Oh, mísera doncella!

Disculpo tu inocencia, si te abrasa  
fuego infernal de los hechizos de ella.  
No sabe, aunque es discreta, lo que pasa  
y así el honor de entrambos atropella.  
¡Cuántas casas de nobles caballeros  
han infamado hechizos y terceros!  
Fabia, que puede transponer un monte;  
Fabia, que puede detener un río,  
y en los negros ministros de Aqueronte  
tiene, como en vasallos, señorío;  
Fabia, que de este mar, de este horizonte,  
al abrasado clima, al norte frío  
puede llevar a un hombre por el aire,  
le da liciones. ¿Hay mayor donaire?

FERNANDO: Por la misma razón yo no tratara  
de más venganza.

RODRIGO: ¡Vive Dios, Fernando,  
que fuera de los dos bajeza clara!

FERNANDO: No la hay mayor que despreciar amando.

RODRIGO: Si vos podéis, yo no.

MENDO: Señor, repara  
en que vienen los ecos avisando  
de que a caballo alguna gente viene.

RODRIGO: Si viene acompañado, miedo tiene.

FERNANDO: No lo creas, que es mozo temerario.

RODRIGO: Todo hombre con silencio esté escondido.

Tú, Mendo, el arcabuz, si es necesario,  
tendrás detrás de un árbol prevenido.

FERNANDO: ¡Qué inconstante es el bien, qué loco y vario!

Hoy a vista de un rey salió lucido,  
admirado de todos a la plaza,  
y, ¡ya tan fiera muerte le amenaza!

Escóndense y salga don ALONSO

ALONSO: Lo que jamás he tenido,  
que es algún recelo o miedo,  
llevo caminando a Olmedo.  
Pero tristezas han sido.  
Del agua el manso rüido  
y el ligero movimiento  
de estas ramas con el viento,  
mi tristeza aumentan más.  
Yo camino, y vuelve atrás  
mi confuso pensamiento.  
De mis padres el amor  
y la obediencia me lleva,  
aunque ésta es pequeña prueba  
del alma de mi valor.  
Conozco que fue rigor  
el dejar tan presto a Inés...  
¡Qué escuridad! Todo es  
horror, hasta que el aurora  
en las alfombras de Flora  
ponga los dorados pies.  
Allí cantan. ¿Quién será?  
Mas será algún labrador  
que camina a su labor.  
Lejos parece que está.  
Pero acercándose va.  
Pues, ¡cómo! ¡Lleva instrumento,  
y no es rústico el acento,  
sino sonoro y süave!  
¡Qué mal la música sabe,  
si está triste el pensamiento!

Canten desde lejos en el vestuario y véngase  
acercando la voz como que camina

VOZ: "Que de noche le mataron

al caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo."

ALONSO: ¡Cielos! ¿Qué estoy escuchando?  
Si es que avisos vuestros son,  
ya que estoy en la ocasión,  
¿de qué me estás informando?  
Volver atrás, ¿cómo puedo?  
Invención de Fabia es,  
que quiere, a ruego de Inés,  
hacer que no vaya a Olmedo.

VOZ: "Sombras le avisaron  
que no saliese,  
y le aconsejaron  
que no se fuese  
el caballero  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo."

Sale un LABRADOR

ALONSO: ¡Hola, buen hombre, el que canta!

LABRADOR: ¿Quién me llama?

ALONSO: Un hombre soy  
que va perdido.

LABRADOR: Ya voy.

ALONSO: ([Agora] todo me espanta.) Aparte  
¿Dónde vas?

LABRADOR: A mi labor.

ALONSO: ¿Quién esa canción te ha dado,  
que tristemente has cantado?

LABRADOR: Allá en Medina, señor.

ALONSO: A mí me suelen llamar

el caballero de Olmedo,  
y yo estoy vivo.

LABRADOR: No puedo  
deciros de este cantar  
más historia ni ocasión,  
de que a una Fabia la oí.  
Si os importa, ya cumplí  
con deciros la canción.  
Volved atrás. No paséis  
de este arroyo.

ALONSO: En mi nobleza,  
fuera ese temor bajeza.

LABRADOR: Muy necio valor tenéis.

Volved, volved a Medina.

ALONSO: Ven tú conmigo.

LABRADOR: No puedo.

Vase

ALONSO: ¡Qué de sombras finge el miedo!  
¡Qué de engaños imagina!

Oye, escucha. ¿Dónde fue,  
que apenas sus pasos siento?  
¡Ah, labrador! Oye, aguarda.  
"Aguarda," responde el eco.  
¡Muerto yo! Pero es canción  
que por algún hombre hicieron  
de Olmedo, y los de Medina  
en este camino han muerto.

A la mitad dél estoy.

¿Qué han de decir si me vuelvo?  
Gente viene... No me pesa;  
si allá van, iré con ellos.



Salgan don RODRIGO y don FERNANDO y su  
gente

RODRIGO: ¿Quién va?

ALONSO: Un hombre. ¿No me ves?

FERNANDO: Deténgase.

ALONSO: Caballeros,  
si acaso necesidad  
los fuerza a pasos como éstos,  
desde aquí a mi casa hay poco;  
no habré menester dineros  
que de día y en la calle  
se los doy a cuantos veo  
que me hacen honra en pedirlos.

RODRIGO: Quítase las armas luego.

ALONSO: ¿Para qué?

RODRIGO: Para rendillas.

ALONSO: ¿Saben quién soy?

FERNANDO: El de Olmedo,  
el matador de los toros,  
que viene arrogante y necio  
a afrentar los de Medina,  
el que deshonra a don Pedro  
con alcahuetes infames.

ALONSO: Si fuérades a lo menos  
nobles vosotros, allá,  
pues tuvistes tanto tiempo,  
me hablárades, y no agora,  
que solo a mi casa vuelvo.

Allá en las rejas adonde  
dejastes la capa huyendo,  
fuera bien, y no en cuadrilla  
a media noche, soberbios.

Pero confieso, villanos,  
que la estimación os debo,

que aun siendo tantos, sois pocos.

Riñan

RODRIGO: Yo vengo a matar, no vengo  
a desafíos; que entonces  
te matara cuerpo a cuerpo.

A MENDO

Tírale.

Disparen dentro

ALONSO: Traidores sois;  
pero sin armas de fuego  
no pudiérades matarme.  
¡Jesús!

Cae

FERNANDO: ¡Bien lo has hecho, Mendo!

Vanse don RODRIGO, don FERNANDO y su  
gente

ALONSO: ¡Qué poco crédito di  
a los avisos del cielo!  
Valor propio me ha engañado,

y muerto envidias y celos.  
¡Ay de mí! ¿Qué haré en un campo  
tan solo?

Sale TELLO

TELLO: Pena me dieron  
estos hombres que a caballo  
van hacia Medina huyendo.  
Si a don Alonso habían visto  
pregunté; no respondieron.  
¡Mala señal! Voy temblando.  
ALONSO: ¡Dios mío, piedad! ¡Yo muero!  
Vos sabéis que fue mi amor  
dirigido a casamiento.  
¡Ay, Inés!  
TELLO: De lastimosas  
quejas siento tristes ecos.  
Hacia aquella parte suenan.  
No está del camino lejos  
quien las da. No me ha quedado  
sangre. Pienso que el sombrero  
puede tenerse en el aire  
solo en cualquiera cabello.  
¡Ah, hidalgo!  
ALONSO: ¿Quién es?  
TELLO: ¡Ay, Dios!  
¿Por qué dudo lo que veo?  
Es mi señor. ¡Don Alonso!  
ALONSO: Seas bien venido, Tello.  
TELLO: ¿Cómo, señor, si he tardado?  
¿Cómo, si a mirarte llevo  
hecho una fiera de sangre?  
¡Traidores, villanos, perros;  
volved, volved a matarme;

pues habéis, infames, muerto  
el más noble, el más valiente,  
el más galán caballero  
que ciñó espada en Castilla!

ALONSO: Tello, Tello, ya no es tiempo  
más que de tratar del alma.  
Ponme en tu caballo presto  
y llévame a ver mis padres.

TELLO: ¡Qué buenas nuevas les llevo  
de las fiestas de Medina!  
¿Qué dirá aquel noble viejo?  
¿Qué hará tu madre y tu patria?  
¡Venganza, piadosos cielos!

Llévase a don ALONSO. Salen don PEDRO,  
doña INÉS, doña LEONOR, y FABIA

INÉS: ¿Tantas mercedes ha hecho?

PEDRO: Hoy mostró con su real  
mano, heroica y liberal,  
la grandeza de su pecho.  
Medina está agradecida,  
y por la que he recibido  
a besarla os he traído.

LEONOR: ¿Previene ya su partida?

PEDRO: Sí, Leonor, por el infante,  
que aguarda al rey en Toledo.

En fin, obligado quedo;  
que por merced semejante  
más por vosotras lo estoy,  
pues ha de ser vuestro aumento.

LEONOR: Con razón estás contento.

PEDRO: Alcaide de Burgos soy.  
Besad la mano a su alteza.

Aparte a FABIA

INÉS: (¡Ha de haber ausencia, Fabia!

FABIA: Más la Fortuna te agravia.

INÉS: No en vano tanta tristeza  
he tenido desde ayer.

FABIA: Yo pienso que mayor daño  
te espera, si no me engaño,  
como suele suceder;  
que en las cosas por venir  
no puede haber cierta ciencia.

INÉS: ¿Qué mayor mal que la ausencia,  
pues es mayor que morir?)

PEDRO: Ya, Inés, ¿qué mayores bienes  
pudiera yo desear,  
si tú quisieras dejar  
el propósito que tienes?  
No porque yo le hago fuerza;  
pero quisiera casarte.

INÉS: Pues tu obediencia no es parte  
que mi propósito tuerza.  
Me admiro de que no entiendas  
la ocasión.

PEDRO: Yo no la sé.

LEONOR: Pues yo por ti la diré,  
Inés, como no te ofendas.  
No la casas a su gusto.

¡Mira qué presto!

PEDRO: Mi amor  
se queja de tu rigor,  
porque, a saber tu disgusto,  
no la hubiera imaginado.

LEONOR: Tiene inclinación Inés  
a un caballero, después  
que el rey de una cruz le ha honrado;

que esto es deseo de honor,  
y no poca honestidad.

PEDRO: Pues si él tiene calidad  
y tú le tienes amor,  
¿quién ha de haber que replique?  
Cásate en buen hora, Inés.

Pero, ¿no sabré quién es?

LEONOR: Es don Alonso Manrique.

PEDRO: Albricias hubiera dado.  
¿El de Olmedo?

LEONOR: Sí, señor.

PEDRO: Es hombre de gran valor  
y desde agora me agrado  
de tan discreta elección;  
que si el hábito rehusaba,  
era porque imaginaba  
diferente vocación.

Habla, Inés, no estés ansí.

INÉS: Señor, Leonor se adelanta;  
que la inclinación no es tanta  
como ella te ha dicho aquí.

PEDRO: Yo no quiero examinarte,  
sino estar con mucho gusto  
de pensamiento tan justo  
y de que quieras casarte.  
Desde agora es tu marido;  
que me tendré por honrado  
de un yerno tan estimado,  
tan rico y tan bien nacido.

INÉS: Beso mil veces tus pies.

Loca de contento estoy.

Fabia.

FABIA: (El parabién te doy, Aparte  
si no es pésame después.)

Salen el REY, el CONDESTABLE y gente, don RODRIGO,

y don FERNANDO

LEONOR: ¡El rey!

PEDRO: Llegad a besar  
su mano.

INÉS: ¡Qué alegre llego!

PEDRO: Dé vuestra alteza los pies,  
por la merced que me ha hecho  
del alcaidía de Burgos,  
a mí y a mis hijas.

REY: Tengo  
bastante satisfacción  
de vuestro valor, don Pedro,  
y de que me habéis servido.

PEDRO: Por lo menos lo deseo.

REY: ¿Sois casadas?

INÉS: No, señor.

REY: ¿Vuestro nombre?

INÉS: Inés.

REY: ¿Y el vuestro?

LEONOR: Leonor.

CONDESTABLE: Don Pedro merece  
tener dos gallardos yernos,  
que están presentes, señor,  
y que yo os pido por ellos  
los caséis de vuestra mano.

REY: ¿Quién son?

RODRIGO: Yo, señor, pretendo  
con vuestra licencia, a Inés.

FERNANDO: Y yo a su hermana le ofrezco  
la mano y la voluntad.

REY: En gallardos caballeros  
emplearéis vuestras dos hijas,  
don Pedro.

PEDRO: Señor, no puedo

dar a Inés a don Rodrigo,  
porque casada la tengo  
con don Alonso Manrique,  
el caballero de Olmedo,  
a quien hicistes merced  
de un hábito.

REY: Yo os prometo  
que la primera encomienda  
sea suya.

Aparte los dos

RODRIGO: (¡Extraño suceso!

FERNANDO: Ten prudencia.)

REY: Porque es hombre  
de grandes merecimientos.

Dentro

TELLO: Dejadme entrar.

REY: ¿Quién da voces?

CONDESTABLE: Con la guarda un escudero  
que quiere hablarte.

REY: Dejadle.

CONDESTABLE: Viene llorando y pidiendo  
justicia.

REY: Hacerla es mi oficio.  
Eso significa el cetro.

Sale TELLO

TELLO: Invictísimo don Juan,  
que del castellano reino,



a pesar de tanta envidia,  
gozas el dichoso imperio;  
con un caballero anciano  
vine a Medina, pidiendo  
justicia de dos traidores;  
pero el doloroso exceso  
en tus puertas le ha dejado,  
si no desmayado, muerto.  
Con esto yo, que le sirvo,  
rompí con atrevimiento  
tus guardas y tus oídos;  
oye, pues te puso el cielo  
la vara de la justicia  
en tu libre entendimiento,  
para castigar los malos  
y para premiar los buenos;  
la noche de aquellas fiestas  
que a la Cruz de Mayo hicieron  
caballeros de Medina,  
para que fuese tan cierto  
que donde hay cruz hay pasión,  
por dar a sus padres viejos  
contento de verle libre  
de los toros, menos fieros  
que fueron sus enemigos,  
partió de Medina a Olmedo,  
don Alonso, mi señor,  
aquel ilustre mancebo  
que mereció tu alabanza,  
que es raro encarecimiento.  
Quedéme en Medina yo,  
como a mi cargo estuvieron  
los jaeces y caballos,  
para tener cuenta de ellos.  
Ya la destocada noche,  
de los dos polos en medio,

daba a la traición espada,  
mano al hurto, pies al miedo,  
cuando partí de Medina;  
y al pasar un arroyuelo,  
puente y señal del camino,  
veo seis hombres corriendo  
hacia Medina, turbados,  
y, aunque juntos, descompuestos.

La luna, que salió tarde,  
menguado el rostro sangriento,  
me dio a conocer los dos;  
que tal vez alumbra el cielo  
con las hachas de sus luces  
el más oscuro silencio,  
para que vean los hombres,  
de las maldades los dueños,  
porque a los ojos divinos  
no hubiese humanos secretos.

Paso adelante, ¡ay de mí!,  
y envuelto en su sangre veo  
a don Alonso expirando.

Aquí, gran señor, no puedo  
ni hacer resistencia al llanto,  
ni decir el sentimiento.

En el caballo le puse  
tan animoso, que creo  
que pensaban sus contrarios  
que no le dejaban muerto.

A Olmedo llegó con vida  
cuanto fue bastante, ¡ay cielo!,  
para oír la bendición  
de dos miserables viejos,  
que enjugaban las heridas  
con lágrimas y con besos.

Cubrió de luto su casa  
y su patria, cuyo entierro

será el del fénix, señor;  
después de muerto viviendo  
en las lenguas de la fama,  
a quien conserven respeto  
la mudanza de los hombres  
y los olvidos del tiempo.

REY: ¡Extraño caso!

INÉS: ¡Ay de mí!

PEDRO: Guarda lágrimas y extremos,  
Inés, para nuestra casa.

.....

INES: Lo que de burlas te dije,  
señor, de veras te ruego.  
Y a vos, generoso rey,  
de esos viles caballeros  
os pido justicia.

#### A TELLO

REY: Dime,  
pues pudiste conocerlos,  
¿quién son esos dos traidores?  
¿Dónde están? ¡Que vive el cielo,  
de no me partir de aquí  
hasta que los deje presos!

TELLO: Presentes están, señor;  
don Rodrigo es el primero,  
y don Fernando el segundo.

CONDESTABLE: El delito es manifiesto,  
su turbación lo confiesa.

RODRIGO: Señor, escucha...

REY: ¡Prendedlos!

Y en un teatro mañana  
cortad sus infames cuellos;

fin de la trágica historia  
del caballero de Olmedo.

**Fin de la Comedia**

**Lope de Vega**

**AMOR ENAMORADO**



**Hablan en ella las personas siguientes:**

Sirena, nympa.

Alcino, labrador.

Daphne, nympa.

Silvia, labradora.

Bato, villano.

Phebo.

Aristeo, Príncipe de Thesalia.

Peneo, río.

Corebo, criado.

Venus, diosa.

CUPIDO,

La Luna.

Diana, diosa.

Júpiter.

Liseno, padre de Sirena.

## Jornada primera

Sale Sirena, ninfa, huyendo.

SIRENA Júpiter, sacra deidad,  
piedad si no falta en vos,  
que dejarais de ser dios  
si os faltase la piedad:  
blasón de la majestad  
es tenerla aunque castigue,  
y a que la espere me obligue;  
que no me hubiérades hecho  
para ser alma del pecho  
de una fiera que me sigue.

No sé por dónde dilate  
el pecho, de temor lleno;  
¡cielos, volvedme veneno  
porque al comerme le mate!  
Cuando esta venganza trate,  
justo fue si muero así;  
pero, ¡qué necia, ¡ay de mí!,  
a tal remedio os provoco;  
que fuera veneno poco  
para el que ella tiene en sí!

Ya, Silvia, pues no hay favor  
en los dioses, montes, dadme  
socorro, o precipitadme:  
será piadoso rigor;  
no hay muerte como el temor,  
aunque después me la den;  
peñas, encubridme bien,  
creced, robles, aumentad  
las ramas; ¡cielos, piedad,  
mis padres matáis también!



Sale Alcino, labrador, galán.  
ALCINO Por aquí pienso que fue;  
éstas son, ¡ay suerte mía!,  
de las flores que cogía,  
y debe el prado a su pie.  
¿Si la hallaré? ¿Si podré?...  
¡Oh, esperanzas! ¡Oh, temores!  
Pero ¿qué señas mejores  
que pies de tal perfección?  
aunque no sé cuáles son  
las estampas o las flores.

¡Oh, prado, que no me des  
nuevas della en tantas penas,  
por donde van azucenas  
las de sus hermosos pies!  
Jazmín, pues morir me ves,  
¿por dónde va mi jazmín?  
Poned a su curso fin,  
tenedla, campos helados,  
si os queréis volver en prados,  
que va corriendo un jardín.

Aquí cayeron ahora,  
y aún con lágrimas también,  
que como perlas se ven  
sí pasó como la aurora;  
pues si en vuestras hojas llora,  
habla, azahar; habla, clavel;  
pero ¿qué bulto es aquel  
que detrás de aquella peña  
más temor que cuerpo enseña,  
si está mi esperanza en él?

¿Eres tú, Sirena mía?  
¿Eres tú, mi bien?

SIRENA ¿Quién es?

ALCINO Quien te ha llorado después  
que tu muerte presumía:

creí que muerto te había  
el fiero animal impío;  
pero fue gran desvarío,  
pues ningún cuerpo vivió  
después que el alma faltó;  
que eres tú el alma del mío.

Desciende, mi luz, descende.

SIRENA Estoy temblando.

ALCINO No impida  
temor tus pies; que mi vida  
es quien la tuya defiende.

SIRENA Temor, Alcino, me ofende,  
de nieve mi vuelve el pie.

ALCINO Antes, señora, lo fue.

SIRENA Desciendo en tu confianza.

ALCINO Ven a alentar mi esperanza,  
ya que no puedes la fe.

Ella baja.

SIRENA ¿Cómo me hallaste?

ALCINO Seguí  
las flores que habías perdido,  
lenguas por donde he venido,  
que me dijeron de ti.

SIRENA ¿Las flores te hablaron?

ALCINO Sí;  
y no fue la vez primera,  
ni fuera error, aunque fuera  
para peligros mayores,  
el preguntar a las flores  
por la misma primavera.

SIRENA Sólo tú pudieras ser  
de mi corazón sosiego.

ALCINO Pagado me has todo el fuego  
en que el mío siento arder;  
en la sangre puede hacer  
esa inquietud algún mal.

¿En qué te traeré el cristal  
de esta fuente, que algún día  
en mis ojos le traía,  
del alma fuente inmortal?

SIRENA Esos eran los cristales  
que la mía estima en más:  
voy a beber.

ALCINO Beberás  
en búcaro de corales:  
ya que a recibirla sales  
para ser cristal en rosa,  
no heredes, fuente dichosa,  
la lisonja de Narciso:  
pero ya tarde te aviso;  
que es la causa más hermosa.

Ya que su boca a tus hielos  
hizo tan alto favor,  
no dejes beber, pastor,  
que me matarás de celos;  
luego te conviertes en hielos;  
siendo en tu campo sereno  
copa de ardiente veneno,  
y agua de ámbar para mí.

SIRENA Yo bebí, Alcino.

ALCINO Y yo vi  
el clavel de perlas lleno;  
pero en esta envidia loca,  
tu boca fue el instrumento,  
y el agua mi pensamiento,  
que se acercaba a tu boca.

SIRENA Galán estás y discreto.

ALCINO ¡Qué cosas hace el pensar,  
si fuese en todo lugar  
la imaginación efeto!

SIRENA Puesto que me has obligado  
con tal fácil desatino,

más que discreto, mi Alcino,  
te quisiera enamorado.  
Salen Dafne, ninfa, Silvia y Bato, villanos rústicos.  
DAFNE ¿Que tú la viste?  
BATO Alahé,  
que la vi subido en somo  
de un cerro, y que tiene el lomo,  
que de conchas no se ve.  
¿No habéis visto la corteza  
de un jaspe? Tal es la piel  
como que arrojó el pincel  
sobre la naturaleza;  
como murciélago son  
las alas, y llenas de ojos  
verdes, dorados y rojos,  
sin ser ruedas de pavón;  
en lo que es dellas más tierno,  
estrellas se dejan ver  
de plata, si puede haber  
estrellas en el infierno;  
en la reverenda cola,  
bien puede, Dafne, caber  
la tienda de un mercader:  
¿qué digo una tienda sola?  
¡Voto al sol, toda una praza!  
SILVIA Entre las gracias de Bato,  
como le cuesta barato,  
es mentir con linda traza.  
BATO Luego ¿tampoco creerás  
que tien la barriga verde  
en redondo, Dios me acuerde,  
cuarenta varas y más?  
SILVIA ¡Qué graciosa impertinencia!  
¿Cómo se puede saber?  
BATO Un sastre lo dijo ayer,  
hombre de buena conciencia,

que le tomó la medida  
para hacelle mi verdugado.  
DAFNE Silvia, a mí me da cuidado  
o verdadera o fingida:

y la cara ¿cómo es?

BATO Eso no es cosa tan fea;  
mas no hay hombre que la vea  
que pueda vivir después;  
un reinoceronte es nada,  
es un peñasco de hielos,  
es una mujer con celos,  
es una suegra enojada;

un pedregoso barranco  
es la frente, y tien por crin  
las cerdas de un puerco espín  
labradas de negro y branco;

la nariz como guadaña,  
y los ojos dos incendios  
cercados de escolopendrios  
en vez de ceja y pestaña.

SILVIA Dafnes, el miedo sería  
quien a mentir le provoca.

BATO Tres varas tiene de boca.

SILVIA ¿Tres varas?

BATO Si cada día,  
como a los ganados venga,  
se almuerza cuatro cochinos  
y diez corderos añinos,  
¿qué boca quieres que tenga?

Ayer se comió un pastor,  
que le alcanzó de una encina.

DAFNE ¡Ay dioses, tanta rüina  
tanto mal, tanto rigor!

¿Es Sirena aquélla?

SILVIA Sí,  
y Alcino el que está con ella.

DAFNE ¡Mi Sirena!

SIRENA Dafne bella,  
¿adónde vais por aquí?

DAFNE Amaneció con el día  
esta serpiente cruel  
en el prado; y como en él  
tan poco reparo había,  
venimos al monte huyendo  
Bato, Silvia y yo.

ALCINO La tierra  
se despuebla, y en la sierra  
van las aldeas haciendo  
una ciudad populosa.

DAFNE Pues tanto sabes, Alcino,  
¿por qué culpa o qué destino  
esta sierpe venenosa  
vino a Tesalia?

ALCINO Anteayer  
contaba un sabio pastor  
la causa deste rigor.

DAFNEA todos harás placer  
en referir lo que sabes.

ALCINO Diré. Dafne, lo que sé,  
que de Doristo escuché  
y de otros pastores graves.

Después que el alto Jove omnipotente,  
de aquel abismo en sombras sumergido  
sacó el mundo invisible, y el presente  
por tantos siglos en eterno olvido,  
dos causas, la materia y la eficiente,  
estaban para ser, no habiendo sido,  
en acto aquésta y en potencia aquélla,  
y entre las dos naturaleza bella.

Una era cielo en altos movimientos,  
y otra era tierra en firme compostura;  
mas como dividió los elementos,

salió la luz resplandeciente y pura:  
fúlgida antorcha obscureció los vientos,  
globo de plata la tiniebla obscura,  
bordaron el zafir diamantes claros,  
del siempre cano mar brillantes faros.

La verde tierra, ya del fruto amago,  
se entapizó de hierbas y de ramas,  
cubriendo en agua el ara y viento vago,  
al fénix plumas y al delfín escamas;  
no conocían el horrible estrago  
de Marte fiero, y sus ardientes llamas,  
los hombres que en la edad de oro vivían,  
ni en los comunes términos partían.

Tras ésta, la de plata y la de cobre,  
en que va comenzaba la malicia  
y molestar con fuerza el rico al pobre,  
volviéndose a los cielos la justicia:  
no permiten, airados, que la cobre,  
creciendo la maldad y la codicia,  
en la de hierro, con que vio la tierra  
hurto, traición, mentira, incendio y guerra.

De los gigantes, el mayor, Tifonte,  
subir intenta a la región divina,  
poniendo un monte encima de otro monte,  
a quien airado Júpiter fulmina;  
después, con más rigor, todo horizonte  
cubrir de tantas aguas determina,  
que el alto extremo, exento al aire y hielo,  
apenas viese del Olimpo el cielo.

Soberbia tempestad la tierra inunda;  
las nubes ríos, las estrellas fuentes;  
témplase el cielo, y su piedad redundo  
en dar nuevos al sol rayos lucientes:  
volvió la tierra a ser la vez segunda,  
y se dejó pisar de sus vivientes,  
produciendo más fértiles al hombre

cuantas naturalezas tienen nombre.

Entre las fieras hórridas famosa,  
que entre los partos de la tierra estimo  
por la más estupenda y prodigiosa,  
tanto, que aun a pintarla no me animo,  
nació Fitón, serpiente venenosa,  
del gran calor del sol y húmido limo,  
tanto, que por la parte se corría  
que en su disforme producción tenía.

Esta destruye la Tesalia ahora,  
cuya fama cruel el mundo admira  
por cuanto ilustra la oriental aurora,  
y donde el sol en negra sombra expira:  
ganados despedaza, hombres devora,  
y Júpiter airado, que los mira,  
mientras que más sus aras vuelven jaspe,  
más duro está que bárbaro arimaspe.  
Dentro gran ruido de silbos y hondas, diciendo:

¡Huid, pastores, huid,  
que desciende de la cumbre  
del monte la sierpe al valle!  
¡Todo lo tala y destruye!  
¡Huid!

DAFNE ¡Ay, Júpiter santo!

BATO De esta vez, Silvia, me sume  
Fitón en su oscuro vientre.

SILVIA ¡Huye, Bato!

SIRENA ¡Dafne, huye!

ALCINO ¡Por aquí, Sirena!

SIRENA ¡Ay, triste!

Tropezando los unos en los otros huyen, quedando Bato en  
el suelo.

BATO No hay cosa que no me ocupe  
frío temor: ¡muerto soy!

Ceres y Baco me ayuden.

Sale Febo con su arco y flechas.



FEBO De mi cuarta esfera al suelo

bajo, penetrando nubes,  
a los montes de Tesalia,  
que tristes voces confunden;  
quejas de un fiero animal,  
envueltas en llanto suben  
a mis dorados palacios;  
su luz eclipsan y cubren.

Dejé el carro a discreción  
de Flegón y Etonte; alumbren  
el mundo, y las ruedas de oro  
la región etérea sulquen;  
que basta que el primer móvil,  
que tantos Cielos incluye.  
desde la aurora los lleve  
donde su término cumplen,  
hasta que en sueño y silencio  
la obscura noche sepulte,  
a las sierras, soledades,  
y a los hombres, pesadumbres.

Tomé el arco, y las saetas  
pintadas al hombro puse,  
antes que otro de los dioses  
tan alta hazaña me usurpe;  
que la envidia y la ambición  
no hay cosa que no perturben,  
así en imperiales solios,  
como, en pajizas techumbres.

Voy en busca de la fiera;  
mas ya la tierra descubre  
uno de los hombres muertos,  
por donde le siga y busque;  
pero no lo está del todo.

¿Vives, hombre?

BATO ¡Venus dulce,  
Febo dorado, favor!

FEBO Alza el rostro, no te turbes.

BATO ¿Qué quieres, señora sierpe?

FEBO Hombre, escucha.

BATO ¿Que la escuche?

Esta vez, por el pescuezo  
al estómago me engulle.

FEBO ¿Estás herido?

BATO ¿No ve

la sangre que se me escurre  
qué aromadizada viene?

FEBO Oye, necio.

BATO No me hurgue;  
que cosquillas de una sierpe  
no hay hueso que no machuquen;  
cómame junto, por Dios,  
pero no me despachurre;  
manido estoy, no haya miedo  
que la haga mal en el buche.

FEBO Si estás herido, yo soy  
el primero que compuse  
aforismos medicables;

muestra el pecho, ¿qué rehuyes?

BATO ¡Ay, que me muque, señores!

¡Ay, señores, que me muque!

FEBO Levanta, bestia.

BATO ¿No es sierpe?

FEBO ¿Aun no dejas que te cure?

Médico soy.

BATO Tarde viene:

no he menester que me purgue.

FEBO ¿No estás herido?

BATO Yo no;

que estas verdes alegustres  
donde huyendo tropecé,  
de no le ver me disculpen.

FEBO ¿Por adónde va Fitón?

BATO Señor, no me lo pregunte:  
así Dios le dé salud.

FEBO Villano vil, no te excuses,  
que tú me la has de enseñar.

BATO ¿Yo cómo, si nunca supe  
por adónde van las sierpes?

FEBO No hayas miedo que te injurie  
yendo conmigo; que soy  
Febo, el autor de la lumbre  
celestial; yo soy Apolo.

BATO Señor Pollo, el que nos hunde  
a rayos en el verano,  
y en el invierno se escurre;  
por acá los labradores  
se quejan que no madure  
las cosas cuando es sazón,  
que unas cría y otras pudre;  
y también los segadores,  
que dicen que los aturde,  
porque no hay vino que beban,  
que al momento no le suden.

FEBO Camina, ignorante, y dime,  
antes que Fitón se oculte,  
dónde le tengo de hallar.

BATO Mire, señor, que se aburre,  
porque se le ha de mamar  
como a higo por Octubre;  
tenga lástima a sus años,  
porque dan las juventudes  
dolor si en agraz se van.

FEBO Camina.

BATO A mí no me culpe,  
pues él por fuerza me lleva;  
pero diga, así se enjague  
de las aguas del invierno  
entre sus martas azules,

si es sol que todo lo ve,  
¿no es necesidad que procure  
que yo le enseñe la sierpe?  
FEBO ¡Villano, no me disgustes!  
Ahora soy cazador;  
saetas llevo, y no luces,  
con que deste al otro polo  
no hay cosa que dificulte.  
Ven sin temor; que me aflige  
ver lo que esta tierra sufre:  
que sólo es digna de Febo  
una hazaña tan ilustre.  
Salen Aristeo, Príncipe de Tesalia, y Corebo, criado.  
COREBO No está lejos Vuestra Alteza  
de la gruta donde vive.  
ARISTEO Ya mi pecho se apercibe,  
Dafne hermosa, a tu belleza,  
honor de naturaleza  
y gloria de mi deseo;  
que no ha de negar Peneo,  
aunque tan ilustre río,  
su hija a mi amor, por mío,  
y a mi ser por Aristeo.  
Príncipe heredero soy  
de Tesalia. ¿A quién pudiera  
dar su hija que fe diera  
la nobleza que le doy?  
¡Perdido por ella estoy!  
COREBO Bien, señor, lo manifiestas.  
ARISTEO Vi, Corebo, en unas fiestas  
a Dafne, donde excedía  
cuantas damas aquel día  
las adornaron compuestas;  
como el diamante al rubí,  
como la rosa a la flor,  
y el ámbar a todo olor,

vencer a todas la vi:  
todos los sentidos di  
al primero movimiento;  
y viendo mi entendimiento  
tan dulce imaginación  
solicitó su atención  
por la vista el pensamiento.

Rendíle, en fin, por los ojos  
cuanto supo y pudo amor,  
como suele al vencedor  
el rendido los despojos;  
mas creciendo los enojos  
de una pena tan suave,  
rompió el secreto la llave.

COREBO Esta es la cueva, señor.

ARISTEO La esperanza de mi amor,  
Hoy, en posesión acabe.

Descúbrese el río Peneo en su gruta.

¡Oh! Tú, famoso e ínclito Peneo,  
que entre el Olimpo y Osa  
riegas el Tempe, que con pies de rosa  
recibe tu cristal en su deseo:  
escucha atento al Príncipe Aristeo,  
si no perturba el aire hasta tu oído  
de las sonoras aguas el rüido;

levanta la cabeza, coronada  
de tantas varias flores, y la copia  
de fructíferas ramas esmaltada,  
digno blasón de tu grandeza propia.

El Nilo por Egipto y Etiopía,  
el Gange por la India, y cuantos sorbe  
el mar por todo el orbe,  
te rindan vasallaje.

PENEO Mi Aristeo,  
ese te debe sólo a ti Peneo.

ARISTEO Ya sabes, claro río,

a que me trae el pensamiento mío.  
PENELOPE Tendréme por dichoso  
en que mi yerno seas,  
pues de Dafne deseas,  
príncipe, ser esposo,  
y ella también será con estas bodas  
hermosa reina de las ninfas todas  
que habitan mi ribera;  
vuelve a tu casa y confiado espera.  
que en sabiendo su gusto, pues es justo,  
te la dará mi amor con mayor gusto.  
ARISTEO De la nobleza de tu heroico pecho  
partiré satisfecho;  
que no es razón que un río semideo  
pueda volver atrás.

PENELOPE Parte, Aristeo;  
porque, entre cuantas cosas tienen nombre,  
los ríos solamente  
nunca vuelven atrás de su corriente;  
ejemplo para el hombre,  
si es hombre el que no cumple lo que dice

ARISTEO El cielo te prospere de aguas puras.  
¡Oh dulce auspicio de mi amor felice!  
¡Oh tiempo, pues por todo te apresuras,  
pasa por mí veloz con alas nuevas,  
pero en dándome a Dafne no te muevas!  
Él se va por una parte, y Dafne entra por otra, y  
Silvia.

DAFNE Gente de la ciudad, Silvia: ¿qué es esto?  
¿y con mi padre hablando?

SILVIA Estarán por ventura consultando  
tu casamiento.

DAFNE Siempre fue molesto  
ese cansado nombre a mis oídos.

SILVIA Pues ¿qué galanes?

DAFNE Menos que maridos.

SILVIA No parece mujer, pues en naciendo,  
ese nombre les abre los sentidos,  
ni viven otra cosa persuadiendo  
a sus, padres jamás.

DAFNE Pues yo no entiendo  
darle, esa pesadumbre.

PENEO ¡Dafne mía,  
escucha!

DAFNE ¡Oh padre mío!

PENEO ¿Vienes a lo que el Príncipe venía?  
Merece amor, cuidado ha sido justo,  
puesto que más en esta parte fío  
de tu elección que de mi propio gusto.

Él es el heredero  
de Tesalia y de Marte,  
en cuya militar doctrina y arte  
al mas ejercitado le prefiero. ¿Qué respondes?

DAFNE Amado padre mío,  
bien sabes que a las selvas me desvío,  
huyendo, así de dioses como de hombres,  
no sólo las personas, mas los nombres.

Yo soy ninfa del coro  
de la casta Diana;  
perdona si el respeto, si el decoro  
por ley divina y obediencia humana  
debido a obligaciones naturales,  
fuera de prendas tales,  
te pierdo, pues no puedo obedecerte.

PENEO ¿Cuando esperaba de Tesalia verte,  
Dafne, reina y señora, y que me dieras  
nietos que en mis riberas  
los viera yo mancebos,  
ya Martes, y ya Febos,  
correr gallardos persiguiendo fieras,  
inobediente y loca me respondes?  
¡Qué bien al grande amor que me has debido,

y a tus obligaciones, correspondes!

Pues no me verás más.

DAFNE ¡Padre querido!

Metióse entre las ondas, y cubrióse  
de un pabellón de plata.

SILVIA Entre las aguas va diciendo: «¡Ingrata!»  
con murmurar sonoro.

DAFNE ¿Permitióse,  
Silvia, jamás a ninfa de Diana  
que se casase?

SILVIA Que es locura vana  
esto de ninfas: la naturaleza  
hizo para los hombres la belleza  
por aumentar el mundo.

DAFNE Si un hombre fuera Júpiter segundo,  
rey del supremo imperio,  
o por este hemisferio  
tuviera la belleza de Narciso,  
le tuviera en los céspedes que piso:  
aborrezco los hombres, esto es cierto.

SILVIA Enojarás a Venus.

DAFNE Yo te advierto  
que della, y de su hijo mal nacido  
no se me da...

SILVIA Detente, que CUPIDO  
es un dios que a los dioses inmortales  
hace temblar.

DAFNE Sus bienes y sus males  
son para gente loca, ociosa y vana:  
yo soy ninfa del coro de Diana.

SILVIA ¡Oh, tanto coro y tanto dianizarte!

DAFNE ¡Váyase Venus a casar con Marte!  
Baje Venus.

VENUS Dafne, entre cuantas ninfas  
viven estas verdes selvas,  
tan soberbia como hermosa,



y como hermosa soberbia:  
¿qué blasonas, qué presumes,  
ingrata a naturaleza,  
que no crió a la hermosura  
para vivir entre fieras?  
¿Sabes que soy de quien hablas?  
¿Sabes que los dioses tiemblan  
del menor rayo que influya  
mi dulce amorosa estrella?  
¿Sabes que es mi hijo Amor?  
¿Sabes que en las almas reina?  
¿Sabes que no se resiste  
pecho mortal de sus flechas?  
¿Sabes que aquella armonía  
que el cielo y tierra gobierna  
es Amor? ¿Sabes que están  
pendientes de su cadena  
los elementos que pone  
en paz de su eterna guerra?  
¿Sabes que es concordia Amor,  
y que el cielo se sustenta  
en paz, moviendo sus orbes  
concertada inteligencia?  
¿Por qué el matrimonio huyes,  
pues tu mismo ser te enseña  
que alma y cuerpo están casados  
como el agua con la tierra?  
¿Qué fiera corre este campo,  
qué ave en el aire vuela,  
que hasta tener compañía  
viva contenta y quieta?  
¿Burlas mis razones, Dafne?  
¿Risa en mi propia presencia?  
Pues ¡por Júpiter sagrado...  
DAFNE No prosigas, aunque sea  
atreimiento al respeto

debido por ley eterna  
a las celestes deidades,  
porque no has de hacer que tema  
ni de tu estrella los rayos,  
ni de tu hijo las flechas.  
Yo sirvo y amo a Diana;  
si eres diosa, diosa es ella  
que templará como luna  
cuanto abrasares cometa,  
voyme a buscar, sin temerte,  
la soledad de las selvas;  
que más que escuchar los hombres,  
estimo el tratar con fieras.  
Vase.

VENUS ¿Hay atrevimiento igual?

SILVIA Señora, aunque voy con ella,  
no soy tan bárbara y loca;  
suplícole que me tenga  
en posesión de mujer  
para cuanto me acontezca;  
y sepa Su Majestad  
que ninguna cosa llega  
a ser más mal empleada  
que hermosura en mujer necia.

¿A los hombres quiere mal?

Que la imite no lo creas.

¿Qué me han hecho a mí los hombres  
porque yo los aborrezca?

Vase.

VENUS Con razón quedo corrida. ¡Amor, amor!

Sale CUPIDO con arco y flechas: harále mujer, en hábito  
corto y bizarro.

CUPIDO Dulce reina,  
dulce madre, dulce diosa,  
dulce llama, dulce estrella.

¿Qué me mandas?

VENUS No estoy yo  
para que tan tierno vengas,  
puesto que te doy los brazos.

CUPIDO Soy amor, hablo en mi lengua:  
mas ¿quién te ha dado ocasión  
para el enojo que muestras?

VENUS Una ninfa de Diana,  
un hielo, un alma de piedra,  
aquí con mil libertades,  
de nuestra deidad blasfema,  
de nuestro poder se ríe,  
de amar los hombres se afrenta.

No eres mi hijo, CUPIDO,  
ni permito que me debas  
las alas de que formaste  
las plumas de tus saetas;  
pondré el amor en tu hermano,  
no dejaré que me veas  
eternamente la cara,  
si de Dafne no me vengas.

CUPIDO Conozco a Dafne; hoy haré  
que de amores enloquezca;  
haréla llorar de celos,haré que con tristes quejas  
y lágrimas rompa el aire,  
y el seco prado humedezca;  
no ha de vivir sólo un punto  
con quietud.

VENUS Venganza fuera  
fácil; mas temo a Diana,  
que luego me dice afrentas,  
mis adulterios infama,  
y la red de hierro alega  
con la risa de los dioses  
cuando me vieron en ella  
con el dios de las batallas;  
también dice que en la tierra

quise a Adonis, que hoy es flor,  
y que lloré la tragedia  
del sangriento jabalí  
entre las mirras sabeas  
de los campos orientales.

CUPIDO Pues ¿cómo quieres que emprenda  
tu venganza?

VENUS Enamorando  
della a quien ella no quiera.

CUPIDO Ya sabes, madre y señora,  
que el Amor tiene dos flechas:  
una de plomo, otra de oro;  
la de plomo es cosa cierta  
que causa aborrecimiento;  
hiriendo a Dafne con ella,  
y con la de oro algún dios,  
ten por segura la fuerza,  
porque al supremo poder  
no puede haber resistencia.

VENUS Será discreta venganza.

CUPIDO Pues si es venganza discreta,  
ata con cintas de nácar  
el carro de oro las bellas  
palomas de jazmín puro;  
vuelve a tu luciente esfera,  
que yo la pondré por obra.

VENUS De aquellas rosas que engendra  
el sacro monte Pangeo,  
producidas de mis venas,  
te prometo una guirnalda.

CUPIDO Si Juno, si Palas fuera,  
te han de rendir vasallaje.

VENUS Guardaos, mujeres soberbias;  
que anda enojado el Amor:  
amad, o temed sus flechas.  
Salen Febo y Bato.

BATO ¿Viste la sierpe?

FEBO Ya vi

el fiero animal gigante.

BATO Pues si le tienes delante,  
déjame volver a mí.

FEBO Quiero que seas testigo  
de que la sierpe maté.

BATO Sin verlo lo juraré

y sin que vaya contigo,

al uso, de la ciudad,

adonde hay tantos que juran,

que escriben y que procuran

lo que nunca fue verdad.

FEBO Júpiter, que mira el suelo,  
les dará justo castigo.

BATO No teme el falso testigo

a Júpiter ni a su cielo.

FEBO Súbete a ese monte, Bato,

y estarás seguro en él.

BATO Ya silba el monstruo cruel,

del mismo infierno retrato.

Huid las sangrientas garras

de Fitón, ninfas, huid;

pastores, trepad, subid

por esas pardas pizarras;

ya se acerca.

FEBO Extraño horror

me pone el fiero vestiglo,

que desde el primero siglo

no le vio el mundo mayor.

Sale la sierpe echando fuego.

Vertiendo fuego me espera:

¡Júpiter, dame favor!

BATO Mátale presto, señor.

FEBO Yo haré que a mis manos muera;

cumplió el cielo mi esperanza;

bizarro tiro: cayó.

BATO ¡Voto al sol, que le acertó  
por la mitad de la panza!

FEBO Baja, Bato; que ya está  
vertiendo sangre en el prado.

BATO Aun no estoy asegurado  
hacia la cueva se va.

FEBO Cortaréle la cabeza  
para ponella en el templo  
de Diana.

BATO Sois ejemplo  
de valor y fortaleza.

Ninfas, pastores, bajad  
de los montes a los prados:  
los escondidos ganados  
por el valle apacentad;

ya puede el rojo arrebol  
dorar la cándida lana  
desde la fresca mañana  
hasta que se ponga el sol;  
ya con las flechas felices  
rompió sus manos feroces.

Salen Dafne, Sirena, Silvia y Alcino.

DAFNE Bato, ¿de qué son las voces?

SIRENA Bato, ¿qué victoria dices?

ALCINO ¿Tú alegre en esta ocasión?

SILVIA ¿Tú sin miedo?

BATO Sí, alahé;  
pues ¿no queréis que lo esté?,  
si Febo ha muerto a Fitón?

DAFNE ¿Muerto?

BATO Y cortándole está  
la cabeza.

ALCINO Digna hazaña  
de un dios.

SIRENA De la montaña

bajan los pastores ya.

DAFNE La fama, desde nosotras,  
con mil lenguas importunas,  
quita los ecos de unas  
para ponerlos en otras;

ya se junta todo el valle  
para dalle el parabién.

BATO Ya vuestros ojos le ven.

SILVIA ¡Lindo aspecto!

ALCINO ¡Hermoso talle!

Sale Febo con la cabeza.

Hincaos de rodillas todos.

SILVIA Bato, de rodillas ponte.

BATO Desde lejos, que aún la temo;  
verá qué hocico y cogote  
que tenía el buen Fitón.

FEBO Venid seguros, pastores,  
que el arco de Febo ha muerto  
la destrucción de los montes,  
el incendio de los valles  
y el veneno de los bosques,  
para que su protector  
de hoy más Tesalia me nombre.

ALCINO Libertador de la patria,  
por eternos siglos goces  
la gloria de tanta hazaña.

DAFNE Tú solo mereces nombre  
de vencedor inmortal.

SIRENAA tus pies, Febo, se postre  
cuanto por el cielo ilustras,  
cuanto alumbras por el orbe.

SILVIA A tus sacras aras, Febo,  
ofrezcan mirras y aloes  
los más apartados indios.

BATO En grandes obligaciones  
nos ha puesto su mercé;

Dios se lo pague y le torne  
con bien de cualquier camino  
que vaya del Sur al Norte;  
que cierto que mos comía  
ese maldito serpoche  
en montañas y en aldeas,  
los ganados y los hombres,  
ni mos quedaba cochino,  
aunque su mercé perdone,  
que en verdad que los perniles  
bien merecen que se nombren;  
ni cabritos, ni terneras,  
ni conejos, ni pichones,  
ni mondonguinos, ni gansos;  
pues gallinas, diez o doce,  
sin pedir una toalla  
ni un panecillo, zampóse  
de un espetón muchas veces,  
sin que las plumas lo estorben:  
pues lo que es leche no es nada  
aunque lo cuente a la postre:  
de veinte o treinta calderas,  
apenas dejaba el cobre.  
Dentro relinchos; pastores y pastoras, con instrumentos,  
cantando y bailando, y CUPIDO detrás de ellos.

A la gala de Febo  
cantad, pastores,  
y coronen sus aras  
rosas y flores.

UNA VOZ Del claro Peneo  
las verdes riberas,  
de Arcadia los bosques,  
de Tempe las selvas,  
a ofrecerle vengan  
precisos dones,  
y coronen sus aras



rosas y flores.

CUPIDO Invisible entre esa gente  
rústica, bárbara y pobre,  
me trae una noble envidia  
de ver que a Febo coronen  
por disparar una flecha,  
pues de todo su horizonte  
no queda pastor o ninfa  
que no le celebre y loe.  
¡Qué vanaglorioso está!  
¡Qué soberbio se antepone  
a las deidades celestes!

FEBO Entre estas peñas y robles  
un templo tiene mi hermana,  
la hermosa Diana, adonde  
descansa cuando en las selvas,  
fieras sigue, ciervos corre;  
porque es Diosa de la caza,  
y porque Arcadia la invoque,  
la cabeza de Fitón  
quiero que su templo adorne.

ALCINO Ya, de tu victoria alegre,  
los blancos velos descoge.

El templo se abra, y se vea Diana en altar con un  
venablo y un perro al lado, como la pintan.

FEBO Entre tus sacros trofeos  
permite, Diosa triforme,  
que a tu noble templo ofrezcan  
pastores y cazadores,  
tenga lugar esta fiera,  
porque no es justo que honre  
otro altar victoria mía.

DIANA Febo, tan grandes favores  
sólo mi amor los merece;  
cuantos tigres y leones  
tiene el Asia, cuantas fieras

y armados rinocerontes,  
no pudieran ser despojos,  
ni en todo el mundo mayores,  
que de Fitón la cabeza;  
esta ilustre y sobredore  
los demás triunfos y ofrendas  
con que mis aras componen;  
cuando en las selvas Diana,  
y cuando Luna en la noche,  
a honrarme vendré con gusto  
de una fiera tan disforme.

FEBO No por lustros y olimpiadas,  
pastores, de hoy más se note  
mi triunfo, sino por años;  
mirad que esta ley impone  
Febo en premio desta hazaña  
porque mi victoria logre  
la memoria que merece;  
y quiero que nombre tomen,  
estas fiestas que instituyo  
de Fitón, juegos fitones.

Daré premio a los que fueren  
ya en la lucha los mejores,  
ya en correr, ya en hacer versos,  
en otras gracias conformes  
la fiesta de aquel día.

ALCINO ¡Viva Febo!

BATO A Marte asombre  
este triunfo.

SIRENA ¡Víctor, Febo!

DAFNE Cantad y ofrecedle flores.

Cantan.

A la gala de Febo  
cantad, pastores, etc.

Todos se van cantando; quedan Febo y CUPIDO.

FEBO ¿Ha llegado ningún dios,

de cuantos sobre las torres  
cristalinas de los cielos  
tienen asiento en sus orbes,  
a tanta fama, a tal gloria,  
a tal triunfo, a tanto nombre?  
Vulcano es un vil herrero,  
¿qué importa que rayos forje?  
Mercurio un tratante humilde,  
estafeta de la corte  
de los dioses celestiales;  
pues Marte, de que interrumpe  
la paz del mundo se alabe,  
y de formar escuadrones,  
rizar plumas, limpiar armas,  
lanzas, espadas y estoques;  
pues Neptuno, con sus vientos  
y sus delfines veloces,  
¿quién puede ser?  
CUPIDO Yo no puedo,  
Febo, sufrir que blasones,  
afrentando las deidades,  
ni que a presumir te arrojes  
por una hazaña tan vil,  
que cuando a esta tierra importe,  
más fue acierto que valor.  
¿Quieres que todos te adoren  
cuantos en Tesalia viven  
con dioses, que protectores  
tuvieron por tantos siglos,  
y no es bien que los provoques?  
Vete a matar liebres viles,  
si cazador te dispones,  
y si sol, a ver hazañas  
que de mi valor te informen;  
que yo, de los dioses todos  
el menor, si a mí me escogen,

humillaré tus soberbias,  
vengaré tus sinrazones,  
haré...

FEBO Detente, rapaz,  
si no quieres que de un golpe  
deje sin Amor el mundo.

CUPIDO ¿Tú a mí? Mal me conoces.

FEBO Sí conozco: ¿no eres tú  
el que inventó las traiciones,  
los agravios, las bajezas,  
las guerras, los tratos dobles,  
los adulterios, los celos,  
y otras tantas invenciones,  
con que no hay cielo que dejes,  
ni tierra que no alborotes?

¿No eres tú el hijo de Venus,  
dama que vivió sin orden  
en Chipre por tantos años?  
No dudes de que te sobren  
padres nobles y plebeyos:  
el que quisieres escoge.

CUPIDO ¿Fue la tuya más horrenda,  
cuyas peregrinaciones  
sabe Delfos, y las cantan  
las ranas con roncadas voces,  
trocando en pellejos verdes  
sus labradores capotes?  
¿Qué respondes?

FEBO Por muchacho  
no te arrojé, niño enorme,  
desotra parte del cielo.

CUPIDO Poco a poco y no me apoques:  
¿qué gigantes fulminaste?  
¿Qué rayos tiraste entonces,  
que tales soberbias dices?  
Si matar fieras feroces

es gloria, mayor será  
matar las almas de amores.  
¿Es blasón rendir las fieras,  
más que herir los corazones?  
Tú flechas visibles tiras,  
yo invisibles, tan veloces  
que no hay resistencia humana  
que su ejecución estorbe.  
Mira tú: del arco y flechas,  
¿quién puede con más razones  
blasonar?

FEBO Mira, CUPIDO:  
dejando aparte que pones  
fuego al mundo, que disculpa  
neciamente tus errores,  
tus tragedias y venganzas,  
de que a los hombres despojes  
de su libertad, no arguyo  
tu valor.

CUPIDO Eso respondes:  
pues ¿qué animal es igual  
al hombre?

FEBO Los que te acogen  
son hombres desocupados  
que viven en ocio torpe:  
¿qué virtudes has vencido?

CUPIDO No quiero afrentar los dioses  
ni cansarte con ejemplos.  
¿Tú no te precias de noble,  
de sabio y valiente?

FEBO Sí.

CUPIDOY si te hiciese que llores  
de amor, ¿qué dirás?

FEBO ¿Yo?

CUPIDO Tú.

FEBO Vete, infame, y no me enojas.

CUPIDO A la prueba, y sean testigos  
esos cielos que nos oyen.

FEBO Tengo impenetrable el alma.

CUPIDO Yo soy rayo.

FEBO Yo soy bronce.

CUPIDO Yo te haré, cera.

FEBO Soy sol.

CUPIDO Si eres sol, serás Faetonte;  
que para fuerzas de amor,  
ni valen hielos ni soles.

### Jornada segunda

Salen Venus y CUPIDO.

VENUS ¡Oh, qué bien me obedeciste!

En obligación te estoy;  
gracias, CUPIDO, te doy  
del cuidado que tuviste:  
alta venganza me diste  
si, después que me partí,  
Dafne se burla de mí,  
y a su Diana siguiendo,  
por las selvas anda huyendo  
de los hombres y de ti.

Gustarás de que me afrente  
con soberbia presunción,  
y te haya dado ocasión  
para ser inobediente.

¿En qué estrella, en qué accidente  
consiste que, sin temor,  
sea para mí rigor,  
ira, desdén y aspereza,  
el que por naturaleza  
es para todos Amor?

Quien tantas almas enciende  
de mi hijo no se alabe,  
pues que vengarme no sabe  
de una mujer que me ofende.  
Por toda Arcadia se extiende,  
de Febo la ilustre fama,  
que lo que sabes te llama,  
porque dio muerte a una fiera;  
y tú, como si lo fuera,  
tiembblas de ver una dama.

¡Vive Júpiter sagrado,  
que estoy de pura tristeza  
por quebrarte en la cabeza  
el arco mal empleado!  
Dime, cobarde y armado,  
dime, desnudo y valiente,  
¿cómo aquel valor consiente,  
que con tu sangre te di,  
que Febo te venza a ti,  
y que a mí Dafne me afrente?  
CUPIDO Infamas sin ocasión  
mi cuidado, madre mía;  
que no ha sido cobardía  
sino aguardar ocasión:  
yo daré satisfacción  
a mi agravio y tus enojos,  
y por esos bellos ojos,  
dulce estrella del aurora,  
que ha de ser antes de un hora  
Dafne de tus pies despojos:  
yo, que sin guardar decoro,  
a Júpiter transformé,  
por Leda, en cisne, y mudé,  
por la bella Europa, en toro:  
vete, que el plomo y el oro  
hoy te dirán si me atrevo;

que por lo que a ti te debo,  
y la parte que me alcanza,  
tendrás de Dafne venganza  
y yo la tendré de Febo.

VENUS ¿Dasme la palabra?

CUPIDO Doy  
a tus ojos celestiales.

VENUS Pues por humildades tales  
mis brazos te doy, y estoy  
tan satisfecha, que voy,  
como pudiera vengada,  
contenta y desenojada.

Vase.

CUPIDO Tú, principio de mi vida,  
como me mandas servida,  
como mereces amada.

Selvas de Arcadia, montes y riberas,  
yo soy Amor; mi madre me ha reñido;  
de hoy más, todo mortal guarde el sentido;  
que no he de perdonar aves ni fieras.

Tú, que las plantas, al correr ligeras,  
por las sendas estampas del olvido,  
presto verás, habiéndome ofendido,  
lo que va de las burlas a las veras.

Hoy has de aborrecer, y ser querida;  
y tú, vanaglorioso Febo, advierte  
que no te importa ser fitonicida.

No pienses libre de mis flechas verte,  
porque de cuantas cosas tienen vida,  
sólo no supo qué es amor la muerte.

Dentro ruido de pastores, y sale Bato.

BATO Desgraciado en premios soy:  
si el cielo premios lloviera,  
ninguno a mí me cupiera;  
por desesperarme estoy.

¡Oh, tiempo, no sé por quién



eres a mi premio ingrato!

Todos alaban a Bato,  
pero nadie le hace bien.

¿De cuál peñasco arrojado  
me dará fin este río,  
que aun de morir desconfío,  
según nací desdichado?

Este es bajo, éste eminente,  
éste aún no me da lugar;  
tal estoy, que no he de hallar  
peñasco que me contente.

Un mancebo viene allí.

CUPIDO Dime, que el cielo te guarde,  
pastor, ¿qué fiesta esta tarde  
celebra el Arcadia aquí,

que tanta gente se junta?

BATO Deciros la causa quiero;  
que parecéis forastero  
en el traje y la pregunta:

dio Febo muerte a Fitón.

CUPIDO ¿Qué Febo?

BATO El nacido Delo,  
el que lleva por el cielo  
el dorado cherrión.

CUPIDOY Fitón, ¿quién fue?

BATO Una fiera  
serpiente, que se comía  
los ganados, y este día  
celebran monte y ribera

con juegos, que él ordenó,  
de cantar, saltar, bailar,  
hacer versos y luchar,  
y todos los pierdo yo.

CUPIDO ¿Cantáis vos?

BATO Muy mal.

CUPIDO ¿Saltáis?

BATO Mucho peor.

CUPIDO ¿Hacéis versos?

BATO Sí, señor; mas son perversos.

CUPIDO Pues ¿cómo queréis ganar?

BATO Porque como yo sabía

que lo peor se premiaba,

por lo mismo imaginaba que el premio merecería.

CUPIDO ¡Oh, qué cosa tan mal dicha!

BATO Yo la he dicho muchas veces.

CUPIDO Donde son dioses jüeces,

culpados a vuestra desdicha;

que los dioses saben bien

quién merece premio o no.

Decid los versos, que yo

quiero ser jüez también.

BATO ¿Es dios su merced acaso?

CUPIDO Decid, que yo os lo diré

después.

BATO Ya van alahé,

pero quítense del paso:

en tomando su arco y flechas

Febo de un espetón

mató a la Sierpe Fitón,

y todos estos montes y riberas;

le hacen fiestas

saltando y bailando,

jugando y andando;

y dicen que el dios CUPIDO

nunca hizo tiro tan llocido,

porque es herrero su padre,

y su madre, por desastre,

le hubo en un sastre,

y nadie se asombre,

que era mujer, y no hombre,

y esto lo puedo jurar,

aunque nunca la vi nadar.

CUPIDO ¿Hay más?

BATO ¿Poco le parece?

CUPIDO Si vos escribís así,  
¿qué premio esperáis?

BATO A mí

me han dicho que le merece.

CUPIDO Pues porque jamás culpéislos dioses, con este  
anillo

os premio.

BATO Me maravillo,  
si es fino, que me lo déis.

CUPIDO Mirad que tiene virtud  
esa piedra para hacer  
que os quiera cualquier mujer.

BATO Dios le dé vida y salud:

Silvia me burló mil veces,  
hoy me tengo de vengar.

CUPIDO Ya no podréis murmurar  
siendo los dioses jüeces.

Finalmente. ¿a quién premiaron  
de las ninfas?

BATO Por mejores  
en todas gracias de flores,  
los cabellos coronaron

de Dafne y de Sirena,  
que cantando las dos, creo  
que pudieran, como Orfeo,  
suspender la eterna pena.

CUPIDO ¿Dafne premiada?

BATO ¡Pues no!

Tanto, que con dulce guerra  
la miró Febo en la tierra,  
y en el cielo se paró.

CUPIDO ¿Febo la miró?

BATO Es mujer  
que se la pide a Peneo

mueso príncipe Aristeo.

CUPIDO Desde aquí la pienso ver.

Todos los pastores de fiesta, con instrumentos, y Febo  
detrás coronado de roble, y Dafne y Sirena, de flores.

ALCINO En grandes obligaciones

nos pone tu majestad,

con hallarte, ¡oh, gran deidad!,

en nuestros juegos fitones;

con esto serán más claros.

tú con más amor servido.

FEBO Mi propio interés ha sido,

pastores, venid a honraros.

Habla Bato con el Amor, y no le ve.

BATO Ahora, ilustre mancebo,

pues que no la conocéis,

la bella Dafne veréis,

veréis al valiente Febo;

mas ¿por adónde se fue?

que sin verle no es posible.

CUPIDO Aquí estoy, pero invisible,

donde ninguno me ve;

desde aquí la flecha de oro

a Febo quiero tirar;

Diana ha de perdonar,

pues no ofendo su decoro;

por enamorar a Febo,

la de plomo a Dafne tiro.

Tira dos flechas a Dafne y a Febo.

FEBO Parece que en Dafne miro

nuevo ser, semblante nuevo;

nunca tanto en su belleza,

como ahora reparé.

DAFNE ¡Qué diferente miré,

de Febo la gentileza

de lo que la miro ahora!

Gallardo me parecía,

como al tiempo que salía  
de los brazos del Aurora:

¡qué pena de verle tomar! ¡Qué mal talle! No merece  
ser deidad.

CUPIDO Ya le aborrece,  
ya va haciendo efecto el plomo, y el oro en Febo.

ALCINO Pastores,  
Febo querrá descansar;  
volvamos a coronar  
su templo de almas y flores.

Éntrense todos cantando, y Febo detenga a Dafne.

FEBO Espera, Dafne, espera.

DAFNE ¿Qué quieres?

FEBO Hazme un favor.

DAFNE ¿En qué te sirvo?

FEBO Una flor  
desa guirnalda quisiera;  
ni es mucho a la primavera  
pedir flores por favores,  
que es propio tiempo de amores.

DAFNE ¿Flores me pides a mí,  
cuando al Aurora y a ti  
deben los prados las flores?

FEBO Lo que se puede tomar  
no puede favor llamarse,  
porque es cosa que ha de darse  
si favor se ha de llamar.

DAFNE El que a otro puede dar,  
es forzoso conceder  
que superior viene a ser,  
y tu deidad perdería  
si yo, de cosa que es mía, le puedo favorecer.

FEBO Dafne hermosa, la deidad  
celestial naturaleza,  
de cuanto es mortal riqueza  
no tiene necesidad: lo que pide es voluntad;

las demás cosas son vanas  
para prendas soberanas,  
y ésta falta entre las dos;  
que siempre está pobre Dios  
de voluntades humanas.

El olor del sacrificio,  
desde la ardiente ceniza  
los aires aromatiza,  
porque en su piadoso oficio  
es del corazón indicio,  
y por eso juzgas mal  
en llamarte desigual;  
que es tal la fuerza de amor,  
que puede hacer inferior  
lo inmortal a lo mortal.

La violencia más segura  
para hacer desde la tierra  
a los mismos dioses guerra,  
es la perfecta hermosura.  
El oro y la plata pura,  
las piedras, los minerales  
y las perlas orientales,  
las crío y engendro yo;  
pero nunca el sol crió  
esos ojos celestiales.

Que si pudiera mi mano  
dar a tu belleza ser,  
¿qué le quedaba que hacer  
a Júpiter soberano?  
Y aún pienso, y tengo por llano,  
que tan perfecta y tan pura  
belleza y rara pintura  
ella misma se hizo a sí,  
porque de otra que de ti  
no fuera tanta hermosura.

Yo puedo hacer en la mina

el diamante y el rubí,  
no engastar en carmesí  
clavel tu boca divina:  
con esto, Dafne, imagina,  
si te parece extrañeza que conquistaste tu belleza,  
que hasta un dios pudo rogar  
por lo que le puede dar  
la mortal naturaleza.

DAFNE Febo ilustre, yo nací del claro río Peneo,  
como sabes, semideo,  
en cuya orilla crecí  
hasta que las ninfas vi  
de la triforme Diana,  
a quien dediqué lozana  
verde edad, que no hermosura,  
y a su casta imagen pura  
la parte que tengo humana.

Aristeo me pidió  
por mujer, que de Tesalia  
es Príncipe, y la acidalia  
Venus tanto se enojó  
de que le dejase yo  
por seguir su casto coro,  
que contra el justo decoro  
a que me quieras te obliga,  
porque, queriéndote, siga  
las leyes de Amor, que ignoro.

Yo no quiero, ni he querido,  
ni pienso querer jamás,  
si todo el oro me das  
de tus rayos producido:  
muda el amor en olvido;  
que aunque eres deidad, yo humana,  
será tu esperanza vana  
mientras más loca pretenda,  
pues cuanto Venus me ofenda,

sabr  guardarme Diana.

Vase.

FEBO  Al autor de la luz tanto desvelo,  
tanto desdén y desigual porfía!  
Estoy por no salir, ni formar día,  
aunque la Tierra se lamente al Cielo.

Caiga la noche de sí misma al suelo,  
sin esperanza de la lumbre mía,  
porque la caza que estas selvas cría  
se envuelva en sombra de su eterno velo.  
Suspende el arco al hombro, que profana  
la ley de Amor, y si es buscar severa  
fieras tu condición, dulce tirana,  qu  fiera más  
cruel hallar espera  
que la que tiene con belleza humana,  
de piedra el alma, el corazón de fiera?  
CUPIDO se le pone delante.

CUPIDO  Ad nde bueno, gallardoFebo, el del famoso  
tiro?

Vienes de ver, por ventura,  
las fiestas y regocijos  
que a la muerte de Fit n  
las riberas deste río  
celebran con tanto aplauso  
de juegos y sacrificios?  
 O, codicioso de hacer  
suerte igual entre estos riscos,  
buscas otra sierpe fiera  
que derribe excelsos pinos,  
que devore los ganados,  
y rompa los edificios?  
 Ad nde la dejas muerta?  
Que yo confieso que envidio  
las honras que estos serranos  
hacen a tu nombre invicto.  
 Qu  dicha mayor que ver



cómo eres dellos tenido  
por el mayor de los dioses  
que tiene el sagrado Olimpo?  
Adórate cuantas ninfas  
habitan los extendidos  
campos que riega Peneo  
en círculo cristalino,  
y más entre todas Dafne,  
su hija, con quien he visto,  
de la florida ribera  
entre los verdes alisos,  
tan tierna y enamorada,  
que parece que yo mismo  
la enseñaba los amores  
que a tus requiebros ha dicho.  
¿Cómo la dejaste ir?  
FEBO Mal nacido basilisco,  
dulce afrenta de las almas,  
grave error de los sentidos,  
engaño de la esperanza,  
tirano del albedrío,  
sinrazón de la razón  
y de la memoria olvido;pasión del entendimiento,  
de la voluntad hechizo,  
suspensión de las acciones,  
humano con lo divino,  
y divino con lo humano;  
el más traidor que ofendido,por envidia y por venganza  
te burlas, rapaz, conmigo:  
¿Parécete que es victoria  
haberme Dafne rendido?  
¿Lo que su hermosura ha hecho  
atribuyes a tu oficio?  
Sus ojos, y no tus flechas,  
sus donaires, no tus tiros;  
que la hermosura perfecta

no mata con artificio.  
Plega al cielo que te veas,  
siendo Amor, aborrecido,  
y que te deje, a quien ames,  
por hombre mortal e indigno,  
y que por tus ojos veas,  
abrasado en celos vivos,  
sus dos almas, sus dos vidas,  
en un cuerpo hermafrodito.  
Oigan los dioses mis ruegos,  
en cuya piedad confío  
venganza de tus agravios,  
y piedad de mis suspiros.  
Vase.

CUPIDO No sé cómo, viendo a Febo  
tan triste, el placer resisto;  
pero sin comunicarse,  
¿qué gusto jamás lo ha sido?  
Voy a referir a Venus  
sus trofeos y los míos.  
Dafne huye, Febo adora,  
yo triunfo. ¡CUPIDO, v́ctor!  
Salen Dafne y Sirena.

SIRENA ¿De eso vienes victoriosa?

DAFNE ¿De qué quieres que lo esté  
con más razón?

SIRENA Desdén fue de mujer loca y  
hermosa;  
¿dirás que de virtuosa  
el desdén ha procedido?

DAFNE Valor y virtud ha sido.

SIRENA Yo no le doy ese nombre,  
pues al que es dios y al que es hombre  
tratas con un mismo olvido.

Que desechos a Aristeo  
me parece necedad,

y de Febo la deidad,  
vanaglorioso trofeo:  
¡Que ningún amor ni empleo  
tu condición te permita!  
¡Qué nación el mundo habita,  
que haya despreciado al sol,  
desde el indio al español,  
y del alemán al scita?

¡Ah, Dafne! Júpiter quiera  
que no pague la locura  
de emplear tanta hermosura  
en ir siguiendo una fiera.

DAFNE Yo sé qué premio me espera,  
y no es esperanza vana,  
cuando lo sepa Diana,  
de cuyo coro me precio,  
y por cuyo honor desprecio  
toda la riqueza humana.

Mas cuando su celestial  
compañía no siguiera,  
menos a Febo quisiera,  
porque me parece mal;  
tanto, que en odio mortal  
el respeto he convertido.

SIRENA Si es gallardo y entendido  
un hombre, ¿qué ha de tener  
para quererte?

DAFNE Nacer  
con dicha de ser querido;

tanto sol no me conviene,  
ni hay tan rudo labrador  
que me parezca peor de cuantos Arcadia tiene.

SIRENA Venus le ama y le entretiene,  
y día y noche le sigue.

DAFNE Mal gusto.

SIRENA El cielo te obligue

a hacer presto un necio empleo  
en el sátiro más feo,  
que tus melindres castigue.

Todas las que sois así,  
arrepentidas lloráis  
después que a todos vengáis,  
como lo espero de ti.  
DAFNE Vete. Sirena, de aquí,  
y no culpes mi desdén;  
que como tú quieres bien,  
hablas mal contra el decoro  
de Diana.

SIRENA De su coro  
me río, y de ti también.

Nace al aurora la flor  
vanagloriosa de sí,  
y si pasa por allí  
el gallardo cazador,  
parece que de temor  
de que la toque su mano,  
aunque fue melindre en vano,  
a las hojas se retira,  
y cuando ya el sol expira,  
la pisa el rudo villano.

Tu aspereza no es virtud,  
sino necia vanagloria;  
en tanto intenta victoria  
tu loca solicitud:  
yo culpo tu ingratitude,  
de vana arrogancia llena.

DAFNE Vete y déjame, Sirena;  
que viciosa compañía  
hará que juzguen la mía  
por la libertad ajena.

SIRENA Si es porque de Alcino soy,  
yo estoy tan bien empleada

como tú estás engañada.

DAFNE En mi daño si lo estoy:  
vete con Dios.

SIRENA Yo me voy;  
todo el tiempo lo sujeta:  
tú verás si eres discreta,  
y si yo la necia soy.

Vase.

DAFNE No hay cosa más importuna  
que la persuasión de un necio,  
cuando presume que sabe  
y que enseña al que es discreto.  
No de otra suerte combate  
la roca en la mar al viento  
las ondas de las aguas  
una tras otra soberbio,  
que como quien burla dél,  
firme en su nativo asiento,  
vuelve en espumas los golpes,  
y en blanda risa los ecos:  
así se cansa quien piensa  
reducir mi entendimiento  
a no seguir de Diana  
limpia vida y trato honesto.  
Por más imposible juzgo  
que pueda querer a Febo,  
que hacer solsticio sus rayos  
un año en medio del cielo.  
Sale un ciervo por una puerta del teatro.  
¡Oh, qué valiente animal!  
Tan alto y hermoso ciervo  
no le ha criado el Arcadia:  
seguirle y tirarle quiero.  
¿Huyes? Yo sabré seguirte.  
Yo mate este ciervo, y Febo  
mate serpientes Fitones.

Va tras él, y vuelve a salir por la otra parte.  
No pareces muy ligero,  
ciervo gentil, por Diana,  
a quien humilde prometo  
de tu pardo morrión  
las plumas para trofeo, más que penacho marcial,  
cobarde muestra del pecho,  
de honrar su templo contigo:  
pero ¡ay, Júpiter! ¿Qué es esto?  
Burla ha sido de los ojos,  
cual suele pintar el sueño en el interior sentido  
formas de vanos efectos.  
¡Ay Dios, ay triste, ay de mí!  
Por donde el ciervo se desaparece, sale Febo.  
FEBO Sosiega, Dafne.  
DAFNE ¡Ay, cielos!  
FEBO Febo soy.  
DAFNE Pues ¿qué me quieres?  
FEBO Que me escuches.  
DAFNE ¡Muerta quedo!  
FEBO Yo te truje con engaño  
entre estos olmos y fresnos,  
adonde apenas las aves  
rompen el mudo silencio:  
fingí el ciervo que seguiste;  
hoy quedarán mis deseos  
de tu desdén victoriosos,  
pues aún apenas el cielo  
nos puede ver, que las ramas  
edifican verdes techos  
para defender los troncos,  
en que estriba su alimento,  
contra las estrellas sirias,  
que ladran por ofendellos.  
Sosiégate, vuelve el rostro;  
qué, ¿te turbas? ¿Tan grosero

villano me consideras?

DAFNE Mi desdicha consideroy tu traición. ¿Esto hacen dioses? ¡Qué gentil ejemplo para los hombres mortales!

FEBO Si lo fuera yo, sospecho que me tuvieras amor; tú estás sin mayor remedio que trocar en voluntad la fuerza.

DAFNE ¿Fuerza? Primero se harán pedazos los polos en que estriba el firmamento, y la rueda celestial caerá desasida de ellos; primero verán los hombres trocados los elementos, ligera el agua y la tierra, pesados el aire y fuego; primero aquellos diamantes del cielo...

FEBO ¡Oh, tanto primero! Dafne, yo te adoro; yo soy el que tengo el gobierno del mundo; ya no es posible que puedan mis brazos menos que tus desdenes.

DAFNE ¡Ay, triste!  
¡Ay, infeliz!

FEBO Cuando huyendo fueras a aquellas regiones que eternamente me vieron, tengo de alcanzarte: Dafne, espera.

DAFNE ¡Valedme, cielos!  
Salen Bato y Silvia.

SILVIA ¿Con ese talle querías, Bato, que yo te quisiese?





BATO Alahé, que has de comprir  
lo que dices, o morir  
por ello.

SILVIA Muestra, jumento.

BATO Toma.

SILVIA Mi Bato querido,  
dámele.

BATO ¿Quiéresme?

SILVIA Pues.

BATO ¡Verá el diablo! Verdad es;  
sacudióla el dios Copido;  
pero el hombre fue discreto  
que aquel anillo me dio,  
si por el dar entendió  
la virtud de este secreto.

Ahora bien, dame un abrazo.

SILVIA ¡Malos años para ti!

BATO ¿Y el juramento?

SILVIA ¿Yo?

BATO Sí;

tú verás, llegado el plazo,

cómo llueve y no te mojas, ni eres la mañana dueño  
de tus pies, y que con sueño  
sobre la cama te arrojas.

Ésta me ha engañado,  
soy un tonto; engañarla quiero:  
¿Silvia?

SILVIA ¿Qué quiere el grosero?  
porque sepa que me voy.

BATO ¿No sabes como el Fitón  
que mató Febo dorado  
preñado estaba?

SILVIA ¿Preñado?  
¿De quién?

BATO De otro serpentón  
que salió de la barriga

aquella noche.

SILVIA ¡Mal año!

BATO Tanto, que, temiendo el daño,  
a que consulten obliga  
la diosa Temis, y dice  
que ha de comer solamente  
toda mujer que no siente  
qué es amor.

SILVIA ¡Ay, infelice!

BATO Las que engañan, y después  
lo que prometen defienden,  
las que piden, las que venden el amor por interés,  
las ingrata, las crueles.  
las tontas, las bachilleras,  
las que engañan con chimeras  
a los amantes noveles,  
las que toman los anillos.

SILVIA ¡Ay, Bato, no digas más;  
que esta noche me verás  
al volver mis corderillos!

Pero porque no te vean  
busca un pellejo de lobo,  
y por uno y otro escobo  
haz de suerte que lo crean,  
porque me hables entretanto  
que anda el prado temeroso.

BATO Ser lobo es dificultoso:  
tomalle no lo era tanto;  
pero yo lo haré por ti  
e iré a buscar el pellejo,  
que lobo, zorra y conejo  
me quiero volver; mas di:  
¿quiéresme ahora abrazar?

SILVIA Y ¡cómo si abrazaré!

BATO ¡Oh, qué bien que la engañé!

SILVIA ¡Oh, qué, palos le he de dar!

Vanse.

Sale Dafne huyendo.

DAFNE ¡Tened lástima de mí!

¡Favor, dioses inmortales,  
no pueden desdichas más  
desacreditar deidades!

Si la virtud no os obliga,  
¿cómo podrán los mortales,  
temiendo vuestra justicia,  
reprimir sus libertades?

¡Favor, piedad!

Febo dentro, como que viene de lejos.

FEBO ¿Dónde huyes  
y de quién, hermosa Dafne?

Para, de piedad de ti,  
ya que no de mí, a escucharme:  
mira que de ti la tengo;  
pues para que no te canses,  
voy rogando a mis deseos  
que se detengan y paren.

DAFNE ¡Cielos, ya suena más cerca!

¡Árboles, cubridme, dadme  
favor, pues falta a los dioses!

FEBO No soy yo rústico amante,  
no soy villano grosero;  
tú verás, como me aguardes,  
que sólo me manda Amor  
que te mire, que te hable  
con aquel cortés respeto  
que es tan justo que te guarde.

DAFNE Parecéis malos jueces,  
deidades inexorables,  
que en los reos no castigan  
los delitos que ellos hacen.

¡Oh, Júpiter! Si tú fuerzas  
a Egina, a Leda y Danae,

¿cómo detendrás a Febo?

FEBO ¡Detente, Dafne, un instante!

¿Cómo sufres que tus pies  
tantas espinas maltraten?

¿Quieres, por dicha, cruel,  
que, como a la hermosa madre  
de Amor, produzca la tierra  
nuevas rosas de tu sangre?

DAFNE ¡Ya le veo, yo soy muerta!

Peneo, mi dulce padre,  
¡favor!

Sale Febo.

FEBO No dirás que he sido  
tan veloz para alcanzarte  
como corriendo los cielos,  
aunque eres más bella imagen,  
que por mi eclíptica de oro  
forman eternos diamantes.

Váyase Dafne arrimando a la transformación.

Ya no tienes dónde huir;  
si quieres asegurarte,  
en estos brazos te esconde.

DAFNE Tierra, tus entrañas abre,  
y en tu centro me sepulta.

Transformándose en laurel.

FEBO Tente, espera; celestiales  
dioses, ¿qué crueldad es ésta?

¿Un árbol queréis que abrace?

¿Qué lo dudo? Ramos son  
que del duro tronco salen,  
alma de aquella cruel:  
venganzas son desiguales  
de mis ofensas, Amor.

Dafne en el árbol.

DAFNE ¡Ay!

FEBO Con qué voz lamentable,

temblando el árbol se queja  
piadosamente suave:  
¿Qué haré, que pierdo el sentido?  
¡Que todo el cielo vengase  
a Venus! ¡Ah falsos, dioses!  
Produce, tierra, gigantes,  
que intrépidos otra vez  
intenten aposentarse  
en el alcázar eterno,  
de donde arrojados bajen:  
poned montes sobre montes,  
¡oh terrígenas titanes!  
Y matadme a mí el primero,  
si hay hombres que dioses maten:  
¡oh, cielos, quién ahora, en tantos males,  
pudiera ser mortal para matarse!  
Árbol, aunque ingrato fuiste,  
quiero en la muerte mostrarte  
que fue mi amor verdadero,  
porque no hay prueba que iguale  
como, después de la muerte,  
firmezas de voluntades.  
Tú serás el árbol mío,  
laurel quiero que te llamen,  
aunque en tu dura corteza  
su condición se retrate,  
cubriendo un alma de bronce  
y unas entrañas de jaspe.  
Arrojo el roble, y desde hoy  
quiero de ti coronarme:  
desta rama haré a mi frente...  
DAFNE ¡Ay!  
FEBO Perdona; para honrarte,  
corona que también sea,  
para ilustres capitanes,  
triunfo de insignes victorias

y premio de hazañas grandes.  
Tú serás la verde insignia  
de Césares imperiales,  
lauréola de ingenios  
en las científicas artes,  
tú de poetas honor,  
que de siglo a siglo nacen.  
Pero ¿qué puede haber, Dafne, que baste,  
si no tengo de verte, a consolarme?

DAFNE Febo, el favor agradezco,  
aunque arrepentida tarde;  
que para ejemplo de ingratas  
quiso el cielo transformarme  
en el que llamas laurel.  
Vengado estás; ya no aguardes  
oír más mi voz.  
FEBO Temblaron  
las ramas: ya el alma parte  
a los Elisios. Permite,  
si no he de oírte, abrazarte,  
aunque es tanta tu dureza  
que, para que no te abrace,  
volverás a ser mujer  
y volverás a matarme,  
para que en vida y muerte no me falte  
desdén que huya, ni beldad que mate.  
Sale Bato.

BATO Cosas mandan las mujeres  
a los hombres, que es un necio  
el que por tan caro precio  
quiere, comprar sus placeres.

¿Adónde hallaré, en efeto,  
este pellejo de lobo?  
Silvia me tiene por bobo;  
pues a fe que soy discreto.

Lo que para no envidiado

dicen algunos que basta,  
y más no habiendo en mi casta  
ni dichoso ni letrado.

Si ésta me cumple el concierto,  
todos somos vengativos;  
muchos lobos topo vivos,  
y ninguno topo muerto.

Allí está Febo, a la fe;  
él del pellejo dirá,  
pues por esos mundos va  
y cuanto hay en ellos ve.

¡Ah, señor FEBO!

FEBO ¿Quién llama?

BATO Bato soy, aquel zagal  
que le enseñó el animal  
que le ha dado tanta fama.

FEBO ¿Qué me quieres? Que recelo  
que para tu daño sea.

BATO Hanme dicho que voltea  
por la maroma del cielo,  
y véngole a pescudar  
si en el mundo, nuevo o viejo  
ha topado algún pellejo  
de lobo que me enseñar;

que esta noche Silvia y yo...

FEBO Villano, ¿burlas a mí?

BATO Pues ¿con eso le ofendí?

¿De un pellejo se enojó?

FEBO Mataréte.

BATO ¡Cielo santo,  
favor! Al monte me subo.

FEBO Aguarda.

BATO ¡En qué poco estuvo  
que me diese con un canto!

Vase subiendo por el monte.

FEBO La Luna, mi blanca hermana,

está de creciente ahora,  
ya de salir es la hora;  
escucha, hermosa Diana.

BATO ¿Si acaso me llama a mí?  
¡Ah, señor! ¿Topó el pellejo?

FEBO Si tú no, me das consejo,  
Luna, ¿qué ha de ser de mí?

Ven, Diana, ven hermana.

BATO Ya no me puede faltar:  
¿Qué dice? ¿Que le he de hallar  
en el templo de Diana?

Dios se lo pague, señor;  
que ya voy por el pellejo.  
Vase.

FEBO Luna, de la tierra espejo,  
y del cielo resplandor,  
en quien la noche se toca,  
y se miran las estrellas,  
si la luz que en ti y en ellas  
infundo sol te provoca,  
óyeme en la tierra Febo.

Por lo alto un carro de plata; Diana sentada en él con  
una media luna en el tocado.

DIANA Ya te escucho, hermano mío;  
¿qué tienes? ¿De quién te quejas?

FEBO De dos monstruos, madre e hijo,  
incendios de tierra y cielo,  
que a tu frígido epiciclo  
solamente han perdonado.

DIANA ¿Qué te han hecho?

FEBO Ese CUPIDO,  
ese hermano de la muerte,  
ese decrepito niño,  
envidioso de que hiciese  
aquel celebrado tiro  
con que di muerte a Fitón,



de Tesalia basilisco,  
me hirió de amor de la hija  
de Peneo, ilustre río,  
que huyendo de mí, transforman,  
airados siempre conmigo,  
los dioses en árbol; mira  
si me quejo, si suspiro,  
si lloro con justa causa;  
como a mi hermana, te pido,  
si no remedio, venganza.  
DIANA Por esta luz que recibo,  
Febo, de tus claros rayos,  
y que doy por tantos siglos  
doce veces a los años,  
que ha de hacer que el mal nacido  
rapaz, por quien le aborrezca,  
de amor se abraza a sí mismo.  
Tú verás enamorado  
al Amor, nuevo prodigio  
al mundo; que esta venganza  
será por los mismos filos.  
No hay dios que esté bien con él,  
todos le han aborrecido;  
tú verás como le doy  
con mi castidad castigo.  
¿No sabe Venus, no sabe  
que sus lascivos delitos  
descubren mis castos rayos?  
Conmigo, Venus, conmigo.  
FEBO Pues prosigue tu carrera,  
luna de los ojos míos;  
pisen tus ruedas de plata  
los celestiales zafiros;  
que ya se mira el Aurora  
coronada de jacintos,  
y las flores en los prados,

y las aves en los nidos,  
hacen salva a su lucero  
con las hojas y los picos,  
para que mi carro de oro  
trueque por el griego el indio.  
Pasa el carro lo demás del teatro por lo alto, y acabe  
la jornada segunda.

### Jornada tercera

Sale CUPIDO.

CUPIDO ¿Qué venganza del cielo,  
qué ira de sus dioses soberanos,  
con envidioso celo  
del imperio que tengo en los humanos,  
pena me dio tan nuevamente fiera,  
que siendo el mismo Amor, de amores muera?

Aves enamoradas,  
que destas selvas en el Buen Retiro,  
o solas, o casadas,  
no cantáis versos sin final suspiro,  
y con ecos dulcísimos sonoros  
amor y celos alternáis a coros;

fieras que las montañas  
vivís en soledad, tal vez quejosas  
de serlo mis hazañas,  
faunos lascivos y silvestres diosas,  
humor vital, vegetativas almas  
de tantos cedros, plátanos y palmas;

Pastores deste prado,  
que tantas veces abrasé de amores:  
si hubiera yo pensado  
lo que era yo, mis penas y rigores,

con más piadoso afecto hubieran sido  
en mataros de amor temiendo olvido.

Tiré sin experiencia  
de mi mismo dolor, que no sabía  
de celos ni de ausencia;  
maté sin ver que se acercaba el día  
de dar a todos tan cruel venganza,  
que me abrasa de amor sin esperanza;  
cual suele en blanda cera  
arder la luz y consumirse luego,  
en mi abrasada esfera  
soy alimento de mi propio fuego,  
siendo en la cera, que mi fin recela,  
mi propio ardor el alma de la vela.

Aves, fieras, pastores,  
una ninfa cruel, una pastora,  
mata al Amor de amores;  
ya no hay amor, ni mata, ni enamora:  
Sirena es ya, Sirena prende y mata,  
y siendo Amor con el amor ingrata.

Quebrar el arco quiero  
en este tronco de mi mal testigo,  
pues de mí propio muero:  
yo me maté, yo fui traidor conmigo:  
que en tanta confusión, en tanto abismo,  
yo mismo soy veneno de mí mismo.

Sale Febo.

FEBO Quedo, señor Amor, blanda la mano;  
que este laurel es mío,  
que tiene vida y sentimiento humano;  
¿no ve que maltratarle es desvarío?  
Si quiere enamorarle,  
desde lejos podrá mejor tirarle;  
que darle con el arco es bajo modo  
para el alma que cubre esa corteza,  
que tuvo en vida celestial belleza,

si con las flechas mata el mundo todo,  
no mate con el arco bajamente;  
abrased, tire, prenda, mas no afrente.

Si no le supo herir cuando vivía,  
¿por qué le hiere muerto?  
o le castiga porque no quería  
ser más necia que fue.

CUPIDO ¡Desdicha mía!

Vete, Febo, con Dios.

FEBO Esto le advierto:  
respete mi laurel, que ya corona  
césares, capitanes y poetas.

¿Cómo no habla? ¿Cómo no blasona?

CUPIDO Vete, Febo, por Dios, que mis saetas  
te han vengado de mí; las que tiraba  
se vuelven a mi pecho.

FEBO ¿Cómo ha sido?

O ¿quién te hurtó las flechas del aljaba?

Ya soy tu amigo: cuéntame, CUPIDO,  
tan grande novedad, que te prometo  
sentir tus penas y guardar secreto.

CUPIDO ¿Piensas, Febo, que el alma no te miro?

¿Ahora vienes a engañarme, Febo?

Febo

De verte amar me admiro:

¿no eres tú Amor? ¡Qué prodigioso y nuevo  
portento, amar Amor quien no le quiere!

¡Llorad, pastores, que el Amor se muere!

CUPIDO ¡Basta, Febo, no más; ya estás vengado!

FEBO Cuantos males me has hecho, me has pagado.

Ahora, ingrato Amor, verás quién eres,  
pues que, siendo el Amor, de amores mueres.

¡Con qué traición mirabas,

con qué crueldad herías!

¡Paga, villano Amor, el mal que has hecho!

Las saetas trocabas,

y a Dafne me rendías,  
en cuya nieve se abrasó mi pecho;  
ya quedo satisfecho  
de todos mis agravios  
con verte, Amor, rendido;  
mira de hoy más, CUPIDO,  
cómo hieres los dioses y los sabios,  
que tantas maldiciones  
alcanzaron castigo a tus traiciones.

Vase.

CUPIDO ¿Qué tal venganza he dado?  
Aves, fieras, pastores,  
venid a ver a Amor enamorado;  
y dí los pasadores,  
el arco y la cadena,  
a la bella Sirena;  
ella mata de amores,  
ella sola es amor, ella enamora;  
della os guardad, pastores, desde ahora;  
que ya no soy CUPIDO,  
sino el Amor, que fue de amor vencido.

Sale Venus.

VENUS Amor, ¿de qué te lamentas?  
CUPIDO De mí mismo, aunque acertara  
cuando de ti me quejara,  
que verme sin honra intentas.  
¿Vienes a ver mis afrentas,  
por dicha?

VENUS Debes de estar  
loco.

CUPIDO Pudiera el pesar  
enloquecerme de triste,  
porque tú sola pudiste  
al Amor enamorar.

Venus

Pues ¿estáslo, Amor, de mí?

CUPIDO Yo siempre de ti lo estoy,  
mas hoy que venganza doy  
al mundo, no fue por ti.

VENUS ¿Quieres bien?

CUPIDO Señora, sí;  
y tú lo sabes mejor.

VENUS Mientes, Amor, que en rigor,  
por tus ardientes castigos  
¿quién tiene más enemigos  
en cielo y tierra que Amor?

¿Nunca has visto en una voz  
la gente de algún lugar  
juntarse para matar  
un fiero animal feroz,  
que contra su furia atroz,  
de que a todos parte alcanza,  
cuál con dardo, cuál con lanza,  
cuál con alabarda sale,  
porque entre todos iguale  
al agravio la venganza?

Pues esto han hecho, contigo  
los dioses, y yo pudiera,  
pues no hay en Tesalia fiera  
como tú fuiste conmigo;  
Marte en el cielo testigo,  
como Adonis en el suelo:  
pero puesto que recelo  
la causa, dime quién es,  
para ayudarte después  
a pedir piedad al cielo.

CUPIDO Dulce madre mía,  
Lucero el mayor,  
que del cielo esmalta  
su azul pabellón;  
divino planeta,  
celeste esplendor,

prólogo del día,  
preludio del sol,  
a quien por benigna,  
Júpiter le dio  
del tercero cielo  
la jurisdicción:  
yo tuve con Febo,  
cuando, cazador,  
con valiente brazo  
dio muerte a Fitón,  
la cuestión que sabes,  
de que procedió  
el laurel de Dafne  
con alma y sin voz,  
quejóse a los dioses,  
llamóme traidor;  
no sé cuál de todos  
a todos vengó.  
Hay una serrana,  
destos valles flor,  
gloria de su aldea,  
de su prado honor,  
basilisco en vista,  
humano y feroz,  
ángel en belleza,  
fiera en condición.  
Nunca con tal risa  
las hojas abrió  
la rosa al rocío  
del primero albor,  
cuando Abril la esmalta  
del rojo arrebol,  
que ocultaba el Marzo  
en verde botón:  
parece que el cielo  
jazmines tomó

para hacer al rostro  
cándido color.  
Si pintar quisiera  
tanta perfección,  
recibiera agravio  
su eterno pintor.  
Quien mira su brío,  
dice con razón  
que la primavera  
por allí pasó.  
Yo la vi una fiesta  
que al valle salió;  
no sé qué me dijo,  
prestéla atención;  
que el oír al ver  
siempre fue veloz.  
Miróme al descuido,  
cuidado me dio;  
que en viendo los ojos,  
¡ay del corazón!  
Reparando en ella,  
un helado ardor  
discurrió mis venas  
y la alma llegó.  
Pregunté la causa  
del nuevo vigor,  
respondióme el alma,  
madre, que era yo;  
de suerte, señora,  
que yo mismo soy  
el amor que tengo,  
pues muero de amor.  
Nunca su ponzoña  
al áspid mató,  
como a mí me mata  
mi propio dolor;



del aljaba pienso  
que se me cayó,  
yendo a recostarme,  
algún pasador,  
y por este lado  
de suerte me hirió,  
que Amor, que era uno,  
se ha partido en dos,  
a cuanto le digo,  
me responde: «No»,  
porque todos dicen  
que quiere un pastor;  
como es igual suyo  
presto se rindió,  
que amores iguales  
verdaderos son;  
tales partes tiene,  
que celoso estoy;  
que hay gustos que dejan  
por un hombre, un dios.  
Ella viene, madre,  
voyme de temor;  
dile que me quiera  
si tu hijo soy,  
de mí no se queje  
ningún amador,  
yo renuncio el arco,  
madre, desde hoy;  
Sirena le tenga,  
que al Amor venció;  
madre, ya soy celos,  
ya no soy Amor.  
Vase.  
Salen Sirena y Silvia.  
VENUS Con justa razón se queja  
Amor. ¡Qué gentil mujer!

Mas necia debe de ser  
si un dios por un hombre deja,  
que implica contradicción  
ser amor y no le amar.

SILVIA De hoy más te puedes llamar  
vengadora, y con razón,  
de las mujeres que amaron  
y que mal pagadas fueron  
pues que tus ojos rindieron  
a quien a tantos negaron:  
notable dicha has tenido.

SIRENA Silvia, yo no estoy contenta,  
porque, cuando el Amor sienta  
que por Alcino le olvido,  
querrá, con desconfianza,  
vengarse en los dos celoso.

SILVIA No hará; que en un poderoso  
es bajeza la venganza.

Si un hombre de gran fortuna  
dos mil virtudes tuviese,  
como vengativo fuese,  
no tiene virtud ninguna;  
que es ofensa del valor  
el no saber perdonar.

SIRENA Dirá Amor que es castigar  
mi amor porque es dios de amor.

Ve, Silvia, y llámame a Alcino,  
hable con mi padre luego,  
que Amor, de sí mismo ciego,  
podrá hacer un desatino;  
casémonos, que después  
él me guardará mejor.

SILVIA Yo voy.

SIRENA ¿Qué me quiere Amor?

Si es amor, lo mismo es  
querer a quien he querido.

VENUS A verte sola esperaba,  
menos arrogante y brava,  
más amor, menos olvido;  
la madre del Amor soy,  
Sirena, a quien tratas mal.

SIRENA Yo, planeta celestial,  
en tu misma esfera estoy;  
no soy ninfa de Diana,  
ni sus ejercicios sigo  
por estas selvas.

VENUS No digo  
que no procedes humana  
en querer a quien te quiere,  
pero no de mejorarte,  
pudiendo en más alta parte,  
tu injusto desdén se infiere;  
si mi CUPIDO te adora,  
¿cómo ofendes su deidad  
con ajena voluntad?

SIRENA Antes presumo, señora,  
que le ofendiera en mudarme,  
pues siendo amor verdadero,  
en sabiendo que a otro quiero,  
podrá su ley castigarme.

VENUS ¿Serás la primer mujer  
que a dos en un tiempo quiera?

SIRENA Seré la mujer primera  
que a entrambos pueda querer;  
el amor ha de ser uno,  
esto bien lo sabéis vos,  
porque la que quiere a dos,  
no quiere bien a ninguno.

VENUS Poco sabes del papel  
del amoroso teatro,  
porque a dos, a tres y a cuatro  
puede entretenerse en él.

SIRENA Entretener no es amar.

VENUS Pues no ames y entretén.

SIRENA Quiero bien, y querer bien  
nunca dio tanto lugar;

que a la mujer que es dichosa  
en querer quien la ha querido,  
no le ha de quedar sentido  
para querer otra cosa.

VENUS Muchos galanes, señora,  
acreditan la hermosura.

SIRENA La mujer que honor procura  
sin buena fama, no es buena.

VENUS Nunca la verdad se infama;  
la virtud ha de vencer.

SIRENA ¿Qué virtud puede tener  
quien no tiene buena fama?

VENUS A la virtud que es segura,  
no ofenden injustos nombres.

SIRENA En habiendo muchos hombres,  
es oficio la hermosura.

VENUS ¡Qué bachillera cansada!

SIRENA Obrar bien no es hablar mal.

VENUS Métete monja vestal.

SIRENA ¿Para qué si estoy casada?

VENUS No has de gozar lo que quieres.  
Vase.

SIRENA Será injusto tu rigor,  
o enemigos del honor,  
mujeres para mujeres:

¡Qué consejos de una diosa!  
¡Cuántas se pierden así!  
Voces de pastores, con silbos y estallidos de hondas.  
Dentro.

¡Aquí, pastores, aquí!

SIRENA De todo estoy temerosa.  
Dentro.

¡Al lobo, al lobo, pastores!  
Salga Bato con pellejo de lobo atado al pescuezo, que le cubre las espaldas, y la cabeza metida por la suya.  
BATO ¡Qué desdicha! ¡Muerto vengo!  
¿Adónde podré esconderme?  
SIRENA ¡Ay, triste! Una fiera veo:  
¿Por adónde podré huir?  
BATO Por Dios, Sirena, te ruego que me defiendas.  
SIRENA Él habla:  
¡cielos, qué animal tan fiero!  
Sátiro o fauno, ¿qué quieres?  
¿Tan presto te vengas, Venus?  
BATO Que no soy sastre ni macho.  
SIRENA ¿Eres centauro?  
BATO ¡Eso es bueno!  
¿Yo cigarro?  
SIRENA Pues ¿quién eres?  
¡Ay, Dios!  
BATO Un lobo moderno, que aun no estoy examinado.  
SIRENA ¿Lobo? ¡Socorredme, cielos!  
Venus le envía a matarme.  
BATO ¿Qué viernes o qué embeleco?  
Mírame bien, que yo soy;  
¿tengo, por dicha, otro gesto del que tuve siendo Bato?  
SIRENA ¡Ay, Bato! Perdona el miedo:  
¿Podré tentarte la cara?  
Él es, ¿qué dudo?  
BATO ¿Tan presto me desconoces, Sirena?  
SIRENA El temor, Bato, es tan ciego, que cree lo que imagina; pero dime, ¿quién te ha puesto desta suerte?

BATO Amor, Sirena.  
SIRENA ¿Tú tienes amor?  
BATO ¿No tengo  
mis diez y nueve sentidos,  
sin los demás movimientos?  
¿No sabes que quiero a Silvia?  
Díjome que por secreto  
viniese en forma de lobo;  
que hay vecino que del sueño  
se quitan por acechar  
si hay en la calle requiebro.  
Yo, Sirena, que no estaba  
ducho a ser lobo, el pellejo  
que ves le quité a Diana,  
porque me lo dijo Febo.  
La Diosa, con el enojo,  
cuando las cabañas entro,  
solicitó los pastores  
de valles, montes y cerros:  
juntáronse contra mí;  
yo, como era lobo nuevo  
y no sabía el oficio,  
en cuatro pies iba huyendo;  
pero como no sabía,  
apenas en pie me vieron,  
huyeron, imaginando  
que fuese algún dios mostrenco;  
porque hay en Arcadia tantos  
que ya nos damos con ellos,  
pues solamente no es dios  
el que no tiene dinero.  
De pedradas, finalmente,  
y mordeduras de perros,  
que por poco me mataran,  
tal he quedado, que creo  
que soy lobo, y así voy

a llevarle su pellejo  
y pedir que me perdone;  
que Amor, autor de embelecocos,  
tuvo la culpa de todo.

SIRENA Él viene, y viene a buen tiempo:  
pídele, Bato, justicia  
de Silvia.

BATO Ya no me atrevo;  
que como andan estos dioses  
con tantos enojos, temo  
que me convierta en gazapo,  
o por ventura en vencejo;  
y conozco un arcabuz  
que está en tirallos tan diestro,  
que ha despoblado los aires,  
y no se halla uno dellos  
por un ojo de la cara:  
pues si en toro me convierto,  
sin que lo sepa la muerte,  
dará conmigo en el suelo.

Vase.

Sale CUPIDO.

CUPIDO ¡Oh, bellísima Sirena!  
No sin causa tan amenos  
hallé los prados de Arcadia,  
que obedientes florecieron  
a la estampa de tus pies.  
Pienso que mi madre Venus  
habló ya contigo.

SIRENA Aquí  
me dijo tu pensamiento;  
yo le respondí que amaba  
y que, amando, fuera yerro  
culpable amar otro amor.  
Dilo tú como maestro  
de amar, y como quien es

el legislador y dueño  
desta universal razón;  
di que sin culpa me siento,  
pues tú fuiste quien de Alcino  
me enamoró; mas yo quiero  
quererte si tú me das  
la libertad para hacerlo.  
Desenamórame, Amor.

CUPIDO Si soy Amor, cómo puedo  
ser desamor? Ese oficio  
hace la ausencia, los celos  
o la ingratitud.

SIRENA Pues todo  
te ofrece el mismo remedio;  
cánsate de verme ingrata,  
y pues celoso te veo  
de Alcino, auséntate, Amor;  
mas ¿cómo ignoras, con serlo,  
que amor con amor se cura?  
Quiere bien otro sujeto:  
podrá desenamorarte.

CUPIDO Toma tú el mismo consejo,  
y enamórate de mí:  
verás cómo olvidas luego  
a Alcino.

SIRENA No puede ser,  
si no me quitas primero  
el amor que tú me diste.

Salen Silvia y Alcino.

ALCINO Mucho, Silvia, le agradezco  
que quiera que hable a su padre;  
que temo algún mal suceso  
como el de Dafne, que hoy lloran  
con turbias aguas Peneo  
y el Príncipe de Tesalia,  
que emprendió su casamiento.



SILVIA Ella, que te adora, Alcino,  
quiere poner tierra en medio  
con casarse; que este Amor  
anda en perseguirla necio,  
cuanto ella en aborrecerle  
discreta.

ALCINO Detente. ¡Ay, cielo!  
¿No es CUPIDO aquel? ¡Ay, Silvia,  
qué buen aborrecimiento!  
Amor y Sirena juntos.

SILVIA Sí, pero yo diferencio  
el hablar por accidente  
de haber sido por conciertos.

ALCINO No, Silvia, en la selva solos;  
si del mismo Amor no tengo  
celos, ¿de quién quieres, Silvia,  
que tenga en el mundo celos?

SIRENA Amor, Alcino está allí;  
que no le demos, te ruego,  
celos; que te doy palabra  
de amarte en llegando el tiempo  
de llevar a la montaña  
el ganado, pues con esto  
y su ausencia habrá lugar.

CUPIDO El capítulo primero  
de amar, es obedecer;  
yo me voy, y te obedezco.

Vase.

ALCINO No sé cómo acierte a hablarla.

SIRENA Nunca tuve más deseo  
de verte, mi Alcino.

ALCINO Aparta  
los brazos, detén el pecho;  
que si en él ha entrado amor,  
¿cómo podrán estar dentro  
dos amores? Muchos años

le goce; que yo no emprendo  
competencia con los dioses:  
ni soy Tifón ni Japeto.

SIRENA ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

ALCINO En ti no estoy, que es lo cierto;  
ni en mí, que, si en mí estuviera,  
nunca viera lo que veo,  
con los ojos no hay engaño;  
adiós, que al monte me vuelvo:  
si bajare al prado, plega...

SIRENA Bueno está sin juramento;  
vete, pues gustas, Alcino,  
de tratar con tal desprecio  
a quien deja un dios por ti.

ALCINO ¿Tú le dejas?

SIRENA Yo le dejo.

ALCINO ¿Cómo, si le tienes?

SIRENA ¿Yo?

SILVIA Buenos andáis de conceptos;  
ea, Alcino, habla a Sirena.

ALCINO ¿Que la hable yo primero?

SILVIA Quédate ahí como él plega;  
que se está el cielo riendo  
de los amantes perjuros:  
Sirena, no des con esto  
venganza a Amor, da los brazos  
a Alcino.

SIRENA ¿Quién, yo primero?

SILVIA ¡Que venganzas tiene Amor  
tan tiernas!

SIRENA Yo no me vengo.

ALCINO Pues si yo también me enojo.

SIRENA Pues confiese, como es cierto,  
que yo no he tenido culpa.

ALCINO Que soy tu esclavo confieso,  
y que mis brazos te doy.

SIRENA ¡Ay, Alcino! ¡Ay, Dios! ¡Ay, muero!  
Estará de pies Sirena en la trampa del teatro, y al  
abrazarse los dos, se hundirá Sirena.  
ALCINO ¡Oh, Júpiter soberano!  
Sirena, Sirena, ¿quién  
te lleva?  
Dentro Sirena.  
SIRENA ¡Alcino!  
ALCINO ¡Mi bien!  
Pero ¿qué te llamo en vano?  
SILVIA ¡Qué desdicha! Por aquí  
se entró.  
ALCINO Seguiréla yo.  
Salga una fuente de agua hacia arriba.  
SILVIA En agua se convirtió.  
ALCINO Lo mismo será de mí,  
Sirena del alma mía;  
agua son ya tus despojos,  
pues hechos fuentes mis ojos,  
te harán, de hoy más, compañía;  
heroica hazaña de amor  
convertir en agua el fuego,  
por ver si en ella me anego;  
más fue industria que valor:  
vuélveme en agua, y tendremos  
un mismo fin; vengarás  
tu pecho; mas no, querrás  
para que no nos juntemos.  
¡Triste padre cuando oyere  
el suceso, y triste yo:  
selvas, Sirena murió;  
selvas, Alcino se muere!  
Vase.  
SILVIA Airados están los dioses,  
Arcadio, contra tus selvas.  
Sale Bato.

BATO Aquí está Silvia, alahé;  
que, aunque nunca Amor se venga,  
me lo ha de pagar ahora.

Pues Silvia, ¿es buena conciencia  
que me pongas por quererte  
en hábitos que me muerdan  
cuantos perros tiene el monte,  
que los hay de mil maneras,  
invisibles y visibles?

SILVIA ¡Ay, Bato, que desas quejas  
no es tiempo ahora! CUPIDO,  
viendo inútiles sus flechas,  
convirtió a Sirena en agua.

BATO ¿Tenemos otra lobera?

SILVIA Pluguiera a Dios: por aquí,  
Bato, asoma la cabeza;  
verás qué fuente tan linda.

BATO Mas qué, ¿me arrojas en ella?

SILVIA ¿Estas lágrimas son burla?  
Sale una llama de fuego.

BATO Voy a verla. ¡Que me queman,  
que me abrasan!

SILVIA ¿No era fuente?

BATO Chamuscóme las guedejas.

Cae un lienzo de lo alto en forma de palacio, que  
dejándolos en el teatro a los dos, cubre todo el monte.

SILVIA ¡Ay, Bato! ¿Quién por el aire,  
sin que los cuerpos lo sientan,  
nos ha traído a esta casa?

BATO Silvia, tú eres hechicera;  
que desde aquello del lobo,  
no es posible que no seas  
o la hija del Sil, Circe,  
o la de Colchos, Medea.

SILVIA ¿Yo? ¿Cómo si estoy sin mí?  
Ni ¿qué encantadora hubiera

que formara este palacio?

BATO Las columnas que sustentan  
la machina son de jaspe  
y de mil preciosas piedras.

SILVIA Locos debemos de estar,  
porque por aquella puerta,  
si no es engaño o es sueño,  
salen CUPIDO y Sirena.

BATO ¡Sirena está viva! Júpiter  
con bien me vuelva a mi tierra,  
que desde lo del pellejo  
ande, como ánima en pena.

Salen CUPIDO y Sirena, y criados que les ponen sillas.

CUPIDO Sirena, yo soy Amor;  
no temas, yo vivo aquí,  
todo lo que ves, fingí  
de celos de tu pastor.

SIRENA Justo ha sido mi temor,  
dulce CUPIDO, hasta verte;  
que fuera venganza fuerte  
e indigna de tu poder,  
por querer y no querer  
darme tan injusta muerte.

CUPIDO Siéntate.

SIRENA Dime quién son  
los que te sirven aquí.

CUPIDO Los celos, que van tras mí,  
lince en toda traición,  
la fineza, la ocasión,  
la esperanza y la mudanza.

SIRENA Buen criado la esperanza.

CUPIDOY entre éstos, con plaza igual,  
los que siempre sirven mal.

SIRENA ¿Quién?

CUPIDO La ausencia y la venganza;  
mas por que segura estés,

Ilega, Silvia; Ilega, Bato.  
SIRENA Serán los dos en retrato.  
CUPIDO Serán los mismos que ves.  
BATO Danos, señora, los pies.  
SILVIA en albricias de tu vida,  
que yo los brazos te pida.  
BATO Estoy de contento loco.  
CUPIDO ¡Hola! ¡Mientras duermo un poco,  
aperciban la comida.  
BATO Esta sí que es buena casa;  
que sin comer no hay placer,  
porque hay dios que sin comer  
toda la vida se pasa.  
SILVIA Nunca del Amor fue escasa  
la mano; aquí comerás  
ambrosía.  
BATO Por jamás  
supe yo que era ambrosía:  
di que me den ollería,  
que de eso conozco más.  
SIRENA Quedóse dormido Amor.  
SILVIA Debe de andar desvelado:  
cuando tiene el bien hallado,  
duerme un amante mejor.  
BATO Por allí suena rumor.  
Baja Diana por el aire.  
DIANA De esta suerte, mi venganza  
a Venus y a Amor alcanza.  
SIRENA ¡Ay, Dios! ¿Quién me lleva?  
DIANA Yo.  
Asiendo Diana a Sirena, vuelan juntas.  
BATO Silvia, todo se mudó.  
SILVIA Todo es venganza y mudanza.  
El palacio se sube arriba, y queda descubierto el monte.  
CUPIDO ¿Qué es eso, Sirena mía?  
BATO ¿Cuál Sirena? Aquí bajó

quien volando la llevó  
por adonde nace el día.

SILVIA En la cabeza traía  
una luna plateada.

CUPIDO ¿Qué es esto, Diana airada?

¿En fe de tu castidad  
te atreves a mi deidad?

¿Ya no estabas bien vengada?

¡Vive el cielo, que has de arder  
de amores de Endimión,  
si tanta contemplación  
poderosa puede ser!

Estos deben de tener  
la culpa por no avisarme.

¡Matarlos quiero y matarme!

BATO ¡Huye, Silvia, que está loco!

SILVIA ¡Muerta soy!

Huyen los dos.

CUPIDO ¡No lo estoy poco  
de amor y de no vengarme!

Bien se conoce que ha sido  
venganza de cielo y tierra  
este rigor, esta guerra,  
este desdén, este olvido:

¿Yo rendido, yo vencido,  
yo celoso y despreciado?

¿Quién hubiera imaginado?

O ¿cómo pudiera ser  
que el mundo llegara a ver  
el Amor enamorado?

Conjurados contra mí  
los dioses, dieron lugar  
que se pudiese vengar  
Diana y Febo de mí:  
poder y nombre perdí;  
veneno tan abrasado;

mas fuerte fue quien me ha dado  
que Amor de mi propio amor,  
soy, para pena mayor,  
el Amor enamorado.

Montes, la locura mía  
crece en venganza de Febo  
y aunque en el amor no es nuevo,  
no era yo quien le tenía:  
yo le daba y repartía,  
quedándome descuidado,  
y hoy tengo, sin ser amado,  
el amor que a todos di,  
para que se viese en mí  
el Amor enamorado.

Si de la muerte el rigor  
mata, la muerte no muere,  
lo mismo de amor se infiere  
¿cómo muere Amor de amor?  
Mas ¿de qué sirve el furor,  
si no voy desesperado  
a vengarme del cuidado  
que mi propio amor me da?  
guardaos, mortales, que va  
el Amor enamorado.

Vase.

Salen Febo y Diana.

FEBO Estoy agradecido,  
bellísima Diana,  
del castigo que has dado justamente  
al bárbaro CUPIDO,  
no sólo yo, mas cuanto de la humana  
historia el mundo reconoce y siente.  
DIANA Febo, la novedad del accidente  
de amor le vuelve loco.

FEBO Para lo que merece, todo es poco.

DIANA Lo que importa es casar los dos amantes,



que puede ser que intente un desvarío  
en los que menos pueden.

Salen Liseno, viejo, padre de Sirena, y Alcino.

LISENO Mis lágrimas, Alcino, son bastantes  
a vencer la corriente deste río  
cuando las tuyas por su Dafne exceden  
las ondas de la mar.

ALCINO Si de Sirena,  
Liseno, hubieras visto la desdicha,  
más fuera tu dolor, mayor tu pena.

LISENO ¿Soy fiera yo, por dicha,  
de los montes rifeos?

¿Serán más eficaces tus deseos  
que la naturaleza?

Yo lamento, mi ser, tú su belleza:

¿qué amor, que sentimiento  
puede igualar a un padre?

ALCINO El de su  
esposo,  
pues concertado ya mi casamiento,  
la pierdo con un fin tan lastimoso.

LISENO Piadoso el cielo fuera,  
si el cuerpo de Sirena me dejara,  
que a un mármol consagrara,  
donde sus honras fúnebres hiciera  
con llanto del Arcadia; mas el cielo  
aun no me quiso dar este consuelo.

DIANA El viejo padre me entenece, Febo.

FEBO Diana, pues con él viene su esposo,  
antes que algún engaño intente nuevo  
el ofendido Amor, será forzoso  
que llegue el desengaño.

DIANA Lo que es razón intentas.

FEBO Liseno.

LISENO Febo ilustre.

FEBO ¿Qué lamentas?

LISENO A Sirena, mi hija, que me ha muerto  
con un traidor engaño,  
por tu venganza, Amor.  
FEBO Sirena vive.  
ALCINO ¿Cómo, si yo la vi morir?  
FEBO Sí es cierto  
los brazos le apercibe,  
y tú de esposo la dichosa mano,  
que fue de Amor el pensamiento vano.  
Abriéndose el templo de Diana, se ve a Sirena en él.  
LISENO Pastores destas riberas  
que visteis mi tierno llanto,  
venid a ver mi alegría:  
¡Sirena vive!  
SILVIA Lisardo,  
Jacinta, ¡corred, llegad!  
Los pastores y pastoras salen con instrumentos, y Silvia  
y Bato.  
BATO ¿De quién ha sido el milagro?  
LISENO De Febo y Diana.  
BATO Quisiera  
echarme a los pies de entrambos,  
ya que ayer se me perdió  
una borrica en el prado:  
por ventura sabrán della,  
y yo les daré su hallazgo.  
Cantan los músicos.  
MÚSICOS Vivan Febo y Diana,  
gocen sus rayos,  
y Sirena y Alcino  
se den las manos.  
En este baile y relinchos entren Venus y CUPIDO, y los  
aparten.  
CUPIDO Eso no, mientras yo tengo  
imperio de los humanos  
corazones: Amor soy,

que vengo a vengar mi agravio.  
VENUSY yo soy Venus, Diana;  
que si los dos sois hermanos,  
CUPIDO es mi hijo.

DIANA Venus,  
los dos quedarán casados  
porque es justo; vete a Chipre,  
que son intentos bastardos  
de la autoridad de dioses.

VENUS ¿Tú conmigo?

FEBO ¡Venus, paso!

¡Mi hermana es Luna en el cielo!

VENUS ¿Qué importa, si es el más bajo?

FEBO En el centro Proserpina,  
Diana en selvas y campos.

BATO Temo que se han de matar,  
que ya aperciben los arcos.

SILVIA ¡Ay, Bato! ¡El cielo se rompe!

¡Todo es trueno, todo es rayos!

En este ruido baje en un águila Júpiter.

JÚPITER Dioses, ¿queréis, por ventura,  
con tan recios desagravios,  
desconcertar la armonía  
de los cielos soberanos?

Tú, Venus, ¿desde el tercero  
quieres oponerte al cuarto  
Príncipe y Rey de la luz  
del estrellado teatro?

VENUS Yo, señor, desde aquí digo  
que mi hijo y yo dejamos  
a tu arbitrio la sentencia.

JÚPITER Si Febo por tus engaños,  
Amor, a Dafne perdió,  
la razón, a quien han dado  
nombre de alma de la ley,  
dice que es derecho llano

que Amor no goce a Sirena.  
ALCINO Como de Júpiter santo  
es la sentencia.  
CUPIDO No importa;  
de él y de todos aguardo  
vengarme presto.  
ALCINO Yo sea,  
Sirena mía, entretanto  
tu esposo, y vénguese Amor.  
BATO Señor Jopiter sagrado,  
antes que se vuelva al cielo  
en ese buitre volando,  
mande a Silvia que me quiera.  
JÚPITER ¡Silvia!  
SILVIA ¡Señor!  
JÚPITER ¡Quiere a Bato!  
SILVIA Yo te obedezco.  
FEBO Y aquí,  
divino planeta cuarto,  
Luna, madre de otro sol,  
que gocéis por muchos años,  
dé fin en vuestro servicio  
El Amor enamorado.